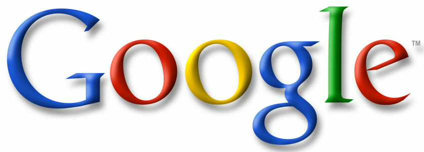
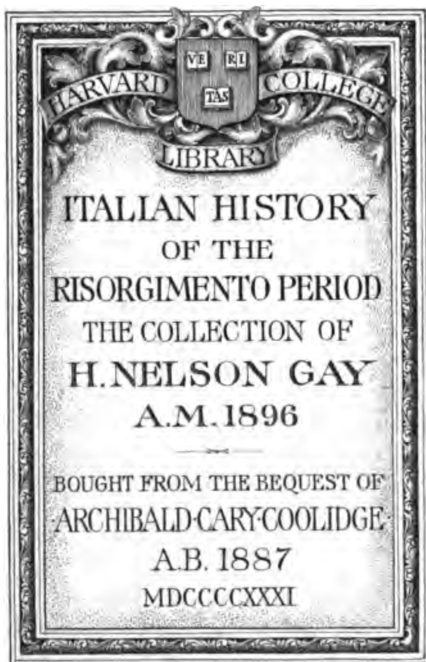



WIDENER
HN T5QT 0


VE RI TAS
HARVARD COLLEGE
LIBRARY
ITALIAN HISTORY
OF THE
RISORGIMENTO PERIOD
THE COLLECTION OF
H. NELSON GAY
A.M. 1896
BOUGHT FROM THE BEQUEST OF
ARCHIBALD CARY COOLIDGE
A.B. 1887
MDCCCCXXXI

RESEÑA HISTÓRICA

DEL

ÚLTIMO CÓNCLAVE

Y BIOGRAFÍA

DE N. S. P. LEON XIII

POR

D. GERARDO MULLÉ DE LA CERDA

Doctor en Sagrada Teología,
en Derecho Civil y Canónico y en la Facultad de Filosofía y Letras,
Capellan de Honor de número y Predicador de S. M.,
Fiscal de la Real Capilla y del Vicariato general castrense,
Arcade romano, etc.

MADRID
IMPRENTA Y FUNDICION DE M. TELLO
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
Isabel la Católica, 23
1878

Con licencia de la Autoridad Eclesiástica.

AL EMMO. SEÑOR

D. FRANCISCO DE PAULA

POR LA MISERICORDIA DIVINA DE LA SANTA ROMANA IGLESIA DEL TÍTULO DE SANTO TOMÁS IN PARIONE, PRESBÍTERO, CARDENAL BENAVIDES, PATRIARCA DE LAS INDIAS, DEL HÁBITO DE SANTIAGO, PRO-CAPELLAN Y LIMOSNERO MAYOR DEL REY NUESTRO SEÑOR DON ALFONSO XII, VICARIO GENERAL DE LOS EJÉRCITOS Y ARMADA, GRAN CANCILLER Y CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL Y DISTINGUIDA ÓRDEN ESPAÑOLA DE CÁRLOS III Y DE LA AMERICANA DE ISABEL LA CATÓLICA, VICE-PRESIDENTE DE SUS SUPREMAS ASAMBLEAS, NOBLE ROMANO, INDIVIDUO CORRESPONDIENTE DE LAS REALES ACADEMIAS DE LA LENGUA Y DE LA HISTORIA, DEL CONSEJO DE S. M., SENADOR DEL REINO, ETC., ETC.

Decidido, á instancias de personas respetables, á publicar coordinados los apuntes que formé en Roma, con motivo de los grandes acontecimientos religiosos que acaba de presenciar el mundo; nada más natural figure al frente de mi humilde trabajo, el nombre ilustre de Vuestra Eminencia.

Aceptad, pues, este modesto homenaje de gratitud de quien tuvo el honor de ser en Roma vuestro conclavista, y con placer sumo se repite ahora leal súbdito y afectísimo Capellan que con el mayor respeto

B. el A. de V. Em.ª

GERARDO MULLÉ DE LA CERDA.

INTRODUCCION.

Esclarecer la verdad, oscurecida por multitud de inexactitudes, en lo referente al último Cónclave y eleccion del actual Pontífice N. S. P. Leon décimo tercero (1), es el objeto de la publicacion presente. Habiendo merecido del Excmo. Sr. Cardenal Patriarca de las Indias la alta distincion de que me eligiese para acompañarle como Secretario en los dos viajes que en breve espacio de tiempo ha tenido que hacer á Roma, designándome ademas como su Conclavista al congregarse en el Vaticano los Cardenales esparcidos por el mundo, para elegir un sucesor al gran Pontífice Pio IX, á quien Dios en sus altos juicios acababa de conceder el reposo de los justos; alojados en el

(1) Prescribiendo la gramática que al designar á los Pontífices y á los Reyes se empleen los números ordinales y no los cardinales, debe decirse Leon décimo tercero, en vez de trece, segun empieza á introducir la costumbre, del propio modo que decimos Cárlos quinto, Pio nono, y no Cárlos cinco, Pio nueve.

palacio de la embajada española por disposicion del Gobierno de S. M., que en esta ocasion ha sabido interpretar dignamente los sentimientos de la nacion católica por excelencia; atendidos con la mayor solicitud por parte del Sr. de Cárdenas, persona dignísima, que con su talento y tacto exquisito ha sabido captarse el aprecio y estimacion de toda la corte pontificia; colmados de las atenciones y obsequios de todos los individuos que componen la embajada española; circunstancias eran estas que de una manera especial me favorecian, para poder apreciar con bastante exactitud los sucesos que iban desarrollándose á mi vista, y de los que procuraba tomar nota, aunque en un principio tan sólo por conservar el recuerdo de sucesos tan importantes, como poco frecuentes. La posicion especial en que se encuentra la Iglesia católica, y áun la sociedad entera; las circunstancias personales del Pontífice que acababa de fallecer, y las congeturas que áun antes de la eleccion se hacian ya del llamado á ocupar su puesto y desempeñar su cargo, eran motivos más que suficientes para que el mundo entero

tuviere fija en Roma su mirada. Los periódicos decian lo que sabian y lo que inventaban para satisfacer la natural avidez de sus lectores; el que no tenia corresponsal en Roma, se lo forjaba á su manera, y no pocos habrán leido en un periódico de los que más circulan por España, que su corresponsal á las tres de la mañana salia del Cónclave, donde habia visto al Embajador de España conversando con los Cardenales, con otras noticias por el estilo, cuya exactitud podrá apreciarse al saber, que á las nueve de la tarde misma en que empezó el Cónclave, se cerraron las dos puertas que al mismo daban acceso, quedando las llaves de la parte externa custodiadas por el Mariscal Príncipe Chigi, y las de la parte interna, entregadas con el mismo objeto por el Cardenal Camerlengo al primer Maestro de ceremonias. Por lo que respecta al Embajador de España, ni siquiera puso los piés en el Cónclave (1). Y no se crea que esto ha-

(1) Mr. Louis Teste publicó en París el año pasado una obra titulada *Préface au Conclave*, sirviéndose de los datos que le suministró un abate muy conocido en Roma. A esta obra, pues, han acudido periódicos y revistas para dar noticias relativas al Cónclave, pues termina haciendo una reseña, aunque no siempre exacta, de las ce-

ya sido achaque exclusivo de la prensa española.

Un periódico francés fué el inventor de la fábula de la *adoracion y aclamacion* hecha por el Cardenal Franchi; hechos falsos que despues copiaron casi todos los periódicos y revistas. El corresponsal que tiene el *Times* en Roma, unos dias antes de reunirse el Cónclave escribia á su periódico: *Se dice será elegido el Cardenal Pecci, el que tiene ochenta y dos años,* cuando con solo leer la Guía eclesiástica se hubiese enterado que nació el año de 1810. Narrando el ceremonial del escrutinio, prosigue: *Los Cardenales colocan la cédula en el copon que está sobre el cáliz;* añadiendo, finalmente: *Se tienen preparados tres vestidos blancos, de distinta medida, á fin de que pueda escoger el Cardenal que resulte elegido Papa. El más largo para el Cardenal X.....* y aquí nombra justamente al de menor estatura entre los

---

remonias que en el mismo se observan; pues bien, en la pág. 372 se lee lo siguiente:

A las tres de la mañana un Maestro de ceremonias dice «Extra omnes.» *Y en efecto, se van todos los no llamados á participar del cautiverio del Cónclave.* Mas estas y otras muchas cosas se han modificado en el últimamente celebrado.

miembros que componen el Sacro Colegio. Y es el caso, que ante el aplomo y la gravedad con que tales noticias se comunican, la mayor parte de los que las leen ni remotamente imaginan se están recreando con mal pergeñadas fábulas, fábulas que despues se extienden prodigiosamente, contribuyendo á que así tomen con el tiempo carta de naturaleza, y pasen por sucesos verídicos, los hechos más inexactos.

Con objeto, pues, de que pueda el que así lo desee enterarse con seguridad de lo acaecido en la eleccion del actual Pontífice, se publica esta reseña histórica del último Cónclave, precedida de algunas consideraciones sobre el largo y glorioso reinado del inmortal Pio IX, terminándose con la biografía de N. S. P. Leon XIII, para la que me han suministrado los precisos y exactísimos datos, Monseñor Foschi, Conclavista que fué del Cardenal Pecci, el Canónigo Monseñor Boccali y Monseñor Brunelli, redactor del periódico *Il Paese*, eclesiásticos dignísimos y de antiguo allegados al Pontífice, y á los que aprovechando gustoso la ocasion presente, envio desde mi amada pá-

tria la expresion de mi más profundo agradecimiento.

Ahora sólo me falta manifestar como sacerdote de J. C., é hijo obediente y sumiso á la autoridad de su Iglesia, que si por inadvertencia ó flaqueza de mi ingenio dijere algo que en lo más mínimo lastimara sus derechos, desde ahora se tenga por no dicho, pues mi único deseo se reduce á hacer conocer, respetar y amar á esa misma Iglesia, que al nacer nos estrechó amorosa en su seno, me honra hoy contándome entre el número de sus ministros, y en cuyos brazos maternales me anima la esperanza podré exhalar finalmente mi último suspiro.

CAPÍTULO I.

PIO IX.

Bajo las bóvedas del magnífico templo del Vaticano, templo en el que áun antes de entrar ya se descubre la generosa esplendidez de Julio II, Leon X y tantos otros Pontífices, y donde se halla como encarnada la grandeza del genio de Bramante y Miguel Angel, existe en la actualidad un modesto y sencillo monumento, que áun enmedio de tantas maravillas atrae de una manera especial el corazon y las miradas de cuantos penetran en el sagrado recinto. En efecto, allí donde Bernini, Rossi, Bonarruoti, Fontana, Rovère y Canova compitieron en talento artístico al elevar los mausoleos donde reposan los restos mortales de Alejandro VII, Alejandro VIII, Clemente VII, Leon XII, Urbano VII, Sixto IV y Clemente VIII, hoy llama con preferencia la atencion una sencilla urna sepulcral, colocada sobre la puerta que conduce á la tribuna de los cantores, al lado de la verja del coro de los canóni-

gos, y frente al monumento de Inocencio VIII, sin más adornos que la tiara reposando sobre un cojin, y un sencillo epitafio que revela el secreto de una atraccion y un entusiasmo cual pocas veces se habrán visto. *Pius IX. P. M.* Pio IX Pontífice Máximo. ¡Oh! sí, allí reposa, aunque temporalmente (1), el gran Pontífice amado de Dios y de los hombres, ejemplo portentoso de virtud, modelo acabado de prudencia, dechado perfecto de santidad, y en cuyo largo reinado acaecieron sucesos extraordinarios, que admirarán sin duda los siglos venideros. Allí descansa el Pontífice á quien veneró el mundo, adoraron sus súbditos y respetaron sus adversarios, y que siempre, lo mismo en la prosperidad que en el infortunio, supo mostrarse digno del alto puesto á que le habia elevado la Providencia. Y así como durante su larga vida de todas partes acudian solícitos los fieles á ver y admirar por sí mismos á este portento de nuestro siglo, hoy acuden tambien, pero á postrarse ante su sepulcro, y no á rogar por el finado, sino á encomendarse al Altísimo por mediacion del que la voz universal ha empezado ya á proclamar y venerar como glorioso santo.

Treinta y dos años rigió los destinos de la

(1) V. Apéndice núm. 1.

Iglesia, y no es posible decir en compendio lo que en gruesos volúmenes fuera difícil describir sucintamente. Viviendo aún, con razon justísima fué denominado *el Grande*, dictado que confirmarán de fijo las edades venideras, pues Pio IX no ha sido una de esas mentidas grandezas, que si por un momento deslumbran, el tiempo las precipita al fin en la oscuridad y el olvido. Bien pudiéramos decir con un insigne poeta [1] que el Supremo Hacedor quiso imprimir en él su divina imágen de una manera más grandiosa que en los demas hombres,

> Chiniam la fronte al Massimo
> Fattor, che volle in Lui
> Del creator suo spirito
> Piú vasta orma stampar.

derramando con profusion sus dones naturales y sobrenaturales sobre el que habia predestinado para ser el representante de su Unigénito en la tierra, resultando de este doble magisterio del Dios creador y del Dios santificador, el hombre y el Pontífice, maravilla y gloria del siglo XIX. De ingenio perspicaz, de tenacísima memoria, su aspecto majestuoso, su frente espaciosa, la sonrisa que jamas desaparecia de sus labios, aquella palabra fácil,

(1) Manzoni, *Il cinque Maggio.*

armoniosa, ya dulce, ya de fuego, que penetraba hasta el corazon y arrancaba del alma la admiracion y el entusiasmo; todo contribuia á no ser posible conocerle sin amarle, pero amarle con un amor inmenso. Él cual ningun otro supo hermanar dos caractéres que á primera vista parece como que mútuamente se rechazan, la dulzura y la fortaleza; la mansedumbre del cordero de Dios, y la fuerza del leon intrépido de Judá. Todos los actos de su vida van acompañados de su distintivo especial: ó de la resignacion de la víctima, ó de la intrepidez del que está persuadido que al defender sus derechos defiende los derechos de Aquel de quien es el representante en la tierra.

Dos hechos descuellan, el uno al principio y el otro al fin de su pontificado, que dan á conocer lo bastante los sentimientos de su corazon. Elevado al sólio pontificio, vacante por muerte de Gregorio XVI, apareció bien pronto un edicto en virtud del cual se daba la amnistía más completa á los prisioneros políticos, *con objeto*, se decia en el mismo, *de que en ninguna familia hubiese pesar ni tristeza, y todos á una participasen de la comun alegría*. Un mes antes de bajar al sepulcro, sabiendo que estaba próximo á morir aquel rey, que arrojándole del Quirinal habia osado levantar un trono contra su trono, exclamó: *yo haré todo lo posi-*

ble para que Víctor Manuel se presente con mi perdon ante el tribunal de Jesucristo. Estos dos hechos mejor que las palabras retratan con la mayor fidelidad y exactitud al generoso Pontífice. Pero su comportamiento no produjo sino ingratos. Las sectas envalentonadas con la amnistía se sirvieron de ella para empezar á socavar el trono del Pontífice, y á tal extremo llegó el abuso, que el rey Cárlos Alberto, lleno de asombro, le escribió una carta, que si hasta hoy ha permanecido inédita, no tarde acaso mucho en publicarse. Mas se debe advertir, que Pío IX al emprender por sí mismo la reforma de sus estados, intentaba hacerlo tan solo en el órden civil, asegurando la tranquilidad de las poblaciones, quitándolas todo pretexto de insubordinacion. Conocida es la alocucion del Consistorio de Gaeta del año de 1849. en la que dando cuenta de lo hecho y sufrido por él en los primeros treinta meses de su pontificado, refiere como rechazó con horror la proposicion de hacerse cabeza de la Italia, arrebatando á los príncipes sus estados, manchando así á la Santa Sede con el más infame de los latrocinios. Más aún: la historia dirá tambien algun dia cuáles eran sus sentimientos, y cuál su prevision acerca de tal designio, pues bien claro lo manifestó en una carta dirigida á Cárlos Alberto en los momen-

2

tos en que éste se hallaba batallando en los campos de Lombardía.

Cuando en 1856 se reunió el congreso de París para arreglar los asuntos de Oriente una vez terminada la guerra de Crimea, aprovecharon esta ocasion los revolucionarios para continuar la lucha sorda y pertinaz que tenian declarada al poder temporal de los Pontífices. Camilo Cavour, secundado por los representantes de Francia é Inglaterra, se quejó del abandono en que se hallaban las provincias pontificias, sobre todo las de la Romanía, privadas de órden y de libertad. El Pontífice se propuso contestar á esta calumnia visitando por sí mismo las poblaciones más alejadas de sus estados, y Espoleto, Perusa, Loreto, Pésaro, Bolonia, Ferrara y tantas otras, recibiendo en triunfo y con un entusiasmo indescriptible á su amado Rey-Pontifice, dieron el más solemne mentís á los encarnizados enemigos de la Iglesia.

La guerra que Napoleon declaró al Austria en Mayo de 1859 proporcionó al Piamonte, á pesar de sus derrotas, el aumento de su territorio, apoderándose ademas bajo mano de las legaciones pontificias Las Marcas y la Umbría; Pio IX, que habia jurado no consentir disminucion alguna de los estados de la Iglesia, protestó solemnemente contra ocupa-

cion tan injusta en su memorable encíclica de Enero de 1860. Mas el Piamonte, fuerte con el apoyo de Napoleon III, cuya estrella aún no habia empezado á eclipsarse, en lugar de desistir de tan villana empresa, intentó dar el último golpe al trono del soberano Pontífice. Trató primero de sublevar á los pueblos, pero los pueblos permanecieron tranquilos; procuró despues sobornar á las tropas pontificias, mas éstas desecharon indignadas tal vileza. Al Piamonte no le quedaba por tanto otro recurso para llevar adelante sus intentos que acudir á la fuerza bruta; y en efecto, sin motivo alguno, sin que áun por fórmula precediese declaracion de guerra, lanzó sus batallones contra el reducido ejército pontificio, que al mando del general Lamoriciere hizo prodigios de valor en Pésaro, Spoleto, Castelfidardo y Ancona; mas ¿qué podian quince mil hombres reunidos de improviso, contra sesenta mil experimentados soldados? Prevaleció el número, viéndose reducido el Pontifice á la capital y á un pequeño territorio defendido por las tropas francesas, de las que tambien se vió privado en virtud de la convencion del 15 de Setiembre de 1864.

Envalentonado el gobierno piamontes por su alianza con la Prusia, á pesar de la renombrada convencion, permitió á las hordas gari-

baldinas aproximarse en son de guerra hasta los mismos muros de Roma. El grito de indignacion que tanta villanía levantó en el mundo obligó á Napoleon á enviar á las tropas francesas para apoyar á las pontificias, que bien pronto derrotaron por completo en Mentana á las turbas invasoras. Entonces fué cuando el Pontífice al extender sus brazos al general Kanzler que venia á presentarle su espada victoriosa, le saludó con las palabras con que Torcuato Tasso empieza su inmortal poema:

> Canto l'arme pietose e'l Capitano
> Che'l gran Sepolcro liberò di Cristo.

Pero ni áun en el reducido territorio que le quedaba debia la revolucion dejar tranquilo al Pontífice. Abandonado nuevamente de las tropas francesas, llamadas otra vez por Napoleon para sostener la guerra que habia declarado á la Prusia, Pio IX se vió bien pronto cercado en su misma ciudad por las tropas de Víctor Manuel, que sin gran esfuerzo penetraron por la brecha abierta en las viejas murallas de Roma, en los momentos en que el Pontífice, enemigo del derramamiento de sangre, trataba de rendir la ciudad á sus enemigos. Pio IX se consideró desde entonces prisionero en el Vaticano, del que ya no volvió á

salir, y en el que ha entregado su alma en brazos de su Criador. La firmeza de carácter que mostró durante el largo período en que se desarrollan los sucesos hasta aquí narrados, constituye una de las mayores glorias de su pontificado. En 32 años de luchas, sobreponiéndose á los halagos y á las amenazas, á los peligros y á làs injurias, combatido ó abandonado por los poderosos del mundo, jamas ha cedido un derecho de Dios; jamas ha quebrantado ninguno de sus deberes; jamas ha empañado con una debilidad el brillo de la Tiara. Y no fué tan sólo su causa personal la que sostuvo siempre con la mayor entereza; donde quiera se encontraba un débil oprimido, allí estaba él para defenderle; donde quiera notaba que era algun derecho conculcado, alzaba al punto su voz para protestar al ménos; y por esto cuando los polacos abandonados de todos caian vencidos á merced de su poderoso dominador, los Obispos eran aprisionados en el Piamonte, desterrados en Prusia, perseguidos en Nueva Granada, ó injuriados por los tiranuelos helvéticos, con valor sin igual condenó á los opresores, mientras derramaba el bálsamo de su ternura paternal sobre el corazon de los oprimidos. Y colocado en actitud tan noble y digna, fuerte con la verdad y la justicia, ha podido contemplar impávido como

todo se desmoronaba en torno suyo, mientras él solo permanecia inquebrantable. *Soy como la piedra,* dijo un dia: *caigo, pero siempre me mantengo en pié.* Enfermo, postrado en el lecho del dolor ha combatido hasta el fin. El último acto pontificio de Pio IX, tres semanas antes de morir, fué una solemne protesta con objeto de revindicar para la Santa Sede sus imprescriptibles derechos. Era el último rugido del leon para convertirse despues en humilde cordero, dispuesto á inmolarse por el bien de la Iglesia, por tanto tiempo á su solicitud amorosa confiada.

Circunstancias tan difíciles, parece como que debian haber ocupado por completo su atencion, sin dejarle otro tiempo que el preciso para defender á la navecilla de que él era piloto responsable, del empuje de las embravecidas olas, que á cada instante amenazaban sumergirla en el abismo. Sin embargo, los hechos atestiguan que jamas han presenciado los siglos reinado tan fecundo. Los Pontífices más celebres que le precedieron, cada cual se distinguió por una cualidad que dió carácter á su época respectiva; mas Pio IX las reunió todas en sí en el grado más eminente, pues en la caridad fué un San Gregorio, en la elocuencia un Leon Magno, en la fortaleza un Inocencio III, en la energía otro Ildebrando; lleno

de celo como San Pio V, de generosidad cual Pio VI y de dulzura como el VII, las letras y las artes vieron renovarse en el suyo los tiempos gloriosos de Nicolás V, Julio II y Leon X; así es que el dogma, la moral, la gerarquía eclesiástica, el apostolado, la beneficencia, las ciencias y las artes recibieron en sus dias un impulso extraordinario.

Desterrado en Gaeta, áun antes de arrancar de su corazon un grito de queja, invocando el auxilio de las naciones católicas contra el inícuo despojo de que acababa de ser víctima, pensó lo primero en la gloria de María, y en Febrero de 1848 dirigió una encíclica á todos los Obispos del orbe católico para informarse del sentimiento de los pueblos acerca del dogma de la Concepcion sin mancha de la Reina de las Vírgenes. Acogida con entusiasmo tal idea, el 8 de Diciembre de 1854, el supremo Jerarca, rodeado de los Obispos que de los puntos más distantes habian acudido á Roma con este objeto, afianzó sobre la sien virginal y pura de María la corona de doce estrellas con que la adornaron los cielos, al proclamar dogma de fé su concepcion inmaculada.

Nuevamente se vió rodeado del Episcopado católico, con motivo de la canonizacion de los mártires del Japon, despues á causa del centenar de San Pedro, y por último al congre-

gar el Concilio del Vaticano que despues de condenar los errores filosóficos y teológicos hoy más extendidos, definió dogma de fé la infalibilidad pontificia, segun ya de antiguo la creian y explicaban los más acreditados teólogos del catolicismo.

La gerarquía eclesiástica se vió de nuevo restablecida en Inglaterra por el breve de 24 de Setiembre de 1850, en virtud del que se creaba el arzobispado de Westminster con doce sedes sufragáneas. Se quejaron los protestantes á la reina Victoria, pero el ilustre Cardenal Wisman rigió su archidiócesis sin ser inquietado en el ejercicio de sus funciones, contribuyendo tan solo las protestas de los disidentes al mayor desarrollo del catolicismo en la Gran Bretaña. En 1853 obtuvo igual resultado en la Holanda católica, y cuando esperaba conseguirlo tambien en la Escocia, le sorprendió la muerte, pero no sin haber creado antes en diversos puntos del globo más de 137 diócesis, y otros muchos vicariatos y delegaciones apostólicas.

Consiguió celebrar lo que ningun otro sucesor de San Pedro, el año vigesimo quinto de su pontificado (1) y despues el quincuagé-

(1) De sus predecesores los que más se aproximaron fueron: Adriano I, que ocupó el sólio pontificio cerca de 24 años. Pio VI

simo de su consagracion episcopal; motivos de júbilo y entusiasmo santo para los fieles del universo, que dieron con este motivo uno de los espectáculos más sorprendentes que ha presenciado nuestro siglo: las peregrinaciones católicas. El vapor condujo por mar y por tierra á multitud de amantes hijos, que abandonando sus hogares y familias, y venciendo toda clase de dificultades, fueron á Roma á ver por sí mismos al Gran Pontífice sobre el que Dios en su infinita munificencia se habia complacido en derramar sus dones, ansiosos de oir aquella voz paternal que difundia en los corazones el consuelo y la esperanza. Y todos le llevaban como prenda de su cariño el óbolo de sus ahorros, tributo generoso y espontáneo que el hijo amante ofrecia al Padre

---

24 y medio y Pio VII 27 y 5 meses. El Cardenal aragones D. Pedro de Luna fué antipapa con el nombre de Benedicto XIII por espacio de 30 años, habiendo fallecido á los 90 en Peñíscola, cerca de Valencia, pero exigiendo bajo juramento á los dos únicos Cardenales que le permanecian adictos, procediesen á la eleccion de un sucesor despues de su muerte. Su cadáver fue trasladado á Illueca (Aragon) y colocado en un mausoleo en la sala misma del castillo feudal (hoy casi arruinado) donde habia nacido. Mas á principios de este siglo, durante la guerra de la independencia, los franceses profanaron su sepulcro arrojando por una escalera los restos que contenia. Su cráneo fué llevado al palacio que en Saviñan tienen los condes de Argillo, y allí hace algunos años lo ví y tuve en mis manos, contemplando no sin conmocion, la espaciosa frente de aquel hombre, el más sábio y á la vez el más pertinaz de su siglo.

inícuamente despojado. Entre estas peregrinaciones sobresalieron las dos españolas por su número, y por la generosidad y desprendimiento de cuantos en ella tomaron parte. Pio IX, que amaba á España entrañablemente y hablaba con perfeccion nuestro hermoso idioma, expresó varias veces cuán complacido quedaba por tanta prueba de veneracion y respeto.

Cuantiosas eran sin duda las sumas que los fieles depositaban á los piés de su amado Pontífice, pero estas sumas servian principalmente para saciar la caridad que abrasaba su pecho. Recibia con una mano para dar con la otra. Los pobres eran sus hijos predilectos; para ellos hacia construir establecimientos y hospitales, y hasta casas á propósito donde pudieran vivir con grande economía, aconsejando más de una vez á los propietarios fueran indulgentes con sus inquilinos pobres. Por lo que respecta á las ciencias y á las artes, para comprender con que amor las protegia, no hay más que echar una ojeada sobre los diversos y variados monumentos que hay dentro y fuera de Roma. Apenas se encuentra uno que no ostente el escudo de sus armas, con el lema: Pius IX P. P., Pio Nono Pontífice Máximo. Señal inéquivoca de haber sido por él construido, ó á lo menos restaurado.

Tantos trabajos y tantos sufrimientos habian de producir al fin sus naturales resultados. La salud del Pontífice empezó á declinar rápidamente. En un principio para ir de un aposento á otro, se hacia conducir en un sillon, y sólo al pronunciar sus admirables discursos se ponia en pié. Entonces parece como que se transfiguraba; los achaques de la vejez desaparecian; su rostro brillaba como iluminado por una aureola celestial, y es preciso haber oido de sus labios alguna de esas improvisaciones, modelo de buen decir, para apreciar con alguna exactitud lo que era el milagro de la palabra en sus labios elocuentes.

Despues de setenta dias de mayor postracion, el 2 de Febrero del presente año pudo no obstante consolar con su presencia á los Capítulos de las diversas Iglesias de Roma y á los superiores de las órdenes religiosas que, segun costumbre, fueron á ofrecerle los cirios con que la Iglesia conmemora la festividad del dia. Su palabra elocuente se dirigió esta vez á inculcar de una manera especial la enseñanza de la doctrina cristiana á los niños. Para estos, pues, á quienes amó siempre con acendrada ternura, fueron los últimos acentos que pronunció en público. En los dias que siguieron á esta audiencia experimentó tanto alivio en sus males que pudo hasta dar al-

gunos pasos en su estancia, regocijándose de tal suerte, que llegó á exclamar: ¡Dios mio, haced os pueda dar gracias de rodillas! Mas al Señor en sus altos juicios no le plugo concederle tal gracia, pues en la mañana del dia 7 se sintio tan agravado que pidió le llevasen el Santo Viático: Monseñor Marrinelli le presentó la hostia consagrada que el augusto enfermo aproximó por sí mismo á sus labios, manifestando la alegría de su semblante, la dicha que experimentaba su alma al sentir al divino huésped reposar dulcemente sobre su corazon. El pulso cada vez iba siendo más débil, y los humores afluian á los bronquios, por lo que aumentándose el peligro, á las nueve se le administró la Extrema-Uncion. Mas no por esto desmayaba su espíritu, y sus manos ya lívidas, aún tuvieron fuerza para sacar de debajo de la almohada el crucifijo con que el moribundo Pontífice dió la bendicion á todos los que sumamente conmovidos, rodeaban su imponente lecho.

Hácia el medio dia el Cardenal Bilio, Penitenciario mayor, empezó á recitar las oraciones con que la Iglesia despide á sus hijos cuando se hallan próximos á abandonar la tierra. El Santo Padre, despues de pronunciar, aunque con trabajo, las palabras del acto de contricion, dijo: *In domum Domini ibimus*, y

habiéndose detenido un poco el Cardenal Bilio antes de dar principio al *Proficiscere*, palabra con que empieza la recomendacion del alma, el moribundo dijo: *Sí, proficiscere.*

A las tres y media, Pio IX se hallaba en la agonía, perdidos los sentidos y con la vista velada. A las cinco, el Doctor Ceccarelli, viendo se aproximaba el tránsito de aquella alma bendita, invitó al Cardenal Penitenciario á repetir el *proficiscere*. Cuarenta y cinco minutos despues, Pio IX exhalaba su último suspiro. La voz conmovida del Cardenal Rilio al entonar el *Requiem æternam*, y el llanto y gemidos de cuantos allí se encontraban, dieron á conocer el triste suceso á los Cardenales, Prelados y demas personas que en la antecámara rezaban de rodillas los misterios dolorosos del Rosario. Todos á una se precipitaron entonces á la habitacion en que el difunto se hallaba postrado en su lecho, á fin de besar todavía una vez aquella mano que tantas veces se habia levantado para bendecirlos.

A las ocho de la noche el Colegio de Clérigos de cámara se dirigió á las habitaciones del Cardenal Pecci, Camarlengo de la Santa Iglesia, el que acompañado de Monseñor Macchi, Maestro de cámara, y de otros dignatarios de la Iglesia, se presentó en el lugar donde yacian los restos inanimados del Pontífice para

dar cumplimiento á la ceremonia del reconocimiento del cadáver, que consiste en dar tres golpes con un martillo de plata sobre la cabeza del finado, diciendo otras tantas veces: *El Papa está realmente muerto.* Despues de entonado el *De profundis* y rociar el venerable rostro del Pontífice con agua bendita, Monseñor Pericoli, decano del Colegio de Protonotarios apostólicos, leyó de rodillas el acta de dicho reconocimiento, entregando á continuacion Monseñor Macchi, como Maestro de cámara, el anillo del Pescador del difunto Pontífice al Cardenal Camarlengo, á fin lo presentase al Colegio de Cardenales en la primera congregacion que debia celebrar, y de hecho se celebró en la mañana del siguiente dia (1).

El Cardenal Simeoni, en cuanto murió el Pontífice cesó en su cargo de Secretario de Estado, recayendo de derecho en Monseñor

(1) El anillo del Pescador recibe este nombre porque en una lámina de oro de forma oval, lleva grabada la imágen de San Pedro que desde una barquilla de donde pende un remo, sostiene con ambas manos la red con que se le representa pescando; en la parte superior va grabado el nombre del Pontífice; en la parte interna el del mayordomo y el del joyero pontificio que lo elabora. En la platería del actual Cáv. Rosgonogui tuve el gusto de ver y tener en mi mano el que había servido á Pio IX, y el que siguiendo su modelo acababa de hacer para el que resultase elegido Pontífice. Tiene de peso onza y media de oro. Este anillo, que no usa el Pontífice, lo custodia el Maestro de cámara, y con él se sella el papel en que se conceden gracias en forma de Breve. En el dia de la elec-

Lasagni, Secretario del Sacro Colegio y del Consistorio, el despacho de los asuntos con los representantes de las potencias extranjeras, permaneciendo, no obstante, en el Vaticano, como Prelado de los Sagrados Palacios Apostólicos.

En la noche del dia 8 el Doctor Ceccarelli, asociado de aquellos de sus compañeros que habian tenido el honor de asistir en vida al Santo Padre, procedió al embalsamamiento del cadáver, que quedó expuesto á la veneracion de los fieles todo el siguiente dia, siendo, durante la noche, trasportado á la Patriarcal Basílica Vaticana, y colocado en la Capilla del Santísimo Sacramento, de suerte que, cerrada la caja, asomasen los piés, que una multitud inmensa se apresuró á regar con sus lágrimas, imprimiendo en ellos tiernos besos de amor y de reconocimiento.

Tres solos dias, segun la costumbre, debia

---

cion, y en el acto de adorar los Cardenales por vez primera al Pontífice, el Cardenal Camarlengo lo coloca en el dedo del elegido, quien lo entrega en seguida al primer Maestro de ceremonias, á fin haga grabar en él el nombre que acaba de tomar. Cuando el Papa por cualquier motivo se dirige á otros países, al declarar que la Curia romana y pontificia queda en Roma como si él mismo permaneciese, entrega la custodia del anillo del Pescador al Cardenal Secretario de Breves. Muerto el Pontífice, en la primera congregacion que se celebra en la sala de ornamentos, el Cardenal Camarlengo hace entrega de este anillo al primer Maestro de ceremonias, el que lo rompe, juntamente con el sello de plomo de las bulas.

permanecer expuesto el cadáver del Pontífice á la veneracion de los fieles; pero pareciendo esto insuficiente para satisfacer el natural deseo que todos tenian de ver y dar un público testimonio de adhesion al que habian siempre amado con la mayor ternura, se retardó un dia más la ceremonia del entierro. Y sin embargo, fué tal la multitud que invadió el templo de San Pedro, que siendo insuficiente la guardia suiza y el cuerpo de gendármes y carabineros pontificios, encargados de la custodia del Vaticano, fué preciso pedir el concurso de la tropa de línea del Gobierno italiano, á fin de evitar desórdenes y hasta desgracias.

Durante estos cuatro dias y los dos siguientes, el Capítulo del Vaticano celebró en la Capilla Gregoriana, frente á la que se encontraba el sagrado cuerpo de Pio IX, los seis funerales de costumbre.

El miércoles 13 de Febrero, hácia las cuatro de la tarde, se empezó á hacer retirar de la Basílica Vaticana la apiñada multitud que inundaba sus naves, cerrando despues las puertas.

En tanto penetraban por la sacristía las contadas personas á quienes se habia dado esquela para poder asistir al entierro de los restos mortales del Pontífice. Reunidos los Cardenales en la sala del Consistorio, se dirigieron á la

Capilla del Sacramento, donde esperaron la llegada del Arcipreste del Capítulo y Clero de la Basílica del Vaticano. A las siete los Capellanes y los exentos de la guardia noble colocaron sobre sus hombros el cuerpo exánime de Pio IX, cuyo rostro conservaba su natural expresion de dulzura, y todo el acompañamiento se puso en marcha hácia la Capilla del Coro, pasando por delante de la estátua de bronce de San Pedro y del monumento de la confesion, y por entre las filas de los asistentes que, arrodillados y derramando copiosas lágrimas, contemplaban por última vez á su solícito Pastor y amado Padre. El eco fúnebre de los cantores al entonar el salmo *Miserere*, los grandes cirios distribuidos por el templo y cuyas extensas naves iluminaban con luz rojiza y misteriosa, los suspiros y sollozos de los fieles, todo contribuia á dar al acto una grandeza y solemnidad indescriptibles.

Colocado el venerable cuerpo en medio de la Capilla del Coro, mientras los cantores entonaban las preces de costumbre, Monseñor Folicaldi, revestido de Pontifical, bendice la caja de ciprés, la rocía con agua bendita y la envuelve entre nubes de incienso. Monseñor Ricci, Mayordomo de Su Santidad, avanza con lentitud, y todo conmovido, extiende con mano temblorosa sobre el rostro del Pontífice

el blanco velo que le oculta para siempre á las miradas de sus amantes hijos. Los Capellanes de Basílica, ayudados de los exentos de la guardia noble, colocan los restos venerandos en la caja de ciprés encerrada de antemano en otra de plomo, y despues de colocar á los piés tres bolsas de terciopelo conteniendo tantas medallas de oro, plata y bronce cuantos fueron los años del glorioso pontificado de Pio IX, y en un tubo de metal el pergamino donde se habia escrito en latin el elogio del Pontífice; dicho por el Pontificante el último responso, se cerró la primera caja de ciprés, colocando encima una cinta morada en forma de cruz, en la que se pusieron tres sellos de lacre; el del Camarlengo, el del Mayordomo y el del Capítulo. Mientras se cerraba la segunda caja en que se fijaron los mismos sellos que en la precedente, pero de plomo, dióse lectura por el Notario del Capítulo de San Pedro al acta solemne en que se menciona cuanto hasta entonces se habia ejecutado. Sobre la caja de plomo, y debajo del signo de la cruz, se hallaba grabada la inscripcion siguiente:

CORPUS
PII. IX. P. M.
VIXIT. AN. LXXXV. M. VIII. D. XXVI.
ECCLES. UNIVER. PRÆFVIT
ANN. XXXI. M. VII. D. XXIII
OBIIT. DIE. VII. FEBR. AN. MDCCCLXXVIII (1).

Encerradas estas dos cajas en una tercera de castaño, se trasladaron con los venerables restos que contenian al lugar destinado para su depósito provisional, á la izquierda de la Capilla del Coro. Elevadas despues por medio de unas poleas, bien pronto desaparecieron en el grueso del muro. A las ocho y cuarto todo estaba terminado: los concurrentes al fúnebre acto fueron desapareciendo como sombras en medio del mayor silencio, pudiendo leer ántes sobre la urna de mármol que encerraba el cuerpo del personaje más ilustre de nuestro siglo, esta sencilla pero elocuente inscripcion.

Pius IX. P. M.

---

(1) Cuerpo de Pio IX, Pontífice Máximo. Vivió ochenta y cinco años, siete meses, veinte y seis dias. Rigió la Iglesia universal treinta y un años, siete meses, veinte y nueve dias. Falleció el dia 7 de Febrero, año 1878.

CAPÍTULO II.

ESTADO DE LA IGLESIA Y DE LA SOCIEDAD Á LA MUERTE DE PIO IX.

Nuestro Divino Salvador instituyó su Iglesia dándola una forma completa é independiente de la sociedad civil, dotándola al efecto de medios adecuados para la consecucion del fin para que la habia fundado en la tierra, á saber: la santificacion del hombre. Sin embargo, el mútuo enlace que en entrambas sociedades, no obstante ser esencialmente distintas, debe existir, y de hecho existe siempre, á pesar de los que proclaman y quisieran su separacion completa, aunque solo con el objeto de esclavizar á esta hija del Cielo, ha sido causa de que algunos, confundiéndolas, vean en la una lo que exclusivamente á la otra debe atribuirse.

Distinguiéndose, pues, la Religion de la sociedad en que vive y ejerce su mision nobilísima, echaremos sobre ambas una rápida ojeada, ojeada que nos servirá para apreciar

con exactitud la situacion en que respectivamente en la actualidad se encuentran.

Jesucristo al fundar su Iglesia se propuso instituir una gran familia en cuyo seno vinieran á abrazarse como hermanos todos los creyentes, unidos por los vínculos de una misma fé y de un mismo y santo amor; resultando de aquí esa unidad de las almas, aspiracion constante de su tierno corazon, manifestada cuando exclamó al dirigirse á su eterno Padre: *Sean una misma cosa como Tú y yo lo somos*, ó bien cuando al mostrarnos esa misma Iglesia lo hace valiéndose de los más bellos símbolos y figuras bajo los que puede representarse la unidad. Ya es la viña siempre una á pesar de sus multiplicadas ramas, ya el templo animado cuyas diversas partes vienen á converger todas al centro del edificio, ya el verdadero reino de Dios, en el que todos obedecen á un mismo maestro, dependen de un mismo gobierno, marchando fraternalmente unidos á la conquista del reino del Cielo, representado en ese reino de la tierra, ya en fin, ese rebaño misterioso, emblema de la unidad viva en donde todos los fieles, como sumisas ovejas se estrechan en el mismo redil, bajo el cayado del mismo solícito Pastor.

Jesucristo sabia muy bien que contra este plan fecundo y contra la doctrina en que se

fundaba, el espíritu infernal, enemigo antiguo del hombre, habia de poner en juego todos sus recursos, valiéndose hasta del hombre mismo para impedir su maravilloso resultado. Para tener, pues, prevenidos á sus discípulos fué el decirles el Divino Maestro, al descorrer el velo del porvenir y mostrarles el palenque del martirio: á mí me han perseguido; tambien á vosotros os perseguirán. Y en efecto, apenas los Emperadores romanos advirtieron que se levantaba un poder enfrente de su poder que trataba de arrancarles la prerogativa de Sumos Sacerdotes, que hasta entonces habian disfrutado, y con esta dignidad el imperio que pretendian tener sobre las almas; ellos, que elevaban templos á todas las deidades y acogian benévolos todas las religiones, echaron mano de cuantos medios podian disponer para destruir y hasta borrar el nombre de la verdadera que así atentaba contra el más preciado de sus privilegios. Bien pronto, pues, el hierro y el fuego, la calumnia y el desprecio cayeron de improviso sobre los inocentes cristianos, que en el silencio de los cementerios y en la oscuridad de las catacumbas, pedian á Dios por sus perseguidores, y al ser aprehendidos y marchar resignados al cadalso, sin otro delito que defender sus creencias, saludaban la muerte con la sonrisa en los labios, y su

última palabra era una palabra de perdon para sus verdugos. Y en medio de tantos horrores, tanta desolacion y ensañamiento, que se prolongan por espacio de tres siglos, la Religion no sólo vive, sino que la sangre de los suyos es la multiplicacion de su vida, desarrollándose de un modo tan sorprendente, que un dia los verdugos, llenos de asombro, dejaron caer de su mano, cansada ya de herir, la espada exterminadora; saludando en sus víctimas, tan cruelmente perseguidas, el milagro de la virtud, de la santidad y del heroismo.

La religion pasó de pronto de la abyeccion á la grandeza, de la servidumbre á la proteccion de los Emperadores; mas entonces empezó para ella una lucha aún más terrible, la lucha con los herejes. Ya en un principio habia tenido que combatir á los nicolaitas y judaizantes, cuyas perniciosas doctrinas condenó con la autoridad que habia recibido del mismo cielo. Pero desde el siglo IV, envalentonados los herejes con la proteccion del poder civil, llevaron al extremo su osadía. Arrio niega la divinidad del Verbo; Macedonio la del Espíritu-Santo; Nestorio la unidad de persona, y Eutiques la dualidad de las naturalezas; mas todos estos errores son bien pronto rebatidos con la ciencia de los Santos Padres, y anate-

matizados con la autoridad de los cuatro primeros Concilios generales, cuyas doctrinas deseaba San Jerónimo fuesen tenidas en tanta veneracion, como las de los cuatro Evangelios.

La Providencia preparaba entre tanto el castigo á que se habia hecho acreedor el imperio. Los bárbaros, rebasando las márgenes del Rhin y del Danubio se desparramaron por todas sus provincias, estableciendo reinos independientes de aquel poder colosal que habia subyugado al mundo. En medio de la confusion y la anarquía producido por el choque de pueblos tan diversos, sólo un principio vivificador penetra, lucha y al fin vence los horrores de la barbarie; este principio es la religion católica. Ella ampara al débil contra la opresion del poderoso; defiende la verdad y la justicia contra la iniquidad y el desenfreno, y las ciencias, las artes, y hasta la industria y el comercio, encuenran en su seno la proteccion que en ninguna otra parte, ni existia ni podia existir entonces.

Lucha despues en Oriente contra la ambicion de Focio, que la arrebata porcion de sus hijos para precipitarlos en el cisma en que desde el siglo IX se hallan aún sumidos. En Occidente se opone con invencible energía á la usurpacion y despotismo de las potestades de

la tierra, representadas por Enrique IV en el siglo xii y por Federico II en el xiii. Condena las doctrinas anárquicas de los Begardos y Bequinas en el siglo xiv, las de los Wiclefetas y Wsitas en el xv y las de Lutero y Calvino en el xvi, mirando por el reposo y bienestar de los pueblos, puestos en conmocion por estos heresiarcas.

Si las riquezas afluyen á sus manos, levanta esos magníficos templos donde los fieles al congregarse recuerdan mejor que son hermanos, y que un mismo Padre celestial recoge sus oraciones en el cielo; edifica esos hospitales y casas de misericordia donde el pobre y el desgraciado encuentran un alivio y un consuelo; construye esos colegios y universidades donde instruye gratuitamente á los pobres, para que despues iluminen el mundo con su virtud y con su ingenio. La impiedad y el filosofismo en el siglo pasado, y el indiferentismo en el nuestro, han proclamado como inútiles tales creaciones; las ciencias, las artes y la dignidad del hombre deben estar agradecidas á los que profesando tales ideas, contribuyen á que produzcan sus naturales resultados.

En medio, pues, de una constante lucha ha atravesado la Iglesia el largo período de 19 siglos, y defendida ó atacada por las potestades del mundo, sin cesar ha derramado por todas

partes su amor y sus beneficios. El último Pontífice que, representando á Jesucristo, ha dirigido sus destinos, la ha dejado en la misma arena del combate en que la colocó su divino Fundador al abandonar la tierra; pero la proteccion celestial que se la prometió y que jamás la abandona, la conserva en tal estado de fuerza, de fecundidad y de energía, que causa el asombro hasta de sus mismos enemigos. Cuanto más ruge en el exterior la tempestad, más unidos se muestran los fieles á sus legítimos Pastores, y éstos á la autoridad de la Iglesia; la semilla católica germina á nuestra vista y en las regiones más apartadas, y lo mismo en Europa que en América, en Asia que en Africa y Oceanía, pueblos enteros iluminados por la luz de la verdad, ante los rudos y constantes ataques que al Catolicismo asestan sus encarnizados enemigos, se levantan presentándose ellos mismos como testimonio elocuente de su fecundidad inagotable. En ninguna época como en la actual nos presenta la historia de la Iglesia tanto amor, tanta adhesion de sus multiplicados miembros entre sí, y de estos con su cabeza visible. En vano algunos de sus hijos criados á sus pechos y que la habian jurado fidelidad eterna, ingratos á sus beneficios han intentado levantar el pendon de la discordia; todos en seguida se han

apartado con horror de los apóstatas, y bien hayan poseido los vastos conocimientos del P. Passaglia, la elocuencia del P. Jacinto, ó contado con el poder colosal de un imperio, como el Dr. Dœlinger, todos, sin excepcion, despues de haber sido el juguete de los incrédulos, abrumados bajo el peso del sarcasmo y el ridículo, han venido á caer bien pronto en la tumba del abandono y el olvido.

Una nueva prueba ha venido entre tanto á poner de manifiesto la vitalidad de la Iglesia de Jesucristo, que no otra cosa ha acaecido con la muerte de Pio IX, y la eleccion de Leon XIII. Los impíos y los incrédulos aguardaban con afan este momento, esperando poder exclamar con mayor exactitud que en su asamblea los revolucionarios franceses á la muerte de Pio VI: *hemos enterrado al último Papa*. Pero así como entonces la Providencia se encargó de desmentir tan necio aserto, colocando al frente de la Iglesia á Pio VII contra la prevision de los cálculos humanos, así tambien ahora la *iniquidad se ha engañado á sí misma*, pues con un número de electores, como jamás se habia reunido en la Iglesia, en medio de un órden inalterable, y con una celeridad inesperada, del corazon, aún contristado de los fieles por la muerte de Pio IX brotó un grito de entusiasmo al saludar en Leon XIII un nuevo

Pontífice que añadir á la larga cadena de representantes de Jesucristo sobre la tierra, quedando así una vez más confirmado que cuantos mayores son los peligros, más negro se presenta el cielo y con mayor furor braman las olas, más brilla el poder de Aquel que aparentando dormir en la nave sabe guiarla segura á través del viento y de la tempestad hácia el puerto de sus gloriosos destinos.

No es, por cierto, tan próspero el aspecto que presenta en el mundo entero la sociedad política. Divorciada, si no en abierta lucha con la Iglesia católica; minada por las sociedades secretas; carcomida por la revolucion; unas naciones en guerra mientras las otras se aprestan al combate; su situacion presente no es en verdad halagüeña, ni su porvenir, prosiguiendo el mismo camino, promete ser más lisonjero.

Es indudable que la trasformacion, el movimiento, la lucha, ha sido en todos tiempos el carácter distintivo de la sociedad humana; pero en medio de estas constantes trasformaciones, la Iglesia que jamas ha ligado su independencia á un régimen político determinado, que lo mismo vive con las monarquías que en medio de las repúblicas, sin pedir otra cosa á los gobiernos que libertad para ejercer la alta mision que Jesucristo la ha confiado en

la tierra, era amada de los pobres, respetada de los poderosos, atendida por los gobiernos, permitiéndosela derramar por todas partes los beneficios de su solicitud amorosa.

Este legítimo influjo del que nadie tiene que temer, y sí todos mucho que esperar, dió en la antigüedad por resultado que el derecho romano llegase á tal grado de perfeccionamiento, que áun hoy dia se le designa con el nombre de *razon escrita* (1). Cuando despues la civilizacion antigua se trasformó en una civilizacion nueva, en la organizacion de las provincias y de los municipios, lo mismo que en la administracion de justicia, se da á conocer por la tendencia á mejorar la condicion social de los pueblos, como lo manifiestan los Witenagemote de los Bretones, los campos de Mayo de los Francos, las famosas dietas de Roncalia y nuestros célebres Concilios de Toledo. Los Romanos Pontífices siendo los árbitros de las naciones dirimen pacíficamente las controversias de los Príncipes, evitando las guerras y las calamidades que éstas traen consigo. Los apologistas más célebres condenan el despotismo y la tiranía, estableciendo como sólidas máximas de todo buen gobierno la

(1) Tromplong.—*Influence du christianisme dans le droit romain.*

rectitud y la moralidad en los que mandan, el amor y la fidelidad en los que obedecen (1).

Sorprende, pues, á primera vista esa propension que hoy se advierte en todos los gobiernos, no sólo en rechazar la influencia de esa religion en la que debian buscar su más sólido fundamento, sino ese sistema de dejarla inerme y abandonada en medio de enemigos que profesándola un ódio inextinguible la han jurado una guerra de exterminio. Mas el fenómeno tiene explicacion sencillísima: los que medran á la sombra del error, han de combatir siempre y con todas sus fuerzas á cuantos se declaren mantenedores de los fueros de la verdad. El protestantismo en su afan de oposicion al catolicismo, y con objeto de arrebatarle el legítimo influjo que en la sociedad ejercia, empezó por adular á los Reyes otorgándoles derechos y haciéndoles concesiones que jamás consintió la Iglesia. Al pueblo intentó tambien atraerle, aplicando á la política su sistema religioso; de donde resultó que minado el principio de autoridad, perdido el respeto á los gobernantes, ya no se consideró en

(1) D. Jáime Balmes en los apéndices del 4.° tomo de su célebre obra «El protestantismo comparado con el catolicismo,» copia los trozos más notables de sus escritos, dignos en verdad de ser leidos y meditados.

ellos á los representantes de Dios en la tierra, sino á los opresores de sus semejantes; y consecuencia de tales predicaciones y tales máximas es el triste estado en que hoy se encuentra la sociedad contemporánea.

Las antiguas monarquías, nacidas y desarrolladas al calor de la Iglesia Católica, yacen muertas ó agonizantes; el elemento latino del Sudoeste, debilitado por la preponderancia cismático ó protestante del Noroeste; la España católica y la Francia cristianísima, guiadas por gobiernos débiles, que en vez de reprimir con mano fuerte la revolucion latente que las devora, llenos de temor, pretenden contentarla con complacencias, haciéndola cada dia nuevas concesiones, como si la revolucion se viese jamás satisfecha, ó aspirase á otra cosa que á poner en práctica sus ensayos de París, Alcoy y Cartagena. El imperio romano, personificado en la gloriosa casa de los Hapsburgos, despues de tres siglos de luchas, ha cedido el puesto de la supremacía al nuevo imperio germánico, enemigo declarado de la Iglesia, mientras la Rusia, oprimiendo á los polacos, envolviendo en sus redes á los rumanos, á los servios y montenegrinos, con el pretexto de libertar á los cristianos oprimidos por los turcos, se burla de Inglaterra, y sus negras águilas ya tocan con sus garras esa Constantinopla,

objeto perenne de sus aspiraciones y desvelos.

Mas si estos dos imperios que intentan compartir la supremacía del mundo deslumbran con su pujanza y su grandeza, esta pujanza y esta grandeza tienen más de apariencia que de realidad, minados, como se hallan, por los nihilitas rusos y los socialistas alemanes. Recientes procesos seguidos en los tribunales de Rusia han demostrado que los nihilitas tienen por base de su sistema impugnar todo principio de autoridad y de órden, profesando los mismos principios disolventes que el restò de los revolucionarios del mundo. Y no obstante esta secta de dia en dia hace nuevos prosélitos en la aristocracia, en el ejército y en el pueblo, á lo que si se añade que la más crasa ignorancia envuelve por regla general á todas las clases que componen los vastos dominios del Czar, podrá formarse una idea de la civilizacion de este imperio del porvenir.

Por lo que respecta al socialismo germánico, Luis Bamberger, insigne escritor y hombre político, acaba de publicar en el *Deutsche Runshan* un notable estudio acerca de su fuerza y organizacion, causas que favorecen su desarrollo y medios á propósito para combatirlo con las armas morales y legales.

Organizado el partido socialista aleman desde el año de 1867, su mayor importancia la

ha adquirido despues de la guerra de 1870-71, merced á las condiciones de la vida pública y privada, y sobre todo á las instituciones políticas del nuevo imperio. Su gran auxiliar han sido los millones de francos pagados como indemnizacion de guerra por la Francia, pues con tan rico botin se ha desarrollado en todas las clases tal afan de gozar y de enriquecerse á poca costa, que hace se repare poco en los medios de conseguirlo. En tan bien dispuesto terreno la accion del socialismo produce sus naturales frutos, aumentándose cada dia sus prosélitos del modo más asombroso. Su ideal es la destruccion completa de las constituciones y de los códigos, existiendo todavía en este partido extremo una *extrema izquierda*, cuyos miembros toman el sencillo pero elocuente título de *anarquistas*; debiéndose tener presente que en Alemania el socialismo existe como partido político representado y reconocido por la constitucion del imperio de 1871, y la introduccion del sufragio universal. La única fuerza que podria contrarestarle y hacerle frente sería el catolicismo, pero este, en vez de ser favorecido, como parece lógico, se le persigue con tal saña, que numerosos obispos, sacerdotes y fieles se ven encarcelados ó arrojados al destierro confiscándoseles sus bienes. Esto, que ademas de ser una injusticia, constituye

un error político de suma trascendencia, no se concibe puedan hacerlo personas de perspicacia y de talento, como indudablemente lo son las que rigen los destinos de Alemania, y sólo se explica considerando las ciega y perturba aquel mismo ódio satánico que cegaba y perturbaba á los emperadores de Roma, impidiéndoles ver en los inocentes cristianos, los súbditos más leales del imperio.

Mas la nacion que se nos presenta más perturbada y en vísperas de experimentar un cataclismo es la Italia. Para apreciar con exactitud su estado político y social, es preciso distinguir la aspiracion natural de los italianos á sustraerse á toda dominacion extranjera, y el modo poco feliz como se ha intentado realizar este deseo. Es un hecho que la Italia, siglos hace, se ha visto siempre avasallada por alguna nacion poderosa. España, Francia y Austria la han subyugado, haciéndola sentir más ó ménos duramente las consecuencias de todo poder extraño, que despues de luchar consigue la victoria. El pensamiento de Filicaja, desarrollado en su precioso soneto *A Italia*, en el que dice que la suerte la concedió el don infeliz de la hermosura

Perservii sempre o vincitrice o vinta,

encierra tanta verdad como belleza. Los mismos franceses que en los últimos años la

ocuparon como protectores de los intereses de la Santa Sede, hacian pagarse este favor tan caro, tenian á veces tantas exigencias, que en más de una ocasion hicieron exclamar al bondadoso Pio IX: *¡Lasciamo fare questi Francesi!* como quien tiene que resignarse á lo que no está en su propia mano el evitar. El deseo, pues, de los italianos de ser independientes, es natural y á la vez justo. Una confederacion de los diversos estados de Italia hubiese respondido perfectamente á este deseo. Mas con el pretexto de constituir una unidad que no posee España, á la que faltan Portugal y Gibraltar, ni Inglaterra, que tiene sólo anexionada la Irlanda, ni Alemania dividida en estados diversos, ni el imperio austriaco formado de reinos primitivos, ni Rusia que para anexionarse los slavos tendria que extender indefinidamente sus fronteras, ni Bélgica, ni Holanda, ni Suiza, ni Dinamarca, ni Grecia, que más que naciones son porciones de nacion, ni los Estados-Unidos, que cada cual se rige á su manera, ni las otras repúblicas americanas, que reconociendo un mismo orígen español, separadas de su madre forman estados completamente diversos; el Piamonte lleno de ambicion, despues de perder parte de sus propios dominios cedidos á Francia, valiéndose del apoyo de Napoleon III y el con-

curso de las sociedades secretas, despues de arrebatar á príncipes pacíficos sus estados, se atrevió á usurpar tambien los de la Iglesia, de donde resultó esa unidad indefinible que tiene por base la injusticia, por único apoyo la revolucion, y por adversarios á todos los católicos. Su primer error político fué elegir á Roma por capital fijando su trono frente á frente del sólio pontificio, pues no siendo posible que dos poderes supremos coexistan sin que el uno más tarde ó más temprano quede absorbido por el otro, ó la monarquía tiene que oprimir al pontificado, ó el pontificado eclipsar por completo á la monarquía. Por de pronto no es muy airoso el papel que allí está haciendo el monarca relegado al olvido en el Quirinal, mientras los fieles de todo el mundo acuden en masa á postrarse ante el Pontífice en el Vaticano. Tales razones fueron sin duda las que decidieron á Constantino á dejar encomendada la ciudad de Roma á la solicitud paternal de los Pontífices, trasladándose él á Bizancio para allí reinar con el esplendor y la grandeza de verdadero soberano. Ademas que Roma, sostenida con las oblaciones de todos los católicos, predestinada á ser la capital del universo y á sobresalir siempre entre las otras ciudades

Tanquam lenta solent inter viburna cupressi,

segun cantaba Virgilio, se ve así reducida á ser la capital de un reino sin importancia, hoy satélite y juguete de Alemania, como mañana lo será de cualquier nacion que le preste algun apoyo, y cuyo esplendor y grandeza concluiria en el momento en que el Soberano Pontífice la abandonase, viéndose entonces reducida á la oscuridad y á la miseria, como ya sucedió durante los 70 años que estuvo trasladada á Aviñon la cátedra de San Pedro.

La numerosa nobleza romana, excepcion hecha de dos ó tres familias, se muestra tambien hostil al actual órden de cosas, aprovechando cuantas ocasiones se presentan para dar público testimonio de su adhesion á la Santa Sede. El derecho pontificio vinculaba los bienes en las familias patricias, no pudiendo éstas por tanto enajenar ningun objeto de arte de los que forman sus numerosos museos y ricas galerías; ahora, por el derecho civil italiano, que no es otra cosa que el código de Napoleon, llevado á Roma por el Piamonte, abolidas las vinculaciones, los bienes, así paternos como maternos, deberán repartirse por partes iguales entre los hijos; los cuadros, pues, las estátuas y todos los objetos de arte irá cada cual por su lado: desaparecerán los museos, y Roma dejará de ser la patria de las artes.

La clase media y el pueblo se ven abruma-

dos con numerosos impuestos, pues el gobierno italiano, no obstante haber confiscado el tesoro de siete estados, y haber elevado de uno á tres las cargas públicas, se encuentra exhausto de dinero, y de un extremo á otro de Italia no circula sino el papel-moneda, representando hasta el ínfimo valor de dos reales, pues el oro y la plata han desaparecido por completo. Consecuencia natural es la carestía siempre creciente de cuanto es preciso para la vida, y las clases ménos acomodadas tienen que sufrir en el silencio el miserable estado á que las tiene reducidas la revolucion del 25 de Setiembre.

Pero áun cuando la situacion de Italia fuese próspera y floreciente, jamás sería legítima, teniendo por base una injusticia, y siendo una traba constante para el libre ejercicio del poder espiritual de que debe gozar la Iglesia, y que no es posible exista desde el momento en que cualquier otro poder se la sobreponga. Repugna la idea de súbdito en el que sustenta sobre su cabeza tres coronas, y por más leyes de garantías que se le concedan, los católicos considerarán siempre á su Pontífice como prisionero, mientras no le vean reinar con la independencia de soberano (1).

---

(1) La ley de las garantías de 17 de Mayo de 1871 fué aprobada en el Parlamanto italiano con el carácter de *transitoria*, y áun así,

Se dirá á esto que en medio del mayor órden se ha reunido el último Cónclave, que sin que nadie lo haya estorbado se ha elegido al nuevo Pontífice; mas debe tenerse presente, que esto ha tenido lugar á pesar de la ley de las garantías, no en virtud de las mismas, que de bien poco sirvieron la noche en que intentaron solemnizar los católicos de Roma, por medio de iluminaciones, la coronacion del nuevo Pontífice Leon XIII, pues tuvieron que retirarlas, *invitados por la autoridad*, para que cesasen los insultos y el apedreo de que eran víctimas en sus propias moradas. Por otra parte, áun cuando estas garantías lo fuesen realmente para el Pontificado, poca confianza podria tenerse en ellas cuando la ley que las concede no tiene estabilidad alguna. Los mismos que la formaron lo hicieron sólo con carácter *transitorio*, y los revolucionarios de ideas más avanzadas al punto la derribarian si pudiesen. Díganlo sino las constantes manifestaciones que contra ella se han hecho, las reuniones ce-

---

con grande oposicion del elemento francamente revolucionario. Concede al Pontífice honores soberanos; garantiza la plena libertad é independencia del Cónclave; señala una pension á la Santa Sede (que ésta no ha querido admitir); renuncia al *placet* y al *exequatur* en el nombramiento de los Obispos, reservándolo sólo en lo relativo á las temporalidades, y á este tenor provee en otras cosas de menor importancia.

lebradas en este sentido por los masones y carbonarios en diversos puntos de Italia, y muy principalmente en Roma en el anfiteatro Corea el 24 de Febrero del presente año. Los periódicos en sus reseñas refirieron algo, pero no todo lo que allí se dijo contra esta ley que, segun De Andreis, *habia violado el derecho de la razon;* pero personas de entera confianza que asistieron para saber por sí mismo lo que allí se trataba, me aseguraron despues, que ya no es posible proferir mayores insultos y blasfemias contra la Religion, llegando á tal punto el ensañamiento, que no se abochornó de decir uno de aquellos miserables, que hubiera querido arrojar su inmunda saliva sobre el rostro de Pio IX. Y en tanto los delegados del gobierno allí presentes, toleraban muy tranquilos que así se atacase, no sólo al Pontificado, sino á la misma Monarquía. Ahora bien: cuando los asistentes al anfiteatro Corea, entre los que habia varios diputados del Parlamento, sean gobierno, ¿podrá tener mucha confianza el Pontífice con la ley de las garantías?

Se desprende, pues, de todos estos hechos, que la conjuracion universal de los enemigos de la Iglesia multiplica sus ataques contra el catolicismo, ligándose lo mismo con la tiranía de los déspotas que con la anarquía de las últimas clases sociales, con tal les ayuden á com-

batir las doctrinas de Jesucristo. Inspirados por un ódio infernal, han formado esa asociacion cosmopolita, compuesta de hombres de toda raza, habitantes en todos los países, diferentes en ideas y costumbres, y no obstante, unidos con juramento de obediencia á cualquier palabra de órden que se les imponga. Envalentonados al ver al Pontífice despojado de sus dominios creen llegado el dia de su triunfo recordando estas palabras que Federico II, Rey de Prusia, dirigia á Voltaire en el pasado siglo: «Se pensará en la fácil conquista de los Estados del Papa, y entonces el *Pallium* será nuestro, y habrá terminado la escena. No queriendo ninguno de los potentados de Europa reconocer un Vicario de Cristo sometido á otro soberano, cada cual se creerá en su propio Estado un Patriarca. Poco á poco se irá cada cual separando de la unidad de la Iglesia, concluyendo por tener en su Reino una religion como tiene una lengua aparte (1).»

---

(1) On pensera à la conquête facile des Etats du Pape, et alors le Pallium sera à nous, et la scène est finie. Ancuun des Potentats de l'Europe ne voulant reconnaître un vicaire du Christ soumis à un autre souverain, tous se créeront un Patriarche, chacum pour son propie etat.... Peu á peu chacum s'eloiguera de l'unité de l'Eglise et finira par avoir dans son Royaume une religion ainsi qu'une langue á part. Paroles de Frèdèric á Voltaire.

Vanos intentos: la Iglesia, que en todos tiempos ha triunfado de sus numerosos enemigos, con el auxilio de Dios, que jamás ha de faltarla, triunfará tambien de los que ahora la persiguen y combaten. La historia del pasado es la garantía del presente y la esperanza del porvenir. En Diciembre de 1871 dirigia Pio IX á numerosos fieles estas notables palabras. «Este mismo deseo, esta ánsia justa y santa de ver trocado en breve el horrible aspecto actual del mundo, nos da cierta esperanza de ver cambiada, en efecto, la faz de la tierra. Sí, así debemos esperarlo de la misericordia de Dios, de la fé de los pueblos y de la concordia y union entre los buenos..... Siglos atrás hubo un varon lleno de valor, constancia y fortaleza, que descendiendo de las montañas de Astúrias para ser caudillo de un pueblo armado de fé denodada y de celo de la religion, intentó eficazmente con ayuda de aquel pueblo preservar á España de la cimitarra del Turco, limpiarla de la morisma y restaurar en aquel reino la religion católica. Esperemos, pues, en la fé de los pueblos. Y en Diciembre de 1872 «¿Cómo caerá esta revolucion enemiga de la sociedad y del órden, que tan trastornado tiene hoy al universo entero? Pues yo estoy persuadido de que caerá por sí misma, de que se suicidará con sus pro-

pias armas. Sí, caerá, caerá vencida, y quiera Dios que tambien sepultada..... La matará, sí, la matará su propia carencia de sanos principios, su misma prepotencia, su injusticia, la brecha de *Puerta Pía* y tantos otros atentados y crímenes como tiene sobre sí..... Se suicidará, repito, con las mismas armas que está esgrimiendo contra la verdad y la justicia, contra la Iglesia y contra todo cuanto hay de santo sobre la tierra.» Y en Abril de 1876.—«Vosotros me direis que cuándo acaba de llegar este verdadero y final triunfo; pero no puede tardar, porque lo anuncian ya próximo la condenacion y reprobacion del presente estado de cosas, que ois, no solamente en boca de todos los buenos, sino áun de los que no lo son tanto..... Si este Vicario de Jesucristo no, un sucesor suyo verá esta Ciudad restituida á su anterior estado..... y á la Santa Sede restaurada en sus antiguos derechos.

Confiemos, pues, que no es posible pueda prevalecer por mucho tiempo el error y la iniquidad contra la verdad y la justicia.

CAPÍTULO III.

PRELIMINARES DEL CÓNCLAVE.

Siendo la visibilidad uno de los caractéres distintivos de la Iglesia, como sociedad fundada para los hombres mientras moren sobre la tierra, al determinar su organismo social, Jesucristo la dió la forma monárquica, templada por el elemento aristocrático, en el sentido que lo entiende y explica el sábio Cardenal Belarmino, á saber: que áun bajo la dependencia del Soberano Pontífice, los Obispos tienen participacion en el gobierno de la Iglesia, rigiendo por derecho ordinario la porcion de la gre y á ellos, de una manera especial, por el Espíritu Divino encomendada.

La etimología de la palabra Monarquía compuesta de las dos griegas Μὸνοσ (uno) y αρχη (principado) *gobierno de uno sólo*, bastantemente indican la exactitud de la proposicion enunciada. La Escritura santa, en efecto, nos refiere que Jesucristo escogió á *uno solo*, al Príncipe

de los Apóstoles, para que le representase en el gobierno de su Iglesia. Tú *eres Pedro* (1) le dijo un dia, *y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y á* Tí *te daré las llaves del reino de los cielos. Y todo lo que ligares sobre la tierra, será ligado en el cielo, y todo lo que desatares sobre la tierra desatado será en el cielo* (2). Dando á entender claramente bajo los símbolos y figuras de las llaves, y del poder de atar y desatar, la suprema potestad que con el tiempo pensaba conferirle, y que realmente le confirió cuando despues de su preciosa muerte y resurreccion gloriosa, habiéndole por tres veces preguntado si le amaba, por tres veces tambien le dijo: *Apacienta mis corderos...... apacienta mis ovejas* (3), concediéndole bajo la metáfora del Pastor, tan usada en la antigüedad para describir el su-

(1) Debe aquí notarse que el Salvador con este motivo cambia al hijo de Jonás (Bar-Iona) el nombre de Simon que antes tenia por el de *Piedra* conque en adelante debia ser conocido; lo que más claro aparece en el texto escrito en lengua siriaca, que es la que hablaba Jesucristo, y en la que no existe la diferencia de terminacion á causa del género que se advierte entre *Pedro* y *piedra* tomado de la vulgata *Petrus-petram* que siguió el texto griego πετρος-πετρα; y por tanto las palabras dirigidas por Jesus á San Pedro fueron éstas: Tú eres piedra (cepha), y sobre esta piedra (cepha) edificaré mi Iglesia.

(2) Math. XVI.

(3) Joann, XXI-XVII.

premo poder (1), la supremacía de honor y de jurisdiccion sobre la Iglesia que acababa de fundar. Debiéndose advertir con relacion á este pasaje, que el texto griego dice: ποίμαινε τὰ προβατά μου, usando no del verbo Βόσκω que propiamente significa *alimentar*, *apacentar*, sino del verbo ποίμαινω que consigo lleva juntamente la idea de *regir y gobernar*.

Todo lo que recibe nueva fuerza con estas otras palabras, que segun nos refiere el Evangelista San Lucas (2), el Salvador dirigió igualmente á San Pedro: *yo he rogado por tí para que no falte tu fé, y tú, convertido, confirma constantemente* (3) *á tus hermanos*, donde no sólo la analogía del dogma, sino el estudio filológico del vocablo στηριζον (que da orígen á στηριγμα, sinónimo de εδραιωμα, *firmamentum* segun Suida) nos representa á San Pedro como base y sosten de sus hermanos en el acto de confirmarlos en la fé; y por esto San Pablo llamó con admirable exactitud á la Iglesia στύλος καὶ

(1) En el libro II de los Reyes (II 2) dice el Señor á David: *Tu pasces populum meum Israel et tu eris dux super Israel*, y de sí mismo dice Jesucristo (Joanen X. 14.) *Ego sum Pastor bonus*, y Homero en el libro II de la Iliada varias veces llama á Agamenon ποιμεν λαῶν *Pastor de* pueblos.

(2) Cap. XXII, v. 32.

(3) El adverbio ποτε que la Vulgata tradujo *aliquando* (alguna vez) tiene aquí la fuerza de tiempo indefinido, y debe referirse al verbo *confirma*.

ἑδραίωμα τῆς ἀληθείας *columna y firmamento de la verdad.*

Al derecho siguió el hecho naturalmente; así es que á San Pedro le vemos siempre figurar á la cabeza de los demas Apóstoles, ya dirigiendo la palabra á los judíos y gentiles despues de la venida del Espíritu Santo, ya convocando el primer Concilio para la eleccion de San Matías, ya para tratar en otro de la abolicion de los legales. Cuatro años despues de la Pasion de Jesucristo se dirige á Antioquía, cuya Iglesia gobierna por espacio de siete: vuelve de nuevo á Jerusalen, y libertado milagrosamente de la prision á que le habia reducido Herodes el dia de los ácimos, marcha á Roma, en cuya ciudad fija el primado; y despues de regir aquella Sede por espacio de veinticinco años, el catorce y último del imperio de Neron, espira en una cruz como el divino Maestro, que le habia dejado por su primer representante en la tierra (1).

Tal es, pues, el orígen de esa larga y jamás

(1) En el lugar donde, segun la tradicion, fué martirizado San Pedro, Fernando IV, rey de España, á fines del siglo XV hizo edificar un templete redondo con su cúpula, decorado al exterior con doce columnas de granito oscuro que sostienen el cornisamento que corona una balaustrada. Al lado hizo edificar tambien sobre las ruinas abandonadas de la primitiva iglesia, la que hoy existe de una sola nave, segun los planos de Baccio Pintelli. En el interior de este templo se admiraba antes el célebre cuadro de Rafael *La*

interrumpida série de Sumos Pontífices que al traves de las edades y las generaciones, y viendo en derredor suyo hundirse tronos y desaparecer monarquías, han venido representando á Jesucristo al frente de la Iglesia, en cumplimiento de aquella divina promesa que garantizaba su estabilidad para el porvenir: *He aquí que yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos.*

Y bien que Jesucristo al dar principio al primado en la persona de Pedro intentase establecer solamente en general la legítima série de sus sucesores, ó bien fuese objeto directo é inmediato de su voluntad designarla en particular, acerca de lo que disputan los teólogos, es lo cierto que á su Iglesia dejó encomendada la mision de elegir la persona que habia de ocupar tan elevado puesto (1). Siendo lo admira-

---

Transfiguracion, de donde lo robaron los franceses á principios de este siglo. En virtud del tratado de Viena de 1815, fué devuelto, colocándose en el Museo del Vaticano, donde hoy se encuentra, aunque parece hubiese sido lo natural, de no ponerlo donde antes estaba, haberlo traido al museo de Madrid. Acerca del positivo derecho de la España sobre esta iglesia y el monasterio adjunto, se está aún en contestaciones con el gobierno italiano.

(1) El que sucede á S. Pedro en el Episcopado le sucede tambien en el Primado, por haber quedado ambos á la muerte del príncipe de los Apóstoles indisolublemente unidos, pero hay la diferencia, que en la catedra romana se sucede por *derecho eclesiástico*, puesto que la eleccion corresponde á la Iglesia; mas en la dignidad del Primado se sucede sólo por *derecho divino*.

ble y verdaderamente providencial, que en esta monarquía electiva, jamás hereditaria (1), no ha sido ni es obstáculo para hallarse á su frente, ni el orígen más humilde, ni el lugar del nacimiento, ni la edad temprana ó avanzada, pues de todo nos ofrece ejemplos la historia (2).

Por lo que respecta al procedimiento seguido para la eleccion de los Romanos Pontífices ha sido muy diverso, segun las vicisitudes

---

(1) Determinó el Papa San Hilario en un Concilio que celebró en Roma en 461. *Que ningun Pontífice pudiese elegirse sucesor* (Labbé. Conc. tom. IV, colum. 1060) y San Bonifacio II, creyendo poder evitar el que á su muerte los godos se entrometiesen en la eleccion del Pontífice con perjuicio de los derechos de la Iglesia, declaró por su sucesor al Diácono Vigilio, obteniendo el consentimiento y el juramento del Clero; pero habiéndolo meditado mejor, en un Concilio que reunió al efecto en presencia del Clero y del Senado romano, se retractó solemnemente de lo anteriormente determinado como contrario á los cánones, haciendo quemar ademas el decreto en que constaba su decision primera.

(2) Ademas de San Pedro, pobre pescador del lago de Galilea, procedieron tambien de las familias más humildes, Clemente III, Urbano IV, San Celestino V, Benedicto XI, Alejandro V, Sixto IV, Adriano VI, y otros muchos, á todos los que por sus virtudes y talento juzgó la Iglesia dignos de ocupar tan elevado puesto.

Por lo que respecta á la patria, las principales naciones se glorían de haberlo sido de varios Pontifices. De España fueron ademas de San Melquíades, que algunos escritores creen natural de Madrid, San Dámaso, Juan XXI, Calixto III y Aléjandro VI.

Sin contar aún veinte años, ocuparon el sólio pontificio Alejandro I, Juan XII, Benedicto IX y Clemente III, y no obstante todos rigieron por poco tiempo la Iglesia. En cambio San Agaton fué creado Pontífice cuando ya tenia 103 años, pasando de los 80 Gelasio II, Lúcio III, Celestino III, Gregorio IX y Alejandro IV al tiempo de ser elegidos.

de los tiempos y las relaciones en que la Iglesia se ha encontrado con el poder civil. Algunos escritores enumeran hasta diez y ocho maneras diversas (1), pero afectando estas variaciones más á la forma que al fondo, muy bien pueden reducirse á dos principales, con relacion á los electores, y á tres respecto al procedimiento seguido para la eleccion. Con relacion á los electores, durante las primeros siglos fué la costumbre que el Clero eligiese á presencia del pueblo, derecho que despues quedó exclusivamente reservado al Cuerpo de Cardenales. Respecto al modo de elegir, se nos presentan la cuasi inspiracion ó aclamacion, llamada tambien adoracion, el compromiso y el escrutinio (2).

En los primeros siglos de la Iglesia, cuando los tiranos perseguian á sus hijos con el mayor encarnizamiento, la mayor sencillez pre-

---

(1) Mabillon Mus. Italic, tom. II, cap. 17. Plettemberg. Notitia congreq. et tribun. curiæ Rom., cap. II.

(2) Aun cuando en todos tiempos se hayan dado reglas para las elecciones pontificias, no siempre han podido ser observadas en todos sus detalles; de aquí el que cada eleccion haya ofrecido su carácter especial, siendo por consiguiente muy importantes las reseñas particulares que sobre la materia se han escrito. Entre los preciosos documentos que se conservan en el archivo de la embajada española en Roma, existen dos manuscritos encuadernados, el uno en un tomo, y se títula: *Cónclaves desde la eleccion de Gregorio X hasta la eleccion de Clemente V*, terminando con la siguiente nota: *Todos los precedentes Cónclaves, extendidos en italiano, se han sacado*

sidia en las elecciones pontificias, poniéndose todos bien pronto de acuerdo en designar á la persona que juntamente con la dignidad del Pontificado, recibia de fijo la predestinacion para el martirio. El clero de Roma, al que se unian no sólo sus Obispos sufragáneos, sino tambien todos aquellos que con ocasion del *interpontificio* habian acudido á la ciudad (1), á presencia del pueblo, que prestaba únicamente su asentimiento, daba sus votos al que juzgaba más digno, práctica que por otra parte era tambien la seguida en toda la cristiandad para la eleccion de los Obispos, y que segun la carta de San Cipriano al clero y pueblo de España, se fundaba en la tradicion divina y apostólica. Pero en cuanto la Iglesia se vió triunfante y sus ministros rodeados de respeto, no faltaron ambiciosos que pretendieron con violencia y malas artes ocupar un

de los originales que paraban en la biblioteca de Francisco María de la Rovera, Duque de Urbino, traducidos en español por D. José García del Pino. El otro, escrito en italiano, consta de cuatro tomos, y se titula: *introduttine alli conclavi, e modo della creatione delli Sommi Pontefice telli tempi primitivi, e sussequentemente delli conclavi*, refiriéndose á las elecciones pontificias desde San Pedro hasta Benedicto XIV, inclusive. De ambos manuscritos están formadas algunas de las noticias aducidas en la presente relacion histórica.

(1) En la eleccion del Pontífice Cornelio, verificada el año 254, tomaron parte diez y seis Obispos, dos de los que pertenecian á Iglesias africanas.

puesto para el que no eran llamados, lo que obligó á los Pontífices á dictar varias reglas á fin de que en la eleccion de sus sucesores se procediese siempre con la mayor rectitud y acierto. Una de las primeras de que tenemos noticia es de San Bonifacio I, que exaltado á la silla pontificia el año 418, temiendo que el antipapa Eulalio, con el auxilio de algunos sacerdotes y diáconos, los que obraban á impulsos de Símaco, prefecto de la ciudad, afligiese á la Iglesia despues de su muerte, que ya no podia hacerse esperar mucho á causa de su edad avanzada, escribió al emperador Honorio la carta *Ecclesiæ meæ*, obteniendo en contestacion un rescripto en que se establecia: *Que ninguno por medio de engaños fuese elegido Romano Pontífice, sino que se reconociese únicamente por legítimo Papa al elegido con el divino auxilio y el consentimiento de todos.* Disposicion que despues pasó al derecho conónico. *Cap. Si duo* 8 *dist.* 79. Observa el Pagi (1) que estas diferencias entre San Bonifacio y el antipapa Eulalio fueron causa de que Honorio I, y despues otros reyes de Italia, se ingeriesen en las elecciones pontificias, con perjuicio de los derechos de la Iglesia.

En efecto, á la muerte de San Simplicio,

(1) Crítica in Ann. Baron. Tomo II, an. 419.

cuando el clero se hallaba reunido para proceder á la eleccion pontificia, Odoacro, rey de los Herulos, que desde el año 476 dominaba en Roma, envió un comisionado bajo el pretexto de que el difunto Pontífice habia dejado dispuesto no se le eligiese sucesor sin consentimiento del monarca ó del prefecto de la ciudad. El clero, como era natural, rechazó semejante intrusion como contraria á los sagrados cánones, y porque ademas de no llevar la firma del Pontífice San Simplicio la determinacion que se le atribuia, era de suponer que áun caso de haber querido introducir esta novedad, la hubiese comunicado de otra manera á su clero.

Tan sábias disposiciones fueron confirmadas en un Concilio que San Simaco tuvo en Roma el año 497, y al que asistieron 72 Obispos, y en el que se determinó: *Que todos los laicos, incluso el rey, no pudiesen ingerirse en las elecciones pontificias, y que fuese venerado por verdadero Papa sólo aquel que reuniese todos los sufragios del clero, ó al ménos la mayor parte, y que viviendo el Papa no se tratase de la eleccion de su sucesor bajo pena de excomunion y privacion de toda dignidad* (1).

(1) Esta pena fué despues ampliada por Paulo IV en el año de 1558, en virtud de la Bula cum secundum Apostolum. Bull. Rom. Tomo IV, pág. 347.

A pesar de todas estas disposiciones, los Reyes que sucesivamente dominaron en Italia, continuaron entrometiéndose en las elecciones pontificias, llegando á tal extremo el abuso, que en tiempo de Juan II, el Rey Atalarico empezó á exigir un tributo de tres mil sueldos de oro cada vez que se eligiera un nuevo Pontífice.

Arrojados los ostrogodos de Italia el año 553 por las tropas de Justiniano, Emperador de Oriente, mandadas primero por el general Belisario y despues por Narses, tanto aquel Emperador como sus sucesores pretendieron continuar en el ejercicio de tan abusivos derechos, viéndose obligado el Clero, por evitar mayores males, á elegir, segun refiere Banonio (1) Pontífices que se suponia habian de agradar á los Emperadores griegos, como sucedió entre otros con Vigilio, Sabiniano, San Gregorio el Grande y Bonifacio III, que habian sido *Apocrisarios*, esto es, agentes ó nuncios de la Santa Sede en la corte de Constantinopla.

No obstante, muchas veces se procedió á la consagracion del Pontífice elegido sin esperar la confirmacion de los Emperadores ó de los exarcas de Rávena, sus representantes (2), co-

(1) Año 607, núm. 1.

(2) Concluido en 476 con Rómulo Augústolo el imperio de Occidente, Roma y la Italia fueron sucesivamente subyugadas por los

mo sucedió en 574 con Pelagio II, sin que tampoco hubiese sido posible pedir el imperial consentimiento, por hallarse á la sazon sitiada la ciudad de Roma por los lombardos; y áun sin esta causa fué tambien consagrado Juan V, pues era sumamente penoso tener que aguardar á veces meses enteros para efectuar tan solemne ceremonia, esperando llegase de Constantinopla el permiso necesario. Por fin, Constantino Pogonato, que el año 681, á instancias del Papa Agaton, habia declarado abolida la degradante costumbre de exigir la mencionada suma de dinero en cada eleccion pontificia, en obsequio á Benedicto II, á quien en extremo veneraba, dejó en completa libertad al clero romano para elegir al Pontífice, sin que fuese ya necesaria la confirmacion de los Emperadores. Pero su hijo Justiniano II, y los que despues le sucedieron, exigieron nuevamente la confirmacion, al ménos de los Exarcas de Rávena, y de hecho elegido Conon Pontífice, tuvo que esperar la confirmacion del Exarca Teodoro, y San Gregorio III se consagró un mes despues de ser elegido. Se

hérulos, los ostrogodos y los lombardos; más la ciudad de Rávena se libró siempre de la comun invasion permaneciendo bajo la dependencia de los Emperadores de Oriente, quienes enviaban para gobernarla á un Exarca que á la vez vigilase y diese cuenta de lo que hacian los conquistadores.

observa por este tiempo que los Exarcas ponian el mayor empeño en hacer exaltar al trono pontificio á los griegos, los que, sin embargo, si alguna vez llegaban á ser Pontífices, heredaban el espíritu apostólico sin ceder jamás á las inmoderadas exigencias de los Emperadores y Obispos orientales, tan contrarias al verdadero espíritu de la Iglesia.

Los Pontífices no dejaron de protestar contra la intrusion del poder civil en sus elecciones canónicas; mas no lograron verse libres en el ejercicio de sus derechos hasta el año 726, en que Roma y su ducado, sustrayéndose al dominio oriental, y no queriendo hallarse bajo la dominacion de los lombardos, se sometieron al gobierno paternal de los Pontífices, á la sazon que lo era Gregorio II. Consagrado Pipino por Estéban II como Rey de los francos, pasó á Italia con un poderoso ejército, y derrotando á Astolfo, tomó posesion de Exarcado y la Pentápolis, haciendo donacion de estos estados á la Iglesia y á San Pedro en la persona del Pontífice romano, donacion que en 774 confirmó su hijo Carlomagno, cuando venciendo á Desiderio, libró definitivamente á la Italia del yugo de los lombardos (1).

---

(1) **Se encuentra en Graciano un decreto, cap. In Synodo 23, dist. 69, donde se dice que Adriano I concedió al Emperador Car-**

Habiendo invocado Juan II el auxilio del Emperador Oton I de Alemania para combatir á Berengario que, proclamándose Rey, juntamente con su hijo, tenia en conmocion contínua á los pueblos, despues de derrotar á los revoltosos, si bien restituyó á la Santa Sede las tierras que le habian sido usurpadas, bajo la apariencia de proteccion, dió principio á aquellas funestas luchas que, prolongándose despues entre el sacerdocio y el imperio, tantos males acarrearon á la Iglesia. Oton II siguió las perniciosas huellas de su padre, y lo mismo hizo Oton III, llegando á tal extremo la tiranía, que por haber sido declarado Pontífice Alejandro II sin pedir el consentimiento á Enrique IV, resentido éste hizo elegir antipapa al Obispo de Parma, con el nombre de Honorio II, por cûyo motivo, y para evitar disgustos, San Gregorio VII, sucesor del legítimo Pontífice, dió en seguida cuenta al Emperador de su eleccion, pero suplicándole librase en lo sucesivo á la Santa Sede de humillacion tan degradante, como sucedió en efec-

---

lomagno el derecho de elegir al Pontífice. Tomasino *De veter. et nov. Eccl. disciplina*, cap. 26, Belarmino In recog. tomo 1, Summ. Pont y otros autores, demuestran la falsedad de este cánon, atribuyéndolo á Sigisberto, monje cismático, que lo inventó para adular al Emperador Enrique, y de cuyo autor lo copiaria sin duda Graciano, sin fijarse en su viciado orígen.

to, pues con este gran Santo recobró la Iglesia definitivamente su libertad é independencia en las elecciones pontificias. Estas habian continuado haciéndose por el Clero á presencia del pueblo, si bien con las restricciones impuestas por Estéban IV en el Concilio celebrado en 769 en la Iglesia de Letran, en virtud de las que podian darse tan sólo los votos á un Diácono ó á un Sacerdote Cardenal, mas no á los Subdiáconos ó ministros inferiores, y cuya práctica continuó hasta Inocencio II, primer Pontífice elegido exclusivamente por los Cardenales.

Este título que en los primeros tiempos se daba á los eclesiásticos más distinguidos, no sólo de Roma, sino de otras muchas Iglesias (1), denotando á veces la residencia fija de los que le poseian, se hace derivar comunmente de la palabra latina *cardo*, que significa el quicio de la puerta, lo que hizo decir á Eugenio IV en 1491: «Como la puerta de la casa gira sobre el quicio, así sobre este de la Sede Apostólica se apoya y descansa la puerta de toda la Iglesia.»

(1) En algunas catedrales insignes, los Canónigos llevaban antiguamente el título de Cardenales, como sucedia á los de Compostela en España, Rávena, Milan, Colonia, etc. San Pio V ordenó expresamente en 1567 que sólo los Cardenales de la Iglesia romana pudiesen en adelante usar este nombre.

Los Cardenales se han dividido siempre en tres clases: Cardenales del órden de Obispos, Cardenales Presbíteros y Cardenales Diáconos.

En un principio el Pontífice era el único Obispo que tenia en Roma residencia fija, mas con el tiempo los siete más cercanos se trasladaron á la ciudad eterna, adscribiéndose á la Basílica Lateranense. Tal fué el orígen de los Cardenales Obispos, llamándose hoy así los que obtienen del Papa el título de alguna de aquellas primitivas Iglesias. Desde el siglo v cada parroquia de Roma estuvo á cargo de un Presbítero con residencia fija, elevándose su número á 25, y adscribiéndose tambien á las otras cuatro Basílicas de Roma, llevando actualmente esta denominacion los que obtienen del Pontífice alguno de aquellos títulos primitivos, ó los que luego se les asimilaron, aunque por otra parte posean el carácter episcopal. Las casas de caridad en Roma desde su orígen estuvieron encomendadas á los Diáconos, que recibian el nombre del santo que se veneraba en el oratorio del respectivo establecimiento. Estos Diáconos, llamados tambien regionarios, á causa de los distritos en que la ciudad se hallaba dividida, se adscribieron á la Basílica de Letran, para estar prontos á asistir al Pontífice en las solemnidades religiosas, dando así principio á los Cardenales de este

órden; y si bien algunos á quienes concede hoy el Pontífice estos títulos no pasan de Diáconos, la mayor parte son Presbíteros. De donde resulta que todos los títulos cardenalicios recuerdan lo que fueron en cuanto al órden sus primitivos poseedores, pero no lo que son los que actualmente los llevan (1).

Hasta fines del siglo XI el cargo principal de los Cardenales era el de gobernar con derecho propio, bien sus Iglesias, bien sus Diaconías, ilustrando con sus luces al Pontífice en los casos árduos y difíciles. Pero habiendo variado con el trascurso del tiempo la organizacion administrativa de la Iglesia, así como los Cabildos se agruparon alrededor de los Obispos formando su consejo, y procediendo ademas á su eleccion en las vacantes, así los

(1) El número de Cardenales varió mucho antiguamente, hasta que Sixto V por su bula *Postquam*, expedida en 1585, lo fijó en 70, á semejanza de los 70 ancianos que aconsejaban á Moises y de los 70 discípulos que escogió el Salvador. Sin diferencia de órden, excepto los Religiosos, pueden vestir el traje de púrpura, distintivo en un principio del Romano Pontifice, y despues de sus *apocrisarios* cuando iban á representarle fuera de Roma, pero cuyo uso hizo extensivo Inocencio IV en 1255 á todos los Cardenales. El pectoral lo llevan tan solo los que ademas son Obispos, pero mientras dura la vacante pontificia, como símbolo de la jurisdiccion eclesiástica, se lo ponen hasta los que únicamente son Diáconos. En las solemnidades religiosas los Cardenales Obispos se distinguen por la capa de coro, los Presbíteros por la casulla y los Diáconos por la dalmática, llevando todos mitra blanca de damasco.

Cardenales formaron en Roma una corporacion de importancia suma, como que de su seno escogia el Pontífice á los que habian de representarle en toda la cristiandad; y creciendo, por tanto, su influjo y su poder, á ellos quedaron por fin reservadas, con exclusion del resto del clero, las elecciones pontificias.

Empezó por decretarse en un Concilio celebrado en Roma en 1059 en tiempo de Nicolao II, que en cuanto muriese el Pontífice los Cardenales Obispos se reuniesen para tratar del sucesor, llamando despues á los demas Cardenales; y una vez convenidos se convocase al resto del Clero y al pueblo para que prestasen su asentimiento. Despues Alejandro III con el dictámen y aprobacion del Concilio general XI Lateranense tercero, celebrado en 1179, considerando los males que hasta entonces habian afligido á la Iglesia á causa de la confusion que se promovia por la multitud de electores en las vacantes pontificias, determinó *que en adelante tan solo los Cardenales de Roma, con exclusion del resto del Clero, del pueblo y de los Soberanos, gozasen del derecho de elegir, crear, confirmar y entronizar al sucesor del Príncipe de los Apóstoles; y que aquel solo de los Cardenales se dijese y fuese canónicamente elegido, que obtuviese los sufragios de las tres partes de los mismos Cardenales electores.* Por lo que á la muerte de Alejan-

dro III, su inmediato sucesor Lucio III, fué elevado á la Sede pontificia, poniéndose por primera vez en práctica tan sábias disposiciones, confirmadas despues por Gregorio X en 1274 en el Concilio segundo de Lion, y por Clemente V en 1311 en el de Viena, al que asistieron los monarcas de Aragon, Francia é Inglaterra.

Este cambio fué en extremo ventajoso para la tranquilidad de la Iglesia, pues por una parte la multitud de los electores, por otra las aspiraciones insensatas de algunos ambiciosos de tal modo la perturbaban, que rara era la eleccion de Pontífice en que no se promovian desórdenes, ó no resultaba un nuevo cisma, elevándose á 33 su número antes de adoptarse el nuevo sistema, y de ellos cinco en un solo siglo, ó sea del 1048 al 1159 en que fué elegido Alejandro III, cuando despues no ha ocurrido otro que el de Aviñon, originado y sostenido por causas especiales, y muy particularmente por la ambicion é irreligiosidad del Rey de Francia Felipe el Hermoso.

Reservada á los Cardenales la eleccion pontificia, los cismas terminaron, mas no las prolongadas vacantes que acostumbraban á durar meses y áun años, con notorio perjuicio de los intereses de la Iglesia. Para evitar, pues, estos inconvenientes se estableció el Cónclave; es-

to es, *un lugar cerrado con llaves*, segun indica la palabra, destinado á la eleccion de los Pontífices.

Más de una vez ocurrió antes de establecerse como ley, encerrarse el Sacro Colegio para poder con toda independencia dar cima á su delicado encargo, señalando los escritores como primer ejemplo la eleccion de Gregorio IV, verificada en 827 en la Iglesia de San Cosme y San Damian. Incomunicados estuvieron tambien los Cardenales para la eleccion de Inocencio III, de Celestino IV y de Inocencio IV; pero el verdadero orígen del Cónclave tuvo lugar posteriormente.

Muerto Clemente IV en Viterbo el 29 de Noviembre de 1268, sobrevino la vacante más prolongada que se ha conocido de la Sede pontificia, pues duró dos años, nueve meses y dos dias, nacida de la discordancia de los 18 Cardenales que componian el Sacro Colegio. No pudiendo vencerles las súplicas de Felipe III, rey de Francia, ni de Cárlos I, rey de Sicilia, que con este objeto habian acudido á Viterbo, San Buenaventura, general de su órden de menores, tambien allí presente, indujo á los principales habitantes de la ciudad á que encerrasen á los Cardenales en el palacio episcopal, para que de este modo más pronto verificasen la eleccion apetecida. Así, en efecto,

lo verificaron, y persistiendo no obstante en el desacuerdo, Raniero Gatti, capitan de la ciudad y custodio del Cónclave, hizo descubrir el techo de la sala donde se encontraban reunidos los Cardenales, para que de este modo, obligados por la necesidad y la inclemencia del tiempo, apresurasen la suspirada eleccion (1).

Tan extraño medio dió el apetecido resultado, pues habiéndose todos comprometido á respetar al que eligiesen seis de los mismos, fué designado el Arcediano de Lieja Teobaldo Visconti, á pesar de no pertenecer al Sacro Colegio (2) y hallarse á la sazon de legado apostólico en Soria de Acre. Allí, pues, fué llevado el decreto de los Cardenales que le habian elegido Pontífice el 1.º de Setiembre de 1271, y despues de aceptar, se dirigió á Roma donde fué coronado, recibiendo el nombre de Gregorio X. Considerando, pues, este Pon-

---

(1) Uno de los manuscritos existentes en el archivo de la embajada española en Roma, de que ya se ha hecho anteriormente mencion, atribuye este desacuerdo *á la igualdad de méritos que en algunos de los Cardenales sin grande excesividad del uno al otro se hallaban, pues de los mismos fueron despues Pontífices Adriano IV, Nicolao III, Martino IV y Honorio IV.*

(2) Si bien Estéban III habia ordenado en 769 que ninguno fuese elegido Pontífice sin ser antes miembro del Sacro Colegio, ya antes, ya despues del presente caso se prescindió á veces de esta prescripcion hoy vigente, pues desde Urbano VI, en 1378, ningun otro sin este requisito ha vuelto á ocupar el sólio pontificio.

tífice la prolongacion de la vacante que precedió á su eleccion, estableció en el Concilio general XIV, que en 1274 celebró en Lion, quince leyes que reglamentan todo lo concerniente al Cónclave. Sin embargo, los cinco Pontífices que le sucedieron fueron todos elegidos sin observarse estas prescripciones, por lo que volvieron á repetirse los mismos inconvenientes que se habian tratado de evitar, por cuya razon Celestino V en cuanto ocupó la Sede pontificia, ratificó por medio de tres bulas las previsoras leyes de Gregorio X, que despues fueron confirmadas en 1621 por Gregorio XV en su notable *Æterni Patris Filius*, por Urbano VIII en la suya *ad Romani* y por Clemente V en el Concilio de Viena, viniendo á constituir despues parte del derecho canónico en las decretales, libro I, tít. V, cap. III.

En virtud, pues, de estas disposiciones, está mandado que muerto el Pontífice, la autoridad de la Santa Sede, salvo las funciones que corresponden al Cardenal Camarlengo (1), y las del foro de la conciencia que retiene el Cardenal Penitenciario, se concentren en el Sacro

(1) El nombre se deriva de la palabra italiana *camera*, porque en su orígen el Camarlengo era como el primer mayordomo del Papa. Fué despues aumentando en autoridad, y segun Benedicto XIV *como jefe de la cámara apóstolica* y *de la cámara capitolina, le compete una jurisdiccion superior á la que han gozado y al presente gozan*

Colegio, que nombra para el gobierno de la Iglesia al Cardenal decano del órden de Obispo, juntamente con el de los Presbíteros y Diáconos, dando en seguida principio á las diez juntas, llamadas congregaciones. En la primera se leen las constituciones pontificias relativas á la vacante de la Santa Sede, y al ceremonial del Cónclave, jurando todos los Cardenales su observancia; se rompe el anillo del Pescador y el sello de las bulas; se nombran dos oradores, uno para que lea el elogio fúnebre del Pontífice difunto, y el otro la oracion *De eligendo Summo Pontífice*, discursos que por vez primera se pronunciaron en 1446 á la muerte de Eugenio IV... designándose á dos Cardenales para que inspeccionen los trabajos de la construccion del Cónclave. En la segunda se confirman en sus destinos á los funcionarios del dominio de San Pedro, ó se ponen otros en su lugar. En la tercera se elige el Confesor del Cónclave. En la cuarta los médicos y cirujanos. En la quinta el farmacéutico y sus ayudantes y los criados necesarios. En la sexta el último Cardenal Diácono saca por suerte

---

los conservadores de la ciudad de Roma y los clérigos de cámara, etc. Sus principales funciones se refieren al gobierno temporal de la Santa Sede; de suerte que en las vacantes aumenta su poder; va siempre precedido de dos guardias suizas; hace batir moneda, con otras muchas prerogativas, que fuera prolijo enumerar.

las celdas que ha de ocupar cada Cardenal, y los maestros de ceremonias presentan los Breves en virtud de los que pueden ser admitidos al Cónclave. En la sétima los Cardenales enfermos hacen la peticion de un tercer Conclavista, pues por derecho pueden sólo llevar dos, uno eclesiástico y el otro seglar; á todos los que concede luego el nuevo Pontífice varias gracias y privilegios. En la octava se nombran tres Cardenales encargados de examinar y aprobar la admision de los Conclavistas. En la novena se designa á otros tres para que cuiden de la severa clausura del Cónclave. En la décima y última los Cardenales que no tienen el órden sagrado del Diaconado, presentan el breve que les habilita para tomar parte en la eleccion (1).

Terminadas las exequias del Pontífice difunto, llamadas *Novendiali*, por durar nueve dias, con asistencia los tres últimos de todos los Cardenales; al dia siguiente se canta la Misa del Espíritu Santo, que celebra el Car-

(1) Eugenio IV habia ordenado en una constitucion dada en 1431 que los Cardenales no pudiesen tomar parte en las elecciones pontificias, si antes no habian recibido las insignias cardenalicias en el consistorio público y si no habia precedido ademas la ceremonia de abrirles la boca en el secreto, (lo que equivale á darles la voz activa y pasiva de que antes carecen); pero Gregorio XV en una decretal expedida en 1571, habilitó á los Cardenales electos y preconizados en consistorio público para que pudiesen dar su voto.

denal decano, y despues se lee la oracion *De eligendo Pontífice*. Por la noche se reunen los Cardenales en la Iglesia de San Silvestre, situada á la extremidad de la plaza de *Monte Cavallo*, se revisten con la capa magna morada, se entona el *Veni creator*, y precedidos de un Maestro de ceremonias que lleva la cruz papal, se ponen en marcha de dos en dos, segun el órden de su dignidad, presidiendo el Cardenal decano, que lleva á su lado al Gobernador de Roma. Las guardias nobles y suizas forman dos alas á los lados; las músicas y las campanas dejan percibir sus variados acentos, y las tropas de línea contienen á la multitud que se agolpa para contemplar lo más cerca posible procesion tan imponente. Esta sigue á lo largo del palacio Rospigliosi, y pasando junto á la fuente adornada con los gigantescos caballos falsamente atribuidos á Fidias y Praxiteles, llegan á la puerta de honor del Quirinal, donde es recibida por los Cardenales á quienes los achaques han impedido acudir á San Silvestre; y todos reunidos entran en la capilla Paulina, donde el Cardenal decano les exhorta á elegir lo más pronto posible al nuevo Pastor de la Iglesia. Se da despues lectura á las constituciones apostólicas, cuya observancia juran los Cardenales; y á continuacion el Mayordomo como Gobernador del Cónclave, el

Mariscal como custodio del mismo (1), los Patriarcas, Arzobispos, Obispos y Protonotarios apostólicos y cuantos tienen que ejercer algun cargo, lo hacen igualmente de cumplir con la mayor exactitud sus respectivas funciones. Todo lo cual terminado, los Cardenales, acompañados de sus familiares y servidumbre, y precedidos de cuatro lacayos con antorchas, se dirigen á las celdas que les han tocado en suerte, y allí, despojados de la capa magna, reciben en pié el cuerpo diplomático, á la nobleza romana y á cuantos van á visitarlos. El guardia noble que á cada uno le ha correspondido tambien por suerte, permanece á la puerta de centinela todo este tiempo. A la una y media un maestro de ceremonias va pasando por delante de las celdas tocando una campanilla, cuya señal repite á las dos, y á las tres exclama: *extra omnes*, y en el momento se retiran todos los que no han de formar parte del Cónclave (2). El Cardenal Camarlengo, acom-

(1) El orígen del Mariscal de la Santa Iglesia romana y custodio del Cónclave se hace remontar al siglo XIII en que Gregorio X otorgó este título á la familia Savelli. A la familia Chigi, Príncipes de Farnesio, que actualmente lo poseen, se lo concedió Gregorio X en 1712. Gozan entre otros privilegios el de acuñar una medalla conmemorativa en què va grabado su nombre y el escudo de sus armas.

(2) Forman parte en éste, ademas de los Cardenales y sus Conclavistas, el Secretario del Sacro Colegio, que lo es ademas del Cón-

pañado de los Decanos de las tres órdenes, procede á cerrar con dos llaves por la parte interna la única puerta que se deja sin tapiar, mientras el Mariscal y el Mayordomo lo verifican con otras dos por la parte externa, puesto que ya no vuelve á abrirse hasta la terminacion del Cónclave, á ménos que tenga que entrar algun Cardenal llegado á Roma posteriormente, ó salir algun otro enfermo, en cuyo caso lo hace con sus familiares, y prestando juramento de que nada han de comunicar de cuanto haya pasado en el Cónclave, al que puede volver una vez restablecido.

La comunicacion con el exterior se hace por medio de tornos, semejantes á los que existen en los conventos de monjas, y para mayor comodidad se establecen en tres ó cuatro puntos distintos. Por el lado exterior los custodian Patriarcas, Arzobispos, Obispos y otros Prelados designados al efecto: ellos los cierran y los abren, y lo mismo hace interiormente un Maestro de ceremonias. Para ser admitido á los tornos es preciso presentar una contraseña, que al efecto reparte el Cardenal Camarlengo.

---

clave. El confesor, que acostumbra ser un Obispo, seis maestros de ceremonias, el sacristan y su segundo, dos médicos, dos cirujanos, un farmacéutico y los demas dependientes que se consideren necesarios.

Cuanto se hable en los tornos tiene que ser en alta voz, y las cartas que se entreguen ó reciban han de ir abiertas, á fin puedan leerlas los Prelados custodios, excepto las de los Cardenales que las reciben cerradas los tres Decanos, siendo ellos los encargados de examinarlas. Por estos tornos se introduce tambien la comida que á cada Cardenal le llevan con grande ceremonia de su casa, pero antes es examinada cuidadosamente por los guardianes comisionados al efecto, bajo la inspeccion de los antedichos Prelados (1). En cuanto á la estancia de los Cardenales en el Cónclave, en un principio debian habitar todos en una sola cámara, sin division alguna. Clemente VI les permitió tener los lechos separados por cortinas, lo que fué confirmado en el Concilio de Constanza. Despues ya se hicieron celdas de madera de 18 palmos de largo por 15 de ancho, y finalmente se construyeron á propósito y de un modo permanente en el Quirinal, en la parte destinada al efecto.

(1) Gregorio X habia ordenado, que si despues de tres dias los Cardenales reunidos en Cónclave no hacian la eleccion, en los cinco siguientes los custodios de los tornos no permitiesen introducir más que un plato para la comida, y otro para la cena; y trascurrido este tiempo, sólo pan y agua. Clemente VI, considerando que este rigor era causa de enfermedades, lo moderó encomendando á los Cardenales una modesta frugalidad, lo que fué despues confirmado por Pio IV en su constitucion *In eligendis*.

A la mañana siguiente de haber empezado el Cónclave, los Cardenales acompañados de su Conclavista eclesiástico, lo que siempre se observa, se dirigen á la capilla donde el Decano celebra el Santo Sacrificio, y les distribuye la Sagrada Eucaristía. Terminado tan solemne acto, y despues del desayuno vuelven á congregarse los Cardenales en la capilla para dar principio á la eleccion, lo que se repite por la tarde, y así sucesivamente dos veces al dia, hasta obtener el resultado apetecido. Junto al altar y al lado del Evangelio, se coloca el trono en que ha de sentarse el nuevo Pontífice, y á su lado la cruz que ha de precederle siempre. Arrimados al muro están los asientos de los Cardenales, con un dosel de seda morada los creados por el Pontífice difunto, y verde los que lo han sido por sus predecesores. La parte superior de estos doseles está construida de manera que pueda bajarse en cuanto acepte el elegido, pues el suyo es el único que permanece entonces levantado. El primer asiento del lado del Evangelio corresponde al Cardenal decano; los restantes los ocupan los Cardenales, Obispos y Presbíteros segun el órden de su antigüedad, situándose los Cardenales diáconos al lado de la Epístola. En el centro se coloca una gran mesa y á sus cuatro ángulos otras más pequeñas para

que allí los Cardenales vayan á escribir y sellar sus cédulas, sin temor de que puedan enterarse los que están á sus lados, á quien da cada uno su voto. Todo así dispuesto, se procede á la eleccion.

Queda ya dicho que esta puede ser de tres maneras: por aclamacion, por compromiso y por escrutinio.

La eleccion por aclamacion tiene lugar cuando los Cardenales unidos por un mismo sentimiento, y como impulsados por inspiracion divina, por unanimidad nombran al Pontífice (1) Gregorio XV que habia sido elegido de este modo, considerando que alguna vez podrian suscitarse dudas y áun disturbios, mediante dos constituciones, si bien no le abolió por completo, le puso tales condiciones, que

(1) La historia eclesiástica nos refiere muchos ejemplos de elecciones pontificias hechas por *aclamacion* ó *cuasi inspiracion*. Eusebio hist. ecc., lib. VI, cap. 29, menciona la de San Fabian el año 238. Baronio al año 1073 núm. 70 la de San Gregorio VII, quien mientras celebraba las exequias de Alejandro II se vió aclamado por el clero y el pueblo, que empezó á gritar: *San Pedro elige á Hildebrando*, que era entonces la forma de esta clase de elecciones. Del mismo modo fueron nombrados Pascual II en 1029, Clemente VII en 1523, Paulo III en 1534, siendo notable en esta eleccion que habiendo sido ratificada despues por *escrutinio*, se encontraron en el cáliz todas las papeletas abiertas, como para indicar la confianza con que unánimemente le daban sus votos los Cardenales. Julio III, Marcelo II, Paulo IV, San Pio V y otros varios fueron igualmente elegidos de este modo.

ya ningun Pontífice ha vuelto á sèr elegido de esta manera.

El compromiso tiene lugar cuando no pudiendo avenirse los Cardenales designan á uno ó á varios para que hagan la eleccion *comprometiéndose* todos á aceptar al elegido. Las condiciones convenidas deben redactarse en un acta firmada por los Cardenales que constituyen el Cónclave (1).

La eleccion se verifica por escrutinio, cuando los Cardenales emiten sus votos con el mayor sigilo, siendo necesario que el candidato reuna, al ménos, los de las dos terceras partes de los electores presentes. Se empieza, pues, por nombrar á los escrutadores, y si hay Cardenales enfermos á los enfermeros. Para esto, el último Cardenal Diácono, va tomando de una caja de madera las bolas que están en otras tantas divisiones, y segun en cada una va leyendo en alta voz el nombre del Cardenal que tiene escrito, las va echando en una bolsa de seda morada, donde todas reunidas las revuelve, sacando luego tres que designan á los Cardenales escrutadores. Saca otras tres, y los que indican son los enfermeros; y esto se repi-

(1) Por *compromiso* fué elegido en 1265 Clemente IV en Perusa no obstante hallarse de allí ausente. Clemente V en 1305 y Juan XXII en 1316.

te en todos los escrutinios. A continuacion, de unas bandejas de plata, van tomando las cédulas segun el siguiente modelo, reducido á la mitad de su tamaño:

Interior de la cédula.

<table>
<tr><td>1.er doblez.</td><td>Yo N... Card... N. N.</td><td>1.er doblez.</td></tr>
<tr><td colspan="3">Elijo para Sumo Pontífice al Rmo. Señor mio, Sr. Cardenal... N...</td></tr>
<tr><td>2.º doblez.
Número.</td><td>Lema.</td><td>2.º doblez.</td></tr>
</table>

Cédula doblada.

NOMBRE.

—Sello.— —Sello.—

Elijo para Sumo Pontífice al Rmo. Señor mio, Sr. Cardenal... N...

—Sello.— —Sello.—

CONTRASEÑA.

En la parte superior escribe el elector por sí mismo su nombre, en el centro el del Cardenal á quien da su voto, y en la parte inferior un número cualquiera, y algun versículo de la Escritura ó sentencia de Santo Padre: el objeto es que sirva de contraseña, por si fuese necesario en caso de duda abrir la papeleta ó confrontarla con la de la *accesion*. La dobla despues por arriba y por abajo, segun indican las líneas del anterior modelo, de suerte que sólo pueda leerse el nombre del centro, y para que lo demas escrito ni siquiera se trasparente, llevan las cédulas en su parte exterior una viñeta grabada en negro. Despues los cuatro

puntos marcados se lacran con un sello que sea de todos desconocido.

Terminadas estas operaciones se procede á la votacion, empezando el Decano, quien tomando la cédula entre el pólice y el índice, y teniéndola levantada, de rodillas ante el altar, presta el siguiente juramento: *Pongo por testigo á N. S. J. C., que me ha de juzgar, de que elijo á quien delante de Dios creo que debe ser elegido, y que lo mismo ejecutaré en la accesion.* Coloca despues la cédula sobre una gran patena; toma esta y hace deslizar aquella al fondo de un recipiente en forma de cáliz (1). Los Cardenales enfermeros de ordinario votan despues del Decano, para tener tiempo de cumplir con su cargo. Para esto toman una urna de madera, que en la parte superior tiene una pequeña abertura por donde ha de pasar la cédula, y cerrándola despues de haberla dado vuelta, á fin de que todos se enteren está vacía, se dirigen á la celda de los enfermos, quienes, prévio el antedicho juramento, emiten su voto. Llevada de nuevo la urna á la capilla, es

(1) Este cáliz y el copon, de que se hablará despues, eran antes de plata sobredorada; pero habiendo sido robados durante la revolucion de 1848, D. Luis Borgoñoni, platero pontificio, ha hecho de metal dorado los que han servido para el último Cónclave. Sus medidas exactas en centímetros, son las siguientes: Cáliz, altura 41; diámetro de la copa, 23; idem de la patena, 30; altura del copon, 54; diámetro de la copa, 29.

abierta por los escrutadores, los que colocando las cédulas que contiene sobre la patena, las hacen pasar al cáliz. Cuando se encuentran en éste depositadas todas, despues de revolverlas bien el primer escrutador, las cuenta el último, y una por una las va poniendo en otro recipiente en forma de copon. Si no se ha notado irregularidad alguna, el primer escrutador vuelve á tomar una cédula, la lee y entrega al segundo, quien despues de hacer lo mismo se la da al tercero, y éste en alta voz proclama el nombre que en la misma se halla escrito. Todos los Cardenales entonces lo apuntan así en una lista impresa que al efecto tienen delante, y en otra el resultado final de la eleccion. Leidas todas las papeletas, el último escrutador las va pasando una por una con una hebra de seda por la palabra *elijo*, y si algun Cardenal reune mayoría de votos se nombran entonces por suerte tres *recognitores* ó revisores, cuyo cargo es confrontar nuevamente y enterarse bien de la validez de las cédulas; pero si ninguno de los Cardenales ha llegado á reunir las dos terceras partes que al ménos se necesitan, se procede entonces á la *accesion*.

Todos los Cardenales, precedidos del Decano, van á tomar de otra bandeja de plata la cédula de accesion, que sólo se diferencia de la del escrutinio en que donde ésta dice *elijo*,

en aquella se lee *accedo*, escribiéndose á continuacion el nombre de aquel á quien se desea dar el voto, y si no se quiere dar á nadie se expresa así poniendo: *accedo nemini*. Terminada la votacion, se examinan las cédulas como la vez primera, y si sumados los votos de la accesion con los del escrutinio no ha obtenido ningun Cardenal la mayoría absoluta, se queman las papeletas en una especie de chimenea, cuyo cañon va á dar á la plaza donde el pueblo reunido al ver la *sfumata* conoce no se ha hecho aún el nombramiento del Pontífice. Pero si sumados unos y otros votos resulta la mayoría necesaria, queda la eleccion canónicamente terminada. El último Cardenal diácono toca la campanilla, y entran en el Cónclave el Secretario, el Sacristan y los dos primeros Maestros de ceremonias. El Camarlengo, acompañado de los jefes de las tres órdenes de Cardenales, se dirige al elegido y le pregunta: «*¿Aceptas la eleccion que de tí se ha hecho para Pontífice?*» Al contestar afirmativamente, todos los doseles elevados sobre los asientos de los Cardenales caen, ménos el del Pontífice elegido; los dos Cardenales colocados á sus lados se separan por respeto, y el Decano le pregunta el nombre que desea tomar; costumbre que segun unos data del tiempo de Juan XIV y segun otros de Sergio IV,

aunque se atribuye á la misma causa, á saber: el llevar ambos el nombre de Pedro que dejaron al aceptar el Pontificado por respeto al Príncipe de los Apóstoles. El primer Maestro de ceremonias, haciendo veces de Notario de la Santa Sede, redacta de todo el acta correspondiente, que con él firman el Secretario del Sacro Colegio, y el segundo Maestro de ceremonias.

Acompañado el nuevo Pontífice de los dos primeros Diáconos, se dirige al altar, se arrodilla y ora. Va despues al sitio destinado al efecto, donde se encuentran vestiduras pontificales de tres distintos tamaños, y una vez revestido con ayuda de los Maestros de ceremonias y de sus Conclavistas, vuelve al altar y por vez primera da la bendicion apostólica, sentándose luego en el trono para recibir la adoracion de los Cardenales, que de rodillas le besan el pié y la mano, dándole en seguida el doble abrazo. En cuanto el primer Cardenal diácono presta la obediencia, precedido de un Maestro de ceremonias que lleva la cruz papal, se dirige al balcon que da á la plaza, y derribado el muro que hasta entonces le ha cubierto, se presenta al pueblo, que espera con ansiedad suma, y dice estas palabras: *Os anuncio un grande gozo*. Tenemos Papa al Emmo. y Reverendísimo Sr. Cardenal..... que ha tomado el nombre de.....

La escena que á esto se sigue es indescriptible; el pueblo prorrumpe en gritos de alegría; retumban los cañones de Santangelo; las campanas de todas las Iglesias son echadas á vuelo, y las músicas aumentan el general regocijo, que llega á su colmo cuando apareciendo en el mismo balcon el nuevo Pontífice, da la bendicion apostólica á la multitud allí congregada (1).

El Mayordomo, el Mariscal del Cónclave, los Conclavistas, los Prelados que han custodiado los tornos, son los primeros que despues de los Cardenales besan el pié al nuevo Pontífice, siguiendo luego la nobleza romana, el cuerpo diplomático y numerosos fieles que acuden á prestarle este primer homenaje de respeto.

El Cardenal Camarlengo presenta las llaves del palacio, y el Pontífice entra de lleno en el ejercicio de las funciones de su sagrado y supremo ministerio.

(1) Fácilmente se comprenderá que muchas de las ceremonias hasta aquí descritas, se verifican sólo en tiempos normales, y que las circunstancias obligan á veces á modificar todo aquello que no se puede realizar sin exponerse á conflictos, siempre tristes y lamentables.

CAPÍTULO IV.

CÓNCLAVE ÚLTIMAMENTE CELEBRADO.

El Sacro Colegio es el llamado á ejercer el gobierno de la Iglesia durante la vacante pontificia, y á elegir al que ha de ocupar la cátedra de San Pedro. Sus funciones, por tanto, no pueden ser más elevadas, ni su mision más importante.

Se dijo en el capítulo anterior, que Sixto V fijó en 70 el número de los Cardenales, de los que 6 corresponden al orden de Obispos, 50 al de Presbíteros y 16 al de Diáconos; pero el número rara vez está completo. Pio IX, que ha sido el Pontífice que más individuos ha investido con la sagrada púrpura, pues llegó á crear durante su pontificado 116 Cardenales, al morir dejó compuesto el Sacro Colegio de 64 miembros, de los que 4 eran creaciones de su antecesor Gregorio XVI (1).

---

(1) Los nombres de todos, con algunos datos biográficos, pueden verse en el apéndice núm. 2.

Puede tambien considerarse dividido el Sacro Colegio en dos categorías: la de los Cardenales de corte, que residen en Roma, y en el antiguo dominio de San Pedro, formando la curia romana y el consejo inmediato del Pontífice; y los Cardenales de corona, ó sea nombrados por deferencia á las coronas ó gobiernos extranjeros, y que habitan fuera de los Estados Pontificios. Los Cardenales de corte no es indispensable que sean italianos, y de hecho los Cardenales Pitra y De Falloux, son franceses, el Cardenal Hohenlohe es bávaro, y el Cardenal Howard, inglés; pero sus individuos son siempre los llamados á desempeñar los cargos de Secretario de Estado, de Prefectos de las Congregaciones, y en una palabra, los altos destinos de la Santa Sede.

De los Cardenales que debian constituir el Cónclave á la muerte de Pio IX, cuatro tan sólo figuran en el *Almanaque de Ghota*, como pertenecientes á familias de príncipes: los Cardenales de Schwarzenberg, de Hohenlohe, Bonaparte y Chigi; algunos otros son miembros de la nobleza romana; pero las principales y antiguas familias de los Borghése, los Salviati, los Orsini, los Doria, los Colonna, los Massimo, Barberini y otras muchas que tantos Pontífices y Cardenales dieron en otro tiempo á la Iglesia, á la que deben su esplen-

dor y sus riquezas, desde principios de este siglo han ido dejando de tener representantes en el Sacro Colegio, en el que muchos hijos de la clase media y del pueblo ostentan en cambio, y con justos títulos, la púrpura cardenalicia.

Tal era la situacion del alto cuerpo llamado á elegir, y de cuyo seno habia de resultar elegido el sucesor de Pio IX. Las circunstancias eran excepcionales, y bajo todos aspectos azarosas y difíciles. El gobierno del rey Humberto, que hacia pública ostentacion y gala de coadyuvar á la libertad é independencia del Cónclave, anunciaba no obstante por medio de la prensa oficiosa, que la *dificultad* empezaria despues de la eleccion del Papa; mientras los periódicos de ideas avanzadas inspirados por Bismarck, lanzaban amenazas para el caso que el futuro Pontífice rechazara las famosas *leyes de Mayo*, provocando al estado á que tomase excepcionales y severas medidas. Más de un gobierno tenia preparado su *veto* para el caso en que los votos se inclinasen á determinado candidato; y si bien lo mismo las descaradas amenazas que los insidiosos halagos, no eran más que ardides de las sectas para ver si podrian inclinar hácia su lado la eleccion pontificia, bien convencidos estaban todos de lo estériles que eran en este punto

sus reiterados esfuerzos. *El Diritto* escribia en su número 41: *Desaparecido Pio IX, el edificio coronado por él permanece, y no es verosímil sufra detrimento ó disminucion por mano de su sucesor;* y añadía hablando de las relaciones del futuro Pontífice con los gobiernos: *Podrá resultar algun equívoco pasajero, algun pequeño temperamento momentáneo, pero nada más;* estando en esto de acuerdo con el periódico protestante *Daily Telegraph*, que terminaba un artículo acerca del orígen é índole de la lucha entre el catolicismo y los estados que le son hostiles, con estas palabras: *la moderacion de un nuevo Papa, quien quiera que sea, no puede alterar los caractéres esenciales de este conflicto á muerte.*

Pero el espíritu de Dios era el encargado de deshacer todas estas maquinaciones que se tramaban contra su Iglesia, y confiados en su divino auxilio, los Cardenales que se encontraban en Roma á la muerte de Pio IX, se reunieron el 9 de Febrero para celebrar la primera congregacion preparatoria, la que habiendo empezado á las nueve y media de la mañana se prolongó hasta las tres de la tarde. El gobierno de la Iglesia quedó confiado, segun costumbre, á los Cardenales Decanos de los tres órdenes, sustituyendo al Cardenal Amat, que se encontraba enfermo, el Vicedecano Cardenal Di Pietro, y hasta que lle-

gase á Roma el Arzobispo de Praga, el Cardenal Asquini, y como primero del órden de diáconos, el Cardenal Caterini. Volvieron á reunirse al dia siguiente tambien á las nueve y media, y así en lo sucesivo los demas, hasta completar el número prescrito por las constituciones pontificias.

Uno de los primeros puntos que se discutieron fué el de la designacion del lugar en que habia de reunirse el Cónclave; pero fácilmente se convino en que fuese en Roma, y en el Vaticano, nombrándose una comision al efecto, compuesta de los Cardenales Pecci, Simeoni, Sacconi, Borromeo y Di Pietro, que juntamente con los Arquitectos conde de Vespignani y Martinucci, proveyesen á todo lo necesario. Ademas, con fecha 19 de Febrero, el Sacro Colegio, representado por sus Decanos, dirigió al cuerpo diplomático extranjero acreditado cerca de la Santa Sede (1), la comunicacion siguiente:

«Excelencia: El inesperado suceso de la muerte del Soberano Pontífice Pio IX, de gloriosa memoria, ha llenado de profunda triste-

(1) El cuerpo diplomático acreditado cerca de la Santa Sede, cuando murió Pio IX, y se celebró el Cónclave, se componia de los Excmos. Sres. D. Francisco de Cárdenas, embajador de España; Baron de Baude, embajador de Francia; Conde Poar, embajador de Austria-Hungría; Conde de Thowar, embajador de Portugal; Conde

za los corazones de los fieles del mundo católico, y ha entristecido singularmente al Sacro Colegio, que acostumbrado á admirar más de cerca las virtudes sublimes y los actos gloriosos del Pontífice difunto, puede, mejor que otro cualquiera, apreciar la irreparable pérdida que sufrió la Iglesia católica estos últimos dias.

La gravedad de esta pública desgracia es para él más sensible, porque llamado por las disposiciones de los Santos Cánones y las Constituciones pontificias á proveer á las necesidades urgentes de la Iglesia y de la Sede Apostólica vacante, se halla obligado á pasar, sin ser guiado por su Jefe, por los más graves momentos y por dificultades más sérias que nunca.

Pero, confiando en las palabras de Aquel que ha prometido su divina asistencia á la Iglesia, el Sacro Colegio está firmemente decidido á llenar los sagrados deberes que le imponen las eminentes dignidades de que está revestido, y la importante mision que le ha sido confiada.

Paugmerten, ministro de Baviera; Baron de Auhelan, ministro de Bélgica; Vizconde de Arayuaya, ministro del Brasil; Lorenzana, ministro de Costa Rica; Comendador Naldini, ministro de Mónaco, Comendador Narcoleta, ministro de Nicaragua; Galvez, ministro del Perú, y Gama, ministro de Chile.

Nadie ignora que los juramentos prestados por todos los que componen el Sacro Colegio cuando fueron elevados á la dignidad cardenalicia les prescriben como el más estricto de todos los deberes el de defender y proteger los derechos, las prerogativas, así como los bienes temporales de la Iglesia, áun imponiéndose toda suerte de sacrificios, incluyendo el de la propia vida. Hoy estos juramentos han recibido una solemne confirmacion cuando los Cardenales, reunidos en una Congregacion general despues de la muerte del llorado Pontífice, han renovado delante de Dios los anteriores juramentos. Ellos han querido renovar por un acto formal todas las protestas del difunto Soberano Pontífice, ya contra la ocupacion de los Estados de la Iglesia, ya contra las leyes y decretos promulgados en detrimento de la Iglesia y de la Santa Sede Apostólica.

He aquí por qué en nombre de sus respectivos colegas, que les han autorizado, los Cardenales jefes de órden se dirigen á V. E. para comunicarle este acto importante, rogándole que lo ponga en conocimiento de su soberano, persuadidos de que querrá ver en esto una defensa de los derechos mencionados más arriba, así como una manifestacion del sentimiento de los Cardenales, los cuales están decididos

á seguir el camino trazado por el difunto Pontífice, cualesquiera que sean las pruebas á que el curso de los sucesos pueda sujetarles.

Y como conviene que el ejercicio del poder eclesiástico supremo, y especialmente el acto importante de la eleccion del sucesor de San Pedro, descansen sobre bases sólidas y seguras, y no estén expuestos, por el contrario, á las agitaciones políticas, ni sometidos á los intereses ó al arbitrio de otros, el Sacro Colegio, desde el momento de la muerte del Supremo Jerarca, se ha visto obligado, no sin temores y vivas zozobras, á ocuparse en la árdua y espinosa cuestion del lugar donde convenia que se reuniese el Cónclave.

Si por un lado la necesidad de responder frente á frente á las conciencias ansiosas de los fieles, de la plena y absoluta libertad é independencia del Sacro Colegio en momentos tan graves y decisivos para la Iglesia, sugeria el pensamiento de buscar en otra parte un asilo seguro y tranquilo, por otro las dilaciones á que necesariamente hubiera estado expuesta la eleccion del Pontífice Romano aconsejaban obrar de diferente manera, siendo hoy el primero de los deberes del Sacro Colegio ocuparse sin retraso en dar un Jefe á la Iglesia viuda, y un nuevo Pastor al rebaño desolado de Jesucristo.

Este sentimiento ha prevalecido sobre todas las dificultades, y el Sacro Colegio decidió ocuparse en esta ciudad en la eleccion del Soberano Pontífice, mientras que su libertad no fuese turbada en lo más mínimo.

Esta resolucion se tomó con una tranquilidad tanto más grande, cuanto que no comprometiendo nada para el porvenir, dejaba al futuro Pontífice completamente libre de adoptar los medios que el bien de las almas y el interes general de la Iglesia le aconsejaren en las condiciones penosas y difíciles en que se encuentra la Sede Apostólica.

Los Cardenales jefes de órden, abajo firmados, aprovechan esta ocasion para confirmar á V. E. los sentimientos, etc.—L. Card. *Amat*, decano.—F. G. Card. *Schwarzenberg*, del orden de presbíteros.—P. Card. *Caterini*, del orden de diáconos.—*Pedro Lasagny*, secretario del Sacro Colegio.»

En estas congregaciones se hicieron tambien todos los nombramientos para los diversos cargos del Cónclave, segun puede verse en el apéndice núm. 3, leyéndose ademas documentos importantísimos que habia dejado Pio IX para este caso, y en que se descubria como su celo y su solicitud por el bien de la Iglesia, se habia extendido áun más allá del sepulcro.

El dia 10 de Febrero á las diez de la mañana, tuvo lugar el primero de los tres funerales que el Sacro Colegio de Cardenales consagraba á Pio IX en la capilla Sixtina. Era la vez primera despues de siete años que las solemnes ceremonias del culto se celebraban en este lugar sagrado. Cerca de 60 Cardenales, revestidos de capa magna morada, rodeando el túmulo que se elevaba en el centro iluminado por numerosos cirios, el cuerpo diplomático, la nobleza, y multitud de fieles que llenaban la capilla, aquellas notas graves é imponentes del *Dies iræ* de Bain y Mustafá, magistralmente interpretadas, ante la asombrosa pintura en que Miguel Angel supo trazar de un modo admirable el terrible juicio de un Dios irritado, daban al acto una majestad y una grandeza más fácil de sentir que de expresar con la palabra. El santo sacrificio fué ofrecido este dia por el Cardenal di Pietro; el Cardenal Sacconi lo ofreció al siguiente, y el tercero y último el Cardenal Bilio, leyéndose á continuacion por Monseñor Nacella, secretario de las cartas latinas, el elogio fúnebre del Pontífice difunto. Durante estos tres dias, y á continuacion de los funerales, fué recibido por el Sacro Colegio en el salon del consistorio el cuerpo diplomático, contestando el Cardenal di Pietro á los discursos que el representan-

te de cada nacion pronunció con este motivo.

Entre tanto 500 operarios trabajaban dia y noche aislando todas las habitaciones adyacentes al patio de San Dámaso; tapiaban las puertas y cubrian las ventanas con tablas de pino, quedando tan sólo la parte superior al descubierto. Interiormente se procuraba formar departamentos de cuatro piezas para que sirviesen de morada á los Cardenales y á sus Conclavistas; habitaciones que las tuvieron que desocupar todos los funcionarios que las ocupaban; se dividieron con tablones y con el mismo objeto las grandes salas de la parte baja; de manera que no habia dos departamentos que fuesen iguales, teniendo cada uno sobre la puerta el número de orden, y al lado en una tira de papel, impreso con letras de un decímetro de altura, el nombre del Cardenal á quien aquel grupo de habitaciones le habia tocado en suerte.

Todo ya dispuesto, y fijado el dia 18 de Febrero para la entrada de los Cardenales en el Cónclave, el Cardenal Mónaco de la Valeta, como Vicario de Roma, publicó las siguientes disposiciones á fin tuviesen lugar en la ciudad las preces acostumbradas en semejantes circunstancias.

«Uno de los actos más importantes que se realizan en la Iglesia de Dios es seguramente

la eleccion de Soberano Pontífice. Si siempre ha sido preciso para la realizacion de este acto el auxilio y la gracia del Espíritu Santo, lo es sobre todo en nuestros dias su auxilio especial y verdaderamente extraordinario.

»El glorioso Papa Gregorio X, en la Constitucion publicada en el Concilio de Lyon, prescribe que durante el tiempo que esté vacante la Silla Apostólica se eleven diariamente oraciones al Señor y se le interese por medio de piadosas súplicas, á fin de que el Dios que distribuye todos los bienes y es autor de la concordia en todas las grandes cosas, se digne conceder á su Iglesia un Jefe y un Pastor cual lo exigen la salud de las almas y la utilidad del mundo entero.

»Por esto Nos, conformándonos con las disposiciones de la Constitucion citada, disponemos que á partir del 18 del mes corriente de Febrero, dia en que los Emmos. Cardenales se reunirán en Cónclave, y mientras dure éste, se reciten oraciones especiales, cuyo texto acompaña, en todas las Basílicas, catedrales, colegiatas y otras iglesias seculares y regulares donde se celebre la misa conventual.

»Ordenamos tambien que en las susodichas iglesias los dias señalados en cada una de ellas se ponga de manifiesto el Santísimo Sacra-

mento desde las ocho de la mañana hasta el *Angelus* por la tarde, en la forma que se acostumbra á observar en las Cuarenta Horas, y que antes de reservar se cante la Letenía de los Santos con las preces especiales por la Sede vacante; y por último, que termine la ceremonia con la bendicion eucarística.

»Las procesiones del clero y las cofradías de esta augusta ciudad no podrán verificarse por las circunstancias actuales. Exhortamos, sin embargo, á todos los fieles y les suplicamos visiten al Santísimo Sacramento en las iglesias indicadas, á fin de obtener por las plegarias la gracia de una pronta eleccion de un Soberano Pontífice, segun el espíritu de Dios.—Firmado.—*Rafael, Cardenal Vicario.*»

Llegado el 18 de Febrero, á las diez y media se celebró en la Capilla Paulina la Misa del Espíritu-Santo, con asistencia de todos los Cardenales, pontificando el Arzobispo de Praga Cardenal Schwargenberg, interpretando los cantores de la Capilla Sixtina, á voces solas, segun costumbre, la música de Palestrina. En dos tribunas se encontraba todo el cuerpo diplomático acreditado cerca de la Santa Sede, la nobleza romana y las contadas personas á quienes se habia pemitido la entrada. Concluido el santo sacrificio Mons. Mercurelli, Secretario de los Breves á los Príncipes,

leyó un docto discurso escrito en latin sobre el tema: *de eligendo Pontífice*.

A las cuatro y media de la tarde volvieron á reunirse los Cardenales en la capilla Paulina á fin de recitar las preces preparatorias del Cónclave, las que terminadas, y entonando el *Veni creator*, en procesion de dos en dos, atravesando la sala regia (1), se dirigieron á la capilla Sixtina, donde despues de dirigir una exhortacion el Vicedecano Cardenal Di Pietro, se leyeron las Constituciones pontificias sobre el Cónclave y eleccion del Pontífice, las que juraron cnmplir todos los Cardenales. El primero que debia prestar despues el juramento era el Mayordomo, como Gobernador del Cónclave, pero hallándose enfermo, el Carde-

(1) La sala regia, que es grandiosa, y la mandó construir Paulo III, cuyo nombre se lee varias veces repetido en los adornos de estuco que adornan su bóveda, sirve como de vestíbulo á las capillas Sixtina y Paulina. La primera, así llamada porque la hizo edificar Sixto IV en 1479, bajo la direccion de Boccio Pintelli, ostenta en su bóveda, y en cuatro grandes divisiones, los famosos frescos de Miguel Angel, representando escenas de la creacion. Pero la obra admirable de esta capilla es el fresco del juicio final, que ocupa todo el frente, y donde Miguel Angel expresó, con dibujo correctísimo y colorido brillante, la lucha de los demonios con los réprobos al conducirlos al infierno, y á los que con actitud severa amenaza Jesucristo, que ocupa el centro de la composicion, mientras los ángeles ayudan á los justos á subir al cielo. La otra capilla se llama Paulina por haberla mandado edificar Paulo III, segun los planos de Antonio Sangallo, admirándose tambien en sus muros laterales preciosos frescos de Miguel Angel, Zuccari y Sabatini.

nal Camarlengo fué á tomárselo á sus habitaciones, que se encontraban allí próximas. A las cinco se presentó en la sala regia el Príncipe D. Mário Chigi, Mariscal perpétuo de la Santa romana Iglesia y custodio del Cónclave, vestido de antiguo noble romano, acompañado de los Sres. Manni, Tossi, Alessandri y Leonardi, á quienes habia escogido por sus Capitanes, y que llevaban traje azul con divisas de plata. Habiendo entrado el Mariscal en la capilla, en presencia del Sacro Colegio, y en manos del Cardenal Vicedecano, prestó el siguiente juramento: *Yo, Príncipe Chigi, Mariscal perpétuo del Cónclave, Capitan destinado á la guardia del Palacio apostólico, prometo y juro ser fiel al Sacro Colegio de los Emmos. y Reverendísimos Cardenales de la Santa Iglesia romana, y que custodiaré fiel y diligentemente dicho Palacio y Cónclave, preparado para la eleccion del futuro Pontífice, y no permitiré se ejerza presion alguna sobre los Emmos. Cardenales ni sobre alguno de los que los acompañan, al tenor de las Constituciones dadas por los Romanos Pontífices para la eleccion pontificia. Así Dios me ayude, y estos Santos Evangelios de Dios* (1). Juraron igualmente á conti-

(1) El Mariscal del Cónclave, usando de la prerogativa de batir medallas conmemorativas de su cargo, privilegio que igualmente disfrutan el Cardenal Camarlengo y el Mayordomo, distribuyó al

nuacion los Patriarcas, Arzobispos, Obispos, Auditores de la Rota, y todos los demas encargados de la custodia del Cónclave.

Terminado este acto, cada Cardenal, llevando al lado el guardia noble que le habia tocado en suerte, se dirigió á su respectivo departamento, retirándose en seguida todos los que no debian formar parte del Cónclave, por haberse suprimido la recepcion en semejantes casos acostumbrada.

Al anochecer, el Cardenal Camarlengo empezó la visita externa del Cónclave, para ver si alguna persona extraña habia quedado dentro, y considerando que esta operacion debia ser larga, á las seis y media se dirigió á la puerta principal que daba á la sala regia, y haciendo llamar al Mariscal del Cónclave, se pusieron de acuerdo en diferir su clausura definitiva hasta haber terminado la inspeccion minuciosa de la parte interior.

---

siguiente dia las suyas, las que llevan en el anverso las armas de la casa Chigi y las de la Princesa Sayn Wittgenstein, su esposa, que goza en estas circunstancias de todos los honores que corresponden á su marido. A los lados de los escudos se ven las llaves del Cónclave, y en el reverso de la medalla se lee la siguiente inscripcion:

MARIUS
PRINCEPS CHISIUS
S. R. E. MARESCHALLUS
PERPETUUS
MDCCCLXXVIII.

Citados á las ocho todos los Conclavistas para que acudiesen á la Capilla Sixtina á prestar el juramento acostumbrado, allí nos reunimos la mayor parte á la hora señalada (1). El acto no dejaba de ser imponente á la vez que original; á la ténue luz de cuatro bujías, se divisaban en confuso, y destacándose del fondo, los tronos de los Cardenales cubiertos de oscuros doseles; se veian en el centro las cinco mesas dispuestas para el escrutinio, y las figuras de los frescos de Miguel Angel parecian moverse por efecto de las oscilaciones de la luz; los Cardenales Pecci y Di Pietro, sentados en dos sillas, dando la espalda al altar, y los Conclavistas, con sus trajes negros, completaban tan extraño cuadro. Despues de pasar lista de todos el Maestro de ceremonias, Mons. Cataldi, juramos sobre los Santos Evangelios no revelar nada de cuanto allí ocurriese y llegase á nuestra noticia, en órden á poner obstáculos á la eleccion del Sumo Pontífice (2).

Cerca de las nueve, terminada la visita interna, y prestado el juramento por todos los

---

(1) Algunos que no asistieron por no haber recibido á tiempo el aviso, prestaron el juramento el dia siguiente por la mañana.

(2) Los criados y dependientes del Cónclave tambien prestaron juramento de guardar sigilo de cuanto supiesen; pero el acto tuvo lugar en la logia ó galería próxima á la sala ducal.

que formaban parte del Cónclave, fué avisado el Mariscal, quien precedido de cuatro criados con antorchas, y acompañado de Monseñor Pericoli, Decano del Colegio de Protonotarios Apostólicos, del Maestro de ceremonias, del Capitan y Teniente de la Guardia suiza, de los Capitanes de los tornos (1), y seguido de sus familiares y de una seccion de la Guardia suiza, se presentó al final de la escalera que, partiendo del patio llamado del Mariscal, termina en la sala regia. Allí se encontraba ya el Cardenal Camarlengo, precedido tambien de criados con antorchas, y acompañado de los Sres. Cardenales Decanos, y de la Comision de los nombrados para la direccion del Cónclave; y haciéndole formal entrega de una bolsa de terciopelo encarnado, donde uni-

(1) Los tornos estaban situados: el primero, al fin de la escalera nueva, cerca de la habitacion del Gobernador del Cónclave, habiéndose confiado su custodia á los Clérigos de Cámara; el segundo al lado, bajo la inspeccion de los Protonotarios Apostólicos; el tercero, al terminar el primer plano de la escalera de la Florería, vigilándolo los Obispos asistentes al Sólio Pontificio; el cuarto, á la entrada del patio de las Logias, siendo guardado por los votantes de la signatura. Estuvieron abiertos de las nueve á las once de la mañana, y de las tres á las cinco de la tarde; mas para aproximarse á ellos las personas de fuera, necesitaban presentar la contraseña recibida por alguno de los Cardenales, que con este objeto habia entregado á todos de antemano el Cardenal Camarlengo, la que consistia en un pequeño poliedro de pino de siete centímetros de largo, en cuyo centro llevaba pegado un cuadradito de papel con el escudo de sus armas.

das por un cordon de seda verde y oro estaban las llaves, tanto de esta puerta, como de la que del patio de San Dámaso comunica con el de los Papagallos, cerró el Mariscal con dos llaves por fuera, mientras el Cardenal Camarlengo con otras dos, lo hacia por la parte interior; y trasladándose despues á la otra puerta secundaria, hicieron completamente lo mismo. Dirigióse despues el Mariscal con todo su acompañamiento á las habitaciones que tenia dispuestas cerca de la puerta principal, y levantándose acta de la clausura del Cónclave por el Decano de los Protonotarios Apostólicos, la firmaron, á más de los dichos, el Príncipe de Lancelloti, el Conde Servanzi, el Comendador Angelini y el Abogado D. César Chiesa. Acto contínuo, Mons. Macchi, delegado por Mons. Ricci, Gobernador del Cónclave, que se encontraba enfermo, acompañado del Comisario y de los Arquitectos, y precedidos de criados con antorchas encendidas, dieron una vuelta al Cónclave por la parte exterior, para examinar si por todas partes se hallaba completamente incomunicado. A las nueve y media en punto, terminadas todas estas ceremonias, el Cónclave, compuesto de 189 personas, estaba oficialmente cerrado, y el más profundo silencio reinaba por todas partes.

A las ocho de la mañana siguiente, hora

señalada para la comunion general de los Cardenales, se congregaron todos en la Capilla Sixtina, celebrando el Santo Sacrificio el Vice-Decano. Al *Sanctus*, cuatro conclavistas con cirios encendidos se colocaron á los lados del altar para asistir al acto de la comunion, que de dos en dos fueron recibiendo los Cardenales, empezando por los más antiguos en su respectivo órden gerárquico.

Terminada tan solemne como tierna ceremonia, cada cual se dirigió á su aposento á tomar el desayuno (1), volviendo á congregarse á las nueve en el mismo sitio, para proceder al primer escrutinio. Mientras el Sacro Colegio, con exclusion de toda persona á él extraña se ocupaba en asunto tan grave, los conclavistas presbíteros reunidos en la sala régia trataron de redactar una exposicion para presentarla despues de firmarla todos al Cardenal Decano, pidiéndole interpusiese á su tiempo su influjo con el nuevo Pontífice, á fin concediese á los conclavistas las gracias que

(1) Formaban tambien parte del Cónclave los cocineros y ayudantes necesarios, con objeto de preparar allí los alimentos, sin que hubiese necesidad de que á cada uno se los llevasen de su casa. Consistia el desayuno en chocolate ó café con leche; la comida, que se hacia á la una, sopa, dos platos y postres, y la cena á las ocho, otros dos platos y sus correspondientes postres; todo lo cual lo llevaban á las respectivas habitaciones, en grandes cestos, los Conclavistas seglares encargados de este servicio.

habian acostumbrado dispensar en iguales circunstancias sus predecesores á los que se hallaban en su caso (1). Discutido, aprobado y llevado á efecto el pensamiento, á pesar de que los que allí nos reuniamos perteneciamos á naciones tan diversas, como á todos nos ligaban los mismos sentimientos, empezamos á tratarnos con la cordialidad y expansion de los que toda la vida se conocen. En esto se abren las puertas de la Capilla Sixtina, y todos instintivamente allí nos agrupamos para ver lo que ocurria. Eran los Cardenales Pecci, Canoso y Oreglia, que habiéndoles tocado la suerte de ser escrutadores enfermeros, se dirigian á la habitacion del Cardenal Amat á recoger su voto, por no permitirle sus achaques acudir al local donde se hallaba congregado el Sacro Colegio. Un Maestro de ceremonias tomó en seguida la urna, y sosteniéndola en alto con las dos manos marchó delante; un cuarto de hora despues volvieron terminada su mision los Cardenales enfermeros, cerrán-

(1) Acogida esta exposicion benignamente, N. S. P. Leon XIII, en virtud de un *Motu proprio* expedido en Roma el 9 de Marzo, concedió á los conclavistas varias gracias y privilegios, siendo los principales, el título de ciudadanía del punto que cada uno quisiere de los dominios del Pontífice, el título, á eleccion, de Camarero ó Capellan de honor del Papa, permiso de oratorio privado, pero solo en caso de enfermedad, etc.

dose tras ellos la puerta de la capilla, la que á las dos volvió á abrirse, saliendo todos los Cardenales, pues el acto estaba terminado (1). El escrutinio no obstante, se habia declarado nulo por haber puesto inadvertidamente un Cardenal sobre el lacre de la cédula, el sello de sus armas. Sin embargo, este primer ensayo daba á entender suficientemente el resultado que al fin habia de tener la votacion, pues el Cardenal Pecci obtuvo 18 votos, 6 el Cardenal Bilio, 5 el Cardenal Franchi y 2 el Cardenal Panebianco.

Reunidos nuevamente los Cardenales, á las tres y media, recayó la suerte de escrutadores en los Cardenales Berardi, Simeoni y Consolini, y la de enfermeros en los Cardenales Zacconi, Michalowicz y Serafini, quienes á las cuatro y media y con el mismo ceremonial que á la mañana, se dirigieron á recoger el voto del Cardenal Amat, y á las seis el del acceso, quemándose las papeletas á las seis y media. El Cardenal Pecci obtuvo 26 votos en el primer escrutinio, más 8 por el acceso, to-

(1) La chimenea para quemar las papeletas, una vez terminado el escrutinio, estaba situada á la entrada de la capilla Sixtina, á mano izquierda, saliendo el cañon por una de las ventanas, de modo que pudiese verse desde la plaza de San Pedro. Desde allí, pues, descubrió la multitud á la una y cuarenta y cinco minutos, la *sfumata* de este primer escrutinio.

tal 34; el Cardenal Bilio, 7 primero y despues 2, que son 9; el Cardenal Monaco de la Valeta 4 y despues 1, que son 5; el Cardenal Panebianco 4 y luego 2, que son 6; el Cardenal Franchi y el Cardenal Di Luca, 3 respectivamente; 2 el Cardenal Martinelli; 2 en el escrutinio y 9 en el acceso el Cardenal Simeoni, y 1 los Cardenales Di Canossa, Caterini, Guidi, Ferrieri, Ledochouski, Manning, Mertel, Moretti y Parocchi.

A las siete ménos cuarto salieron los Cardenales de la Capilla Sixtina, teniendo entonces lugar la solemne apertura del Cónclave para recibir al Cardenal Patriarca de Lisboa, que habia llegado á Roma aquella misma tarde. A las cinco y media, privadamente, y no con la solemnidad y aparato que en semejantes casos acostumbraba antes á hacerse, se habia dirigido al Vaticano, recibiéndole el Mariscal con su corte, pasando despues todos á su habitacion á esperar llegase la hora del ingreso: Terminado el escrutinio segun ya queda dicho, el Cardenal Camarlengo, á presencia de los Cardenales y conclavistas, se adelantó, y por sí mismo abrió la puerta por la parte de dentro, mientras lo hacia el mariscal por la de fuera, iluminando aquella escena á ninguna otra parecida, los criados que con hachones encendidos á un lado y otro se encontraban.

Una vez dentro el Patriarca de Lisboa con sus conclavistas, las puertas volvieron á cerrarse, y despues de recibir las felicitaciones de sus colegas, pasó á tomar posesion de su departamento, y los demas igualmente dirigiéronse á los suyos (1).

Al siguiente dia, despues de celebrar los Cardenales el Santo Sacrificio en los altares portátiles colocados en la Capilla Paulina, en la sala Ducal, y en otros varios puntos, se congregaron á las nueve y media en la Capilla Sixtina. Oida por todos la Misa que se celebró al efecto, se empezó por discutir acerca del lugar en que se proclamaria la eleccion una vez efectuada; pero ante las observaciones presentadas por algunos miembros del Sacro Colegio, haciendo ver que lo primero era tener Pontífice, y despues dejar á su iniciativa decidir lo que juzgase más oportuno, se pasó á hacer el sorteo de los escrutadores, siendo los designados, los Cardenales Regnier, Michalowitz y Franzelin,

---

(1) A excepcion, pues, del Cardenal Arzobispo de Dublin, que no pudo asistir, del Arzobispo de Rennes, que se encontraba tan enfermo que falleció el 27 de Febrero, y del Cardenal Arzobispo de Nueva-York, que llegó á Roma cuando la eleccion estaba ya terminada, todos los miembros del Sacro Colegio quedaban reunidos en el Cónclave, siendo éste el más numeroso de los hasta entonces celebrados, pues el que antes se tenia por tal, era el en que fué elegido Urbano VIII; mas en él solo tomaron parte 52 electores, mientras en éste eran 61 los que se hallaban congregados.

y Enfermeros los Cardenales Gil, Mertel y Oreglia, quienes á las once y veinte minutos salieron á cumplir su cometido. Habiendo obtenido 44 votos el Cardenal Pecci, es decir, 3 más de los necesarios, se procedió á la eleccion de los *Recognitores*, recayendo la suerte en los Cardenales Caverot, Dechamps y Bonaparte. En una de la cédulas de votacion, en vez del nombre del Cardenal á quien se debia dar el voto, se encontró escrita la palabra *nemini*, por lo que fué preciso anularla. Obtuvieron tambien: el Cardenal Bilio 5 votos, 2 respectivamente los Cardenales Mónaco, Panebianco y Simeoni, y 1 los Cardenales de Canosa, Ferrieri, Martinelli, Morotti y Schwartzenberg.

La eleccion, pues, del Cardenal Pecci para Pontífice, prevista desde el primer escrutinio, era ya un hecho; cuando su nombre tantas veces repetido se aproximaba á reunir el número de votos indispensable para obtener mayoría, se oia exclamar á los Cardenales, al anotar en sus asientos este resultado: *Dios sea bendito; ya tenemos Pontífice*. Terminado el escrutinio, sonó la campanilla colocada sobre la puerta de la Capilla Sixtina, y entrando el Secretario del Conclave, el Sacristan y dos Maestros de ceremonias, el Cardenal decano se adelantó á preguntar al elegido si aceptaba, y una vez obtenido su consentimiento, se le

preguntó asimismo el nombre que deseaba tomar, á lo que contestó que el de *Leon*, ya por respeto al santo que la Igesia celebraba aquel dia, ya por la veneracion que siempre habia profesado á los Pontífices que así se habian denominado. Todos los doseles se bajaron entonces ménos el suyo, y vistiéndose con ayuda de sus Conclavistas y de los Maestros de ceremonias, en un sitio que habia cubierto á la entrada de la Capilla, las sandalias rojas con la cruz de oro bordada, la sotana blanca, la muceta encarnada guarnecida de armiños, el estolon, tambien encarnado y el solideo blanco, despues de dar la bendicion al Sacro Colegio, sentóse en el trono al efecto preparado, y recibió la primera adoracion de los Cardenales. En tanto, el Cardenal Caterini, Decano del órden de Diáconos, derribado el muro que cubria el balcon situado frente á la plaza del Vaticano, se presentó á anunciar desde allí al pueblo, que elegido Papa el Cardenal Pecci, habia tomado el nombre de Leon XIII. La noticia que ya no se esperaba aquella mañana por haber visto la multitud á la una ménos cuarto el humo de las cédulas al quemarse (1), se

(1) Aun cuando las papeletas se inutilizan siempre, en otros Cónclaves las del escrutinio que daba por resultado la eleccion, se quemaban de modo que el humo no saliese á la plaza; pero en este,

esparció rápidamente por toda la ciudad, llenando de júbilo los corazones de los fieles.

Al salir Su Santidad de la Capilla Sixtina, todos nos prçcipitamos á besarle el anillo, y habiéndole suplicado nos concediera la bendicion solemne, así lo hizo en la Capilla Ducal, entonando con voz sonora el *sit nomen Domini benedictum*, pasando despues á las mismas habitaciones que le habian servido durante el Cónclave, el que por su órden continuaba cerrado, pudiendo de este modo entregarse al descanso de que bien necesitado se encontraba (1).

Desde las primeras horas de la tarde representantes de todas las clases de la sociedad

---

como la chimenea no tenia más que un cañon, los que no estaban enterados de este detalle, al ver salir el humo dedujeron no habia aún Pontífice por aquella mañana, siendo por tanto mayor su sorpresa al enterarse de lo contrario.

(1) La noche anterior á su eleccion, la pasó malísima el Cardenal Pecci, pues ademas de lo impresionado que debia estar naturalmente por el giro que esta iba tomando, hallándose sus habitaciones muy próximas á las que habian pertenecido á Pio IX, en las que trabajaban los operarios sin descanso, áun de noche, eran tales los golpes que daban, que á las once el Cardenal se vió precisado á mandar le sacasen á un corredor su cama. Al saberlo el Conclavista del Cardenal de Santiago, presbítero D. Manuel Adanza, que tambien habia salido para saber lo que ocurria, le instó á que aceptase la suya, por hallarse algo más alejada de aquel estruendo, lo que consiguió, no sin suplicárselo repetidas veces, durmiendo él en un sofá cubierto con la capa del que al dia siguiente debia ser aclamado Leon XIII.

iban acudiendo á la plaza del Vaticano, pues allí, segun algunos, desde el balcon principal de la Basílica debia dar el Pontífice su primera bendicion al pueblo; otros con más acierto penetraron en el interior del templo, y á las cuatro, de tal modo llenaba la multitud sus inmensas naves, que desde las tribunas ó balcones, situadas sobre el vestíbulo de la entrada, parecia estarse viendo una alfombra viviente, permitiendo la inmensa distancia, abarcar y admirar en su conjunto, diez mil rostros vueltos hácia aquel sitio, donde pocos momentos despues apareció Su Santidad rodeado de todos los Cardenales. Entonada la antífona, *he aquí el Gran Sacerdote á quien ha coronado el Señor*, sus brazos se extendieron con majestuosa grandeza, su mirada suplicante se dirigió hácia los cielos, y la bendicion de Dios Omnipotente, dada por medio del que acababa de ser elegido su Vicario, descendió á la tierra difundiéndose sobre aquel pueblo fiel, que no pudiendo por más tiempo contener en su pecho los sentimientos de su filial ternura, prorumpió en aplausos y en vivas entusiastas á su nuevo Pastor y Pontífice soberano.

Mientras esta escena tenia lugar en el templo, se procedia en la sala regia á la apertura del Cónclave, penetrando en ella el Mariscal y el Mayordomo en el momento en que vol-

via el Pontífice de dar la bendicion al pueblo; por lo que no pudiendo contenerse, allí mismo postrados, le ofrecieron el homenaje de su veneracion y respeto, admitiendo acto contínuo en la sala de los ornamentos al beso del pié á todos los que habian tomado parte en la custodia del Cónclave; y señalada la hora de las diez de la mañana del siguiente dia para dar gracias al Altísimo por medio de un solemne Te-Deum, y para el acto solemne de la segunda adoracion de los Cardenales, si bien algunos determinaron pasar aquella noche en las habitaciones que les habían servido durante el Cónclave, la mayor parte se retiraron á los alojamientos que tenian en la ciudad, bendiciendo todos al Señor, que con tanta celeridad como feliz éxito, habia sacado á su Iglesia de la orfandad en que gemía.

CAPÍTULO V.

BIOGRAFIA DE N. S. P. LEON XIII.

El 21 de Setiembre de 1877, nombraba Pio IX Camarlengo de la Santa Iglesia Romana al Emmo. Sr. Cardenal D. Joaquin Pecci, Arzobispo de Perusa, cuya Sede venia rigiendo con singular acierto desde 1846. Era el triunfo de la virtud y del talento, que recibian al fin la merecida recompensa.

Los méritos de este ilustre Príncipe de la Iglesia conocidos y admirados hasta entonces en un círculo asaz pequeño, comenzaron desde este dia á llamar la atencion de todo el mundo; de tal modo, que cuando la edad avanzada y los disgustos reiterados anunciaban como próxima la muerte del Pontífice cuya pérdída lloran todavía sus hijos afligidos, las miradas empezaron ya á fijarse en el Cardenal Arzobispo de Perusa, presagiando su futura elevacion á la Cátedra de San Pedro, mayormente cuando de un modo tan súbito como inesperado llamó Dios á su seno al in-

signe Cardenal Riario Sforza, Arzobispo de Nápoles, y no ménos digno bajo todos conceptos de haber ocupado la Sede pontificia, para la que tambien le designaba la voz pública.

Reunidos los Cardenales con objeto de designar al individuo de su seno que habia de reemplazar á Pio IX, si bien en semejantes ocasiones acostumbra decirse en Roma, que el que entra Papa en el Cónclave, de él sale solamente Cardenal; esta vez, al menos, la voz del pueblo bien pudo llamarse voz de Dios, pues el Cardenal Pecci que entró Papa en el Cónclave, se conoció desde un principio que era el llamado á serlo, y el resultado vino finalmente á confirmar tan fundadas congeturas.

Alto, delgado, frente espaciosa coronada por blancos cabellos, nariz pronunciada, mirada penetrante, algo saliente el lábio inferior, en el conjunto su fisonomía es simpática, revelando genio y energía; afable en el trato ordinario, revestido de pontifical se posee del alto ministerio que entonces desempeña, imprimiendo á las ceremonias una solemnidad y grandeza indescriptibles: tales son los principales rasgos que caracterizan al personaje que hoy ocupa el sólio pontificio con el nombre de Leon XIII.

Nació en Carpineto el 2 de Mayo de 1810, siendo sus padres los condes Luis Pecci y Ana Prosperi. Carpineto que lleva desde antiguo el título de ducado, pertenece á la diócesis de Agnani, distando poco más de una legua de Velletri, pátria de Augusto, y 16 de Roma. Su nombre se deriva de una especie de fresno muy abundante en aquellos contornos, llamado en italiano *carpino* (*Carpinus Betulus* de Linneo). Situado en lo alto de una colina que á su vez se halla dominada por la cordillera más elevada de los montes Lepinos, goza de benigno clima, descubriéndose en su contorno agrestes, pero magníficas vistas. Toda la comarca pertenece á los antiguos Volscos, célebres por su espíritu bélico é indomable (1). Carpineto tiene unos 4.000 habitantes, hallándose la casa

(1) Los Pontífices originarios de esta comarca, se han distinguido todos por la energía de su carácter. San Hormisdas que rigió la Iglesia del 514 al 523, mostró incansable celo contra los hereges eutiquianos, teniendo que estar por este motivo en contínua oposicion con la córte de Constantinopla. San Silverio, del 536 al 38 tuvo que luchar tambien con dicha córte por igual causa, y no pudiendo vencer su firmeza cristiana la emperatriz Teodora, partidaria decidida de los entiquianos, intrigó y obtuvo de Justiniano, relegase al Santo Pontífice á la Isla Palmaria, donde murió de hambre. Vitaliano fué mantenedor acérrimo de la disciplina eclesiástica, envió misiones á Inglaterra, y en 672 murió en olor de santidad; y bien conocidas son la fortaleza y energía de Inocencio III y Bonifacio VIII al defender los sagrados derechos de la Iglesia.

natal de Leon XIII en la calle de Cavour, denominacion recientemente impuesta por la revolucion triunfante.

En la pila bautismal recibió los nombres de Vicente y de Joaquin, siendo conocido por el primero hasta que terminó sus estudios. En 1818 fué enviado por su padre en compañía de su hermano mayor José, al célebre colegio que los padres de la Compañía de Jesus tenian establecido en Viterbo, donde estudió gramática y humanidades bajo la direccion del padre Leonardo Garibaldi, dando ya á conocer las preclaras dotes de su ingenio. Muerta su madre en 1824, se dirigió á Roma, habitando el palacio de los marqueses Mutti, hasta Noviembre de aquel mismo año que entró en el colegio romano, que acababa de ser confiado por Leon XII á los padres de la Compañía. Despues de estudiar tres años de filosofía bajo la direccion de reputados profesores con tan notable aprovechamiento, que en 1828 obtuvo el primer premio de física y química, y el primer accesit de matemáticas, llamado por Dios, y deseando ser contado entre el número de sus ministros, dió principio á los estudios teológicos, teniendo por maestros á los padres Juan Perrone, Francisco Manera, Miguel Zechinelli, Cornelio Van Everbroeck y al docto exégeta y venerable padre Francisco Patrizzi, quien

ya octogenario, ha tenido la satisfaccion de ver á su antiguo discípulo ciñendo sus sienes con la tiara pontificia.

Siendo aún estudiante de teología se le confirió el cargo de repasar la filosofía á los alumnos del colegio germánico; prueba manifiesta de su aplicacion y aprovechamiento, llenando cumplidamente el jóven teólogo las funciones del profesorado. Cursando el tercer año de teología correspondiente al 1830, sostuvo en público certámen conclusiones teológicas, obteniendo el primer premio, segun consta en el libro correspondiente del colegio, en el que se lee: *Vicente Pecci disputó públicamente en el aula mayor del colegio acerca de los puntos principales del tratado de Indulgencias y de los Sacramentos de la Extremauncion y del Orden, en presencia de los profesores y demas varones insignes allí presentes, con facultad de argüir el que que quisiere, despues de los tres designados al efecto, en cuya controversia dió tales muestras de su ingenio, que indican estar llamado á mayores cosas;* y en el libro donde consta el nombre de los que fueron premiados en aquel curso, despues de hacer referencia al anterior acto literario, añade: *en cuyo público certámen, habido en forma académica, como el diligente jóven haya dado pruebas de su aplicacion é ingenio, se ha determinado para que le sirva de honor, consignar aquí su*

nombre. Al año siguiente, terminado el curso, obtuvo la borla de doctor, contando tan sólo 21 años.

Deseoso el jóven Pecci de dilatar sus conocimientos, no se contentó con los lauros hasta allí adquiridos en las ciencias teológicas, y determinó estudiar el derecho civil y canónico, á cuyo efecto empezó á frecuentar las áulas de la Universidad romana, ingresando en la Academia de nobles eclesiásticos; obteniendo al fin el grado de doctor en ambos derechos. Asegura un condiscípulo suyo en estos estudios, que sobresalía entre todos sus compañeros no ménos por la superioridad de su ingenio, que por su ejemplar conducta; siendo él y el duque Sixto Riario Sforza, despues Cardenal Arzobispo de Nápoles, donde falleció en Setiembre del año pasado, los dos astros más brillantes de aquella numerosa y distinguida juventud.

Se acercaba entretanto el momento en que se iban á ver colmados todos sus deseos; el Cardenal Cárlos, Príncipe Odescalchi, quien le habia ya conferido las órdenes sagradas en la capilla de San Estanislao de Kostka en San Andrés del Quirinal, el 29 de Diciembre del año 1877 le ordenó de sacerdote en la capilla del Vicariato.

Gregorio XVI, que tenia el don del conoci-

miento de los hombres, y sabia escoger á los de verdadero mérito, descubrió bien pronto el de este jóven sacerdote, y nombrándole su prelado doméstico y refrendatario de la signatura, le envió poco despues como delegado apostólico á Benevento, luego á Spoleto y últimamente á Perusa, en cuyos diversos cargos dió en todas partes muestras inequívocas de su virtud, de su celo, y de una firmeza inflexible en el cumplimiento del deber. La administracion de la provincia de Benevento ofrecia grandes dificultades á todo delegado, ya por hallarse enclavada en la frontera del reino de Nápoles, siendo por tanto una especie de lugar de asilo de los contrabandistas y ladrones de todos aquellos contornos, ya tambien porque éstos, sea por temor, sea por otras causas, encontraban muchas veces apoyo y proteccion en las familias más influyentes del país, cometiendo á su sombra toda clase de crímenes. Mons. Pecci, sin arredrarse ante obstáculos tan poderosos, se decidió á mejorar la condicion miserable en que la provincia se hallaba sumida. Empezó por obtener del gobierno pontificio un empleado de su confianza llamado Sterbini, encargado de reorganizar las aduanas; en seguida se fué á avistar con el rey de Nápoles, á quien manifestó sus proyectos, decidiéndole á tomar por su parte las medidas más severas;

y una vez asegurado de la lealtad de los oficiales del ejército y de la gendarmería que estaban á sus órdenes, puso manos á la obra. Fué preciso dar verdaderas batallas y perseguir á los bandoleros en los castillos en que se hacian fuertes, teniendo que entrar á viva fuerza en estas especies de fortalezas, pués sus dueños, en vez de franquearlas, ponian toda clase de obstáculos, quejándose despues amargamente de que el delegado violaba sin consideracion sus tierras y sus moradas. Uno de los principales se le presentó un dia diciéndole que iba á Roma y que estaba seguro que al volver traeria la órden para expulsarle. Está bien, señor marqués, respondió Monseñor Pecci; pero antes pasareis tres meses en una prision sin otro alimento que pan y agua. Y en efecto así lo hizo, tomando durante este tiempo por asalto el castillo de aquel señor, siendo los ladrones ó muertos ó cogidos prisioneros. Con tan enérgicas medidas en pocos meses renació la tranquilidad en los ánimos de los ciudadanos pacíficos; el Pontífice alabó la conducta de Mons. Pecci, y Fernando II le suplicó fuese á Nápoles á recibir el testimonio de su Real consideracion. El cariño, la estimacion y el aprecio que con su conducta supo conquistarse en todo el país, bien á las claras se manifestaron durante la grave

enfermedad que contrajo á causa de tan continuadas fatigas y trabajo tan asiduo; pues el clero y el pueblo, sumamente alarmados, empezaron á hacer rogativas y procesiones de penitencia, recorriendo las calles con los piés desnudos, y las cabezas cubiertas con tupidos velos.

La misma energía desplegó Mons. Pecci en sus gobiernos de Spoleto y de Perusa. En esta última ciudad, que cuenta 20.000 habitantes, y que era entonces cabeza de la provincia, bajo su acertada administracion llegó un dia en que las cárceles se desocuparon por completo, acontecimiento singular y el mejor elogio que puede hacerse de su prevision y buen gobierno. En Setiembre de 1841 tuvo la satisfaccion de recibir en medio de los aplausos del pueblo al augusto Pontífice, que iba visitando las diversas poblaciones de sus estados, quien al ser testigo de las virtudes y eminentes dotes que adornaban á Monseñor Pecci, decidió valerse de sus servicios en negocios de mayor importancia; y en efecto, en el Consistorio del 27 de Enero de 1843 le creó Arzobispo de Damieta (Egipto) para enviarle de Nuncio á Bruselas, cerca del rey Leopoldo I, á pesar de contar entonces tan sólo 33 años. Consagrado en Roma el 19 del mes siguiente por el Cardenal Luis Lambruschini,

en la iglesia de San Lorenzo in Panisperna, el 6 de Abril del mismo año llegó á Bruselas, dando principio á las funciones de su nuevo é importante cargo.

Durante los tres años que lo estuvo desempeñando, de tal modo supo granjearse la estimacion y el aprecio del rey, de la corte y de todas las clases sociales, que donde quiera se presentaba era objeto de las mayores pruebas de consideracion y afecto. Hombre de verdadera penetracion y talento, ha comprendido siempre que la instruccion es la base y el sosten de la sociedad, y de aquí su solicitud y apego hácia los establecimientos de enseñanza; viéndosele por tanto visitar con frecuencia los colegios de la ciudad, en los que presidia las funciones literarias, escuchaba con el mayor interes las composiciones de los jóvenes alumnos, animándoles con sus consejos paternales. Invitado á presidir unos actos literarios en la universidad de Lovaina, terminada la defensa de las tésis, y despues del discurso que pronunció en latin el profesor de derecho canónico Sr. Verhoeven, sobre la importancia que la Iglesia ha dado en todos tiempos á los grados académicos, se dirigieron todos al salon de la biblioteca, y allí un estudiante de la facultad de derecho, en nombre de sus condiscípulos, pronunció un discur-

so en accion de gracias al docto prelado que les acababa de honrar con su asistencia, al que Mons. Pecci contestó de esta manera: «Lleno estoy de regocijo al encontrarme en medio de los representantes de un establecimiento que debe muy principalmente su existencia al venerable clero belga, del que estoy viendo aquí al prelado ilustre; este establecimiento es tambien la obra de su digno Rector y del cuerpo de profesores; es la obra de todos los católicos belgas..... Sí, las tradiciones de la antigua universidad de Lovaina viven todavía, y vosotros sois los llamados á perpetuarlas con vuestros trabajos..... Ya caminais sobre las huellas de vuestros predecesores, ya mostrais lo que la Iglesia y la patria pueden esperar de vosotros. Perseverad en esta senda y el éxito será grande. En cuanto á mí, me regocijo al contemplar á esta espléndida juventud animada de sentimientos tan bellos, y no puedo dudar que ella no sea la llamada á hacer un dia la felicidad de la Bélgica.»

El enviado de Gregorio XVI estimulaba y bendecia tambien los progresos de la industria y de la ciencia. Aquel mismo año al inaugurarse en Namur el camino de hierro que une esta ciudad á la de Bruselas, acompañó á Leopoldo I, que fué á presidir tan importante ceremonia. No es, pues, de extrañar que este

monarca le consultase en los negocios más árduos, prodigándole de contínuo las muestras del afecto más sincero. Pero el clima, y quizá los trabajos de su cargo, de tal modo alteraron su salud, que por consejo de los médicos se vió obligado á pedir su relevo. El rey Leopoldo se apesadumbró sobremanera, y como muestra de su particular estimacion y aprecio, con decreto del 1.° de Mayo de 1846, le concedió el gran Cordon de su Orden, y al despedirse puso en sus manos un pliego cerrado, suplicándole se lo entregase al Pontífice. El Prelado preguntó si el asunto era urgente, pues deseaba antes de volver á Roma visitar parte de Europa, estudiando sus usos y costumbres, como ya lo habia hecho en Bélgica y Holanda. El Rey le dijo bastaba que él mismo se lo entregase al Papa.

Cuando Mons. Pecci, de regreso en Roma, entregó el pliego á Gregorio XVI, éste, despues de haberle leido, le dijo: El Rey de Bélgica ensalza vuestro carácter, vuestras virtudes y vuestros servicios, pidiendo para vos una cosa que yo concederé con todo mi corazon, la púrpura; mas he aquí que una diputacion de Perusa me suplica os confie el gobierno de aquella diócesis.—Aceptad esta Sede, que allí recibireis bien pronto el capelo cardenalicio.

Mons. Pecci, preconizado Arzobispo de Perusa en el Consistorio del 19 de Enero de 1846, fué al mismo tiempo creado Cardenal, pero reservado *in pectore*: mas habiendo muerto Gregorio XVI aquel mismo año, no tuvo lugar por entonces la publicacion de su nombramiento.

Su ingreso solemne en la ciudad de Perusa lo hizo el 26 de Julio, fiesta de Santa Ana, en recuerdo del nombre de su amada madre, entre el júbilo y aclamaciones de todo el pueblo, que se felicitaba en poder contemplar y poseer como Pastor y Prelado al mismo que en otro tiempo habian admirado como gobernador solícito y vigilante. Siete años despues, en el Consistorio del 19 de Diciembre de 1843, Su Santidad Pio IX, penetrado del mérito y virtudes del ilustre Arzobispo de Perusa, le creó y publicó Cardenal del título de San Crisógomo (1). En todas partes se acogió con inmenso júbilo tan fausta nueva, y lo mismo en su diócesis que en Carpineto, se

(1) Pio IX habia concedido en 1847 esta Iglesia y el convento anejo de San Crisógomo á los PP. Trinitarios, quienes el 8 de Febrero de 1854 celebraron con gran solemnidad la fiesta de su fundador San Juan de Mata, pontificando el Emmo. Cardenal Pecci, que el dia anterior habia tomado posesion de este título, vacante desde 1771 en que murió el Cardenal Felipe María Pirelli, último que le habia poseido.

celebró con funciones religiosas, arcos de triunfo, y fuegos artificiales.

No es empresa fácil referir, aunque sólo sea en compendio, los diversos actos de un pontificado de treinta y dos años, y tan fecundo en gloriosos hechos. Apenas tomó posesion de su diócesis, de lo primero de que se ocupó, fué de la reforma del seminario, dotándole de un plan completo de estudios, asistiendo con frecuencia á sus actos literarios, é invitando á su mesa á los más aprovechados de sus alumnos; sosteniéndole casi á sus expensas cuando la revolucion italiana le privó por completo de todos sus recursos. No contento con esto, inauguró en 1859 la Academia de Santo Tomás de Aquino, para promover y fomentar el estudio de la teología escolástica, tomando él mismo parte activa en las discusiones y certámenes, dando por resultado tan acertados acuerdos, que en breve tiempo pudo contar la diócesis con un clero virtuoso é instruido, digno cooperador de tan celoso Prelado.

Los niños y los huérfanos fueron tambien objeto de su solicitud verdaderamente paternal, ya fundando para ellos un asilo especial, que confió á los Hermanos de la Misericordia, á los que expresamente hizo venir de Bélgica, ya construyendo y dotando á sus expensas el colegio de Santa Ana, que puso bajo la pro-

teccion de Pio IX, encomendando su direccion á las religiosas del Sagrado Corazon, ya finalmente, estableciendo en 1848 los jardines de San Felipe Neri, para enseñar á los niños la doctrina cristiana en los dias de fiesta, apartándoles al mismo tiempo de la disipacion y del vicio.

Treinta y seis iglesias se han construido de nueva planta en el tiempo de su episcopado, y otras muchas han sido restauradas; y despues de consagrar solemnemente en 1872 la ciudad y la diócesis al Sagrado Corazon de Jesus, al siguiente año las puso tambien bajo el patrocinio de la Concepcion Inmaculada de María.

Las numerosas cartas pastorales que con diversos motivos y en diversas épocas dirigió á sus amados diocesanos, están nutridas de erudicion y de ciencia, siendo modelos acabados de buen decir: los periódicos y revistas han publicado la del año de 1877 y la que ya tenia preparada para el 1878, acerca del importante tema *La Iglesia y la civilizacion*; pero no son ménos notables las que publicó en 1864 contra el libro impío de Renán, titulado *La vida de Jesus*; en 1873, *Sobre los peligros de perder la fé*; en 1874, *Sobre las tendencias del presente siglo contra la religion*, y en 1876 *Acerca de la Iglesia y el siglo IX*.

En medio de tantos afanes, tanta solicitud y quehaceres tan diversos, su amor á las letras le hacia encontrar tiempo para escribir bellísimos versos latinos, para cuya composicion mostró aptitud especial desde sus más tiernos años. He aquí los que en 1876 envió desde Sinigaglia, donde se encontraba tomando baños, al distinguido poeta y profesor de Retórica, presbítero D. Jeremías Brunelli, quien tuvo la amabilidad de permitirme sacar una copia del autógrafo, siendo esta la vez primera que se publican.

Hieremiæ Brunellio
Rethori et Poetæ,
Joachinus Peccius Cardinalis
Grates pro votis rependit.

Dum Senœ adriacis, Cancri sub sidere, inundis
Mersor; cœrulei mulcet et aura freti,
Me salvere jubes, et pignus mittis amoris,
Vota adfert Joachin quæ mihi sacra dies.
Quæ sit par dono, dulci jucunda Poetæ?
Quæ, Brunelli, animo gratia digna tuo?
Carmina carminibus, votis et vota rependam,
Te bonus incolumem sospitet usque Deus (1).

(1) A Jeremías Brunelli, Profesor y poeta,
Joaquin Pecci, Cardenal, le da gracias por sus votos.
Mientras del astro câncer bajo el rayo
Me sumerjo en las ondas cristalinas

Ya el año anterior, con motivo de la fiesta de San Erculano, Obispo y mártir y patron principal de la ciudad de Perusa, habia publicado un precioso himno, tan notable por la profundidad del concepto como por la belleza de la forma en que se desarrolla; y conocidos son tambien por haberlos insertado en sus columnas las revistas y periódicos católicos, los elegantes dísticos en que él mismo refiere los principales actos de su vida.

Ante los revolucionarios italianos supo mantener siempre una actitud tan noble y digna, que el mismo poder civil, respetando la energía de su carácter, le ha guardo constantemente las mayores consideraciones. Llamado á Roma por Pio IX para que desempeñase el cargo de Camarlengo de la Santa Iglesia ro-

---

Del adriático mar, y las colinas
Su aura suave me envian cual en Mayo.
  Apartado de mí, con gran ternura
Me mandas saludar por ser mis dias,
Y el recuerdo tan grato que me envias
De tu amor la constancia me asegura.
  ¿Qué don, por tanto habrá, Brunelli ahora
Con que de la manera más discreta
Responder al obsequio del poeta?
¿Qué digno del afecto que en tí mora?
  Con versos, pues, responderé á tus versos,
Y con votos á tus votos lisonjeros;
En tanto pido á Dios que placenteros
Tus dias sean y jamas adversos.

mana, á él le correspondió en gran parte, una vez vacante la Santa Sede, preparar todo lo concerniente al Cónclave, del que salió elegido Pontífice el 20 de Febrero, llenando de júbilo el corazon de todos los católicos.

Desde esta fecha hasta el 3 de Marzo en que tuvo lugar el acto solemne de su coronacion, numerosas comisiones de todos los paises del globo se apresuraron á ofrecer sus homenajes al nuevo Pontífice; digna es de especial mencion la de las Ordenes militares españolas, presentada por el Excmo. Señor Cardenal Patriarca de las Indias, y recibida por su Santidad en la mañana del 28 de Febrero. Su Em.ª leyó un precioso discurso latino, manifestando la satisfaccion que experimentaba al ofrecerle aquel homenaje de veneracion y respeto en nombre de las preclaras y distinguidas Ordenes militares de España, cuya historia trazó á grandes rasgos, implorando á la conclusion bendijese al Rey su Gran Maestre, al Consejo, á los individuos de que las Ordenes se componen, y en fin, á la España entera. Su Santidad, que durante la lectura del discurso, habia dado repetidas muestras de satisfaccion y asentimiento, una vez terminado, y despues de preguntar á cada uno á qué Orden pertenecia, en un latin elegante, y con la facilidad de su propio idioma, empezó por manifestar

su agradecimiento al Cardenal Patriarca de las Indias por las expresiones de afecto que acababa de pronunciar, manifestándole que bien sabia lo mucho que le apreciaba y distinguia su predecesor Pio IX, y que él, conocedor de sus méritos, no le estimaba y consideraba ménos; despues dijo que la España habia sido en todos tiempos una nacion generosa y magnánima, y que si habia llevado á cabo maravillosos hechos sobrepujando á las otras naciones en grandeza, consistia en que tambien las habia sobrepujado en el catolicismo; que sus Reyes, apoyados en esta misma fé, habian levantado un monumento más imperecedero que el bronce

exegerunt monumentum ære perennius (1),

y que si la nacion habia decaido de su primitivo esplendor, consistia en haberse separado algun tanto de esta senda. Que él amaba á la España con todo su corazon: más aún, que la España era en el porvenir su legítima esperanza, y que con el mayor placer daba á sus hijos todos, de lo íntimo de su alma, la bendicion apostólica, y de una manera especial á los que teniamos la honra de hallarnos allí presentes.

Se habia decidido en un principio, y así se habia comunicado por medio de papeleta im-

(1) Horacio.—Oda xxx.

presa á los Excmos. Cardenales, que el acto solemne de la coronacion del Pontífice se verificaria en la gran lógia situada sobre el vestíbulo de la Iglesia de San Pedro, á fin de que pudiesen presenciar todos los fieles tan grandiosa ceremonia. Ya estaban casi terminados los preparativos, cuando la víspera por la tarde recibieron los Cardenales nuevo aviso participándoles que el acto de la coronacion tendria lugar en la Capilla Sixtina. La causa de esta variacion inesperada fué el haberse sabido que los revolucionarios pensaban aprovechar la ocasion de hallarse en el templo gran multitud de fieles, para promover desórdenes y escándalos, cuyo desenlace no era fácil prever.

Llegó por fin el dia 25, y á las nueve de la mañana la mayor parte de los Cardenales que habian asistido al Cónclave, pues algunos habian regresado ya á sus diócesis, se reunieron en el salon próximo á la sala ducal; allí vistieron sobre la sotana de púrpura el ámito, el roquete, y la capa pluvial los que pertenecian al órden de Obispos; casulla blanca bordada de oro los del órden de Presbíteros, que eran la mayor parte, y la dalmática los pocos adscriptos al órden de Diáconos, llevando todos, sin distincion, mitra blanca de seda; ya revestidos pasaron al salon próximo, llamado de los Ornamentos, donde aguardaron la llegada del

Santo Padre, quien acompañado de sus familiares se presentó poco despues, y una vez revestido de capa de coro, y puesta la mitra preciosa, empezó la procesion, que la abria un Auditor de la Rota con la Cruz Papal; seguian los penitenciarios de San Pedro, los diferentes órdenes de Prelados, los unos vistiendo pieles de armiño sobre el traje rojo, los otros el roquete, los generales y procuradores de las órdenes monásticas, los Abades mitrados, los Obispos y Arzobispos con capas sencillas y mitras de lino, los Cardenales segun su órden, cerrando la marcha el Pontífice, á cuya derecha iba el Cardenal Mertel como Diácono, y á la izquierda el Cardenal Consolini como Subdiácono. En esta forma penetró la comitiva en la sala ducal ocupando el Pontífice, despues de hacer una breve oracion ante el altar, el trono levantado del lado del Evangelio; y los Cardenales y Obispos los estrados que á derecha é izquierda de la sala se hallaban al efecto preparados. Despues de besar los primeros la mano de Su Santidad, y los Obispos y Prelados el pié y la rodilla, mientras los cantores entonaban los himnos por el ceremonial prescritos, y dada la bendicion á los asistentes, se cantó la hora de tercia con toda solemnidad; acto contínuo el Santo Padre se revistió los ornamentos sagrados para la ce-

lebracion de la Misa, ocupando la silla gestatoria. Ordenada la procesion como la vez primera, se dirigió á la Capilla Paulina, donde Su Santidad oró ante el Santísimo Sacramento, que se hallaba expuesto entre multitud de luces; al salir un clérigo de cámara, despues de colocar al extremo de una caña de oro un poco de estopa, la entregó á un Maestro de ceremonias, el que puesto de rodillas ante el Papa, la quemó diciendo: *Beatísimo Padre, así pasa la gloria de este mundo*; lo que se repitió á la entrada de la Capilla Sixtina, y dentro de la misma. El aspecto que ésta presentaba era magnífico, pues allí se hallaban congregados y unidos por un mismo sentimiento multitud escogida de hijos fieles de la Iglesia que saludaban llenos de regocijo en el sucesor de Pio IX, al representante de Jesucristo sobre la tierra. El cuerpo diplomático ocupaba las primeras tribunas, y los Duques de Parma la reservada á los Soberanos.

Cantada la Misa con las oraciones propias de la solemnidad de la coronacion, el Sumo Pontífice se sentó en el trono, los cantores entonaron el versículo: *la corona de oro sobre su cabeza*, y entonces el Cardenal primer Diácono tomando la Tiara (1) la colocó sobre la cabe-

(1) El Papa, como Obispo de Roma, en el altar usa la mitra,

za del Pontífice diciendo: *Recibe la Tiara adornada con tres coronas, y sabe que eres Padre de los Príncipes y Reyes, Rector del Orbe, y en la tierra Vicario de Nuestro Salvador Jesucristo, al que sea honor y gloria por los siglos de los siglos*. Un grito unánime brotó entonces de los labios de la inmensa concurrencia que llenaba aquel augusto lugar pronunciando un *amen* entusiasta,

---

pero cuando se dirige á la Iglesia en la *sedia gestatoria* lleva puesta la Tiara como señal de Supremo Imperio, lo mismo que cuando da la bendicion desde los balcones de San Pedro, San Juan de Letran ó Santa María la Mayor. La Tiara no es otra cosa que la mitra papal que en un principio tenía en su base un círculo ó corona de oro, á la que Bonifacio VIII añadió la segunda y Urbano V la tercera.

Las célebres Tiaras de Bonifacio VIII, Clemente V, Eugenio IV, Paulo II y Leon X, desaparecieron en el saqueo que en 1521 sufrió Roma, salvándose sólo la de Julio II, que Pio VI hizo restaurar; pero de esta Tiara y de las que posteriormente se construyeron, se apoderó Napoleon cuando á principios de este siglo ocupó la ciudad eterna. Siendo Emperador, regaló á Pio VII una magnífica Tiara valuada en 250.000 francos; pesa cuatro kilogramos, y se conserva en la actualidad en el Tesoro pontificio.—Allí se custodia tambien la que la reina Doña Isabel II ofreció á Pio IX, construida en Madrid por D. Cárlos Pizala, y que ostenta 19.000 piedras preciosas, de las que 18.000 son brillantes, teniendo de peso kilogramo y medio. La Guardia palatina regaló despues otra Tiara á Pio IX de 25.000 francos de valor, y que pesa ménos de un kilogramo.—Finalmente, siendo demasiado pequeña para la cabeza de este Pontífice la arreglada por Gregorio XVI, la hizo construir de nuevo, aumentando el número de sus piedras preciosas. Esta última ha sido la empleada para el acto de la coronacion de Leon XIII, quien habiéndosela probado unos dias antes para ver si era preciso hacer en ella alguna reforma, no fué necesario más que mudarle el forro interior, por venirle como hecha á su medida.

expresion sincera del amor y del afecto que en aquellos instantes ardia en todos los corazones. Con la Tiara en la cabeza dió de nuevo el Pontífice la bendicion á todos los conrrentes, y sentado en la silla gestatoria y precedido de los Cardenales y demas Prelados, volvió á la Sala de ornamentos donde en nombre de los Cardenales el Vicedecano le felicitó en un breve discurso en italiano, al que su Santidad, no obstante lo fatigado que se encontraba, con voz clara y segura contestó de esta manera:

«Las nobles y afectuosas palabras que vos, señor Cardenal, me habeis dirigido en nombre del Sacro Colegio, han enternecido vivamente nuestro corazon, ya profundamente conmovido por el honor inmerecido de nuestra inesperada exaltacion á la Sede Pontificia.

»El peso de las santas llaves, ya por sí mismo formidable, se nos impone en momentos extremadamente difíciles, y abruma nuestra pequeñez.

»El mismo sagrado rito que acaba de realizarse, al presentar ante nuestros ojos la grandeza de la Sede Apostólica, ha aumentado nuestra turbacion, porque podemos repetir las palabras que los libros Santos ponen en los labios del Santo Rey, á quien acabais de

aludir: *Quis ego sum Domine Deus, et quæ domus mea, quia aduxisti me hucusque?*

»Sin embargo, en medio de tan justos motivos de temor, nuestra alma se siente fortalecida y consolada al ver que desde los primeros dias de nuestro Pontificado el mundo católico entero, con filial ternura, se agrupa en torno nuestro y nos da público testimonio de obediencia y de adhesion.

»Nos sentimos fortalecidos y consolados por el afecto que nos demuestran los miembros todos, para mí tan queridos, del Sagrado Colegio, y por la seguridad de su constante é ilustrada cooperacion.

»Aliéntanos y nos consuela, en fin, la seguridad de la asistencia de Dios misericordiosísimo, que por vías inexcrutables ha querido elevarnos á tanta altura.

»Esta asistencia nunca dejaríamos de implorarla, y deseamos que todos la imploren por medio de fervorosas y constantes oraciones.

»Sí; Dios sostendrá nuestra débil y humilde persona, y hará resplandecer en Nós su poderío. Animado con estos sentimientos, terminamos este discurso, y á la vez que damos gracias al Sacro Colegio por las felicitaciones que nos ha presentado, imploramos de todo corazon sobre todos sus miembros, y princi-

palmente sobre aquellos aquí presentes, la Apostólica bendicion.—*Benedictio Dei*, etc.»

Concluido el discurso, Su Santidad despues de ser felicitado en particular por cada uno de los Cardenales, se dirigió á sus habitaciones, terminando despues de las dos, la série de ceremonias que habian empezado á las nueve y media.

El nombramiento del Cardenal Franchi para Secretario de Estado, se comunicó de una manera oficial al siguiente dia de la coronacion pontificia. Los conocedores de las virtudes y talento, instruccion y finura del ilustre purpurado, aplaudieron eleccion tan acertada, viendo en ella una garantía de acierto en la resolucion de los múltiples y delicados asuntos en que necesariamente interviene el que ocupa puesto tan importante. Los hechos vinieron bien pronto á confirmar tan legítima esperanza, pues la tirantez de relaciones en que antes se encontraba la Santa Sede con los gobiernos de Rusia y Alemania cedió al punto, y no sin motivo se espera en la actualidad un arreglo, siempre favorable á los intereses católicos.

La organizacion de la gerarquía eclesiástica en Escocia preparada en 1827 por Leon XII, y en la que tanto habia trabajado Pio IX, ha tenido la gloria Leon XIII de llevarla á de-

bido cumplimiento en los primeros dias de su Pontificado. Su voz autorizada se ha dejado oir tambien ya por dos veces en la alocucion pronunciada ante el Colegio de Cardenales, y en la encíclica dirigida á los Obispos del orbe católico, documentos en que revela el Supremo Gerarca los sentimientos que animan su corazon paternal, manifestando los medios que piensa poner en práctica para que la Iglesia siga cumpliendo su mision divina sobre la tierra, é indicando á la vez los caminos que deberian seguir los gobiernos para devolver á las naciones el bienestar y la calma, de que tan necesitadas se encuentran.

Plegue á Dios que así todos lo comprendan, y que el Pontificado, que bajo tan felices auspicios se inaugura, sea el llamado á presenciar el triunfo definitivo de la verdad y la justicia.

APÉNDICES.

APÉNDICE NÚM. I.

El sepulcro permanente de Pio IX podrá terminarse en brevísimo tiempo, pues por voluntad expresa del humildísimo finado, su coste no debe exceder la suma de 8.000 rs., y segun lo dispuesto en su testamento debe erigirse en la Basílica de San Lorenzo, situada extramuros de la ciudad en el Campo Verano.

Esta Basílica fué edificada en tiempo de Constantino hácia el año 330, restaurándola despues varios Pontífices, en especial Honorio III que hizo cambiar su direccion primitiva, á fin de construir la nave principal y el pórtico, que aún existen. Pio IX, finalmente, despues de grandes obras, y empleando cuantiosas sumas, la ha dejado en el estado de magnificencia en que hoy se encuentra. Las pinturas del pórtico, los sepulcros antiguos colocados á una y otra parte, los púlpitos ó ambones primitivos que se hallan en el interior del templo, y otros muchos objetos que contiene esta Basílica, son verdaderas joyas de la arqueología cristiana.

El altar mayor está aislado, y cubierto por un dosel de mármol que sostienen cuatro columnas de pórfido.

Debajo de este altar, y segun la costumbre de la mayor parte de las Iglesias de Roma (1), se encuentra la confesion de San Lorenzo; capilla subterránea donde en un sarcófago antiguo colocado en el centro, y rodeado por una verja dorada, reposa el cuerpo del glorioso mártir español, juntamente con el del protomártir San Estéban. Detras del presbiterio, en una especie de trascoro sumamente espacioso, se encuentra adosada al muro una gran piedra de mármol blanco, en la que se descubren huellas amarillentas de sangre, por haber sido colocado sobre ella, segun refiere la tradicion piadosa, el cuerpo de San Lorenzo despues de su martirio. Esta piedra tiene sobrepuesto un cristal fijo, defendido á su vez por una cubierta de madera, que se abre tan solo cuando alguna persona desea venerar tan insigne reliquia.

En el testamento de Pio IX, abierto el 15 de Febrero á presencia del Cardenal Camarlengo y demas personas allegadas al Pontífice, se halló escrito de su propia mano lo siguiente: *Il mio corpo divenuto cadavere sarà sepolto nella chiesa di S. Lorenzo fuori le mura, precisamente sotto il píccolo arco esistente sotto la cosi detta graticola, ossia pietra nella quale si designano anche adesso le macchie prodotte dal martirio dell'illustre levita. La spesa del monumento non deve eccedere quattrocento scudi. Fuori del modesto monumento*

(1) La construccion de estas capillas subterráneas es un recuerdo de las catacumbas, y se las da el nombre de *confesiones* por venerarse en ellas las reliquias de los santos que derramaron su sangre por *confesar* á Jesucristo.

si vedrá scolpito un triregno con le chiavi; poi una epigrafe concepita nei termini seguenti:

OSSA ET CINERES P. IX
SUM. PONT. VIXIT ANN.....
IN PONTIFICATV AN.....
ORATE PRO EO (1)

Disponia asimismo Su Santidad, que en vez de escudo de armas se esculpiese en su sepulcro una calavera.

(1) Cuando mi cuerpo llegue á ser cadáver, será sepultado en la Iglesia de San Lorenzo, extramuros, precisamente bajo el pequeño arco que existe junto á la llamada gratícola, ó sea piedra en que todavia se descubren las manchas producidas por el martirio del santo levita.—El coste del monumento no deberá exceder de 400 escudos.—Fuera del modesto monumento, se verá esculpida una Tiara con las llaves; y despues un epitafio concebido en los siguientes términos: HUESOS Y CENIZAS DE PIO IX, SUMO PONTÍFICE. VIVIÓ AÑOS..... EN EL PONTIFICADO AÑOS..... ORAD POR ÉL.....

APÉNDICE NÚM. II.

Sacro Colegio de los Emmos. y Rmos. Señores Cardenales con expresion del nombre de sus conclavistas.

CARDENALES DEL ÓRDEN DE OBISPOS.

1. Luis Amat de San Felipe y Sorso, Obispo de Ostia y Velletri, Decano del Sacro Colegio, nació en Cagliari, Cerdeña, el 21 de Junio de 1796; creado Cardenal el 19 de Mayo de 1837. Conclavista eclesiástico, Canónigo D. Mariano Stefano; conclavistas laicos, Benito Festucci y Domingo Iorio.

2. Camilo Di Pietro, Obispo de Porto y Santa Rufina, nació en Roma el 10 de Enero de 1806; creado Cardenal el 19 de Diciembre de 1853. Conc. ec. D. Camilo Trucchi. Idem l., David Zagaglia.

3. Cárlos Sacconi, Obispo de Palestrina, nació en Montalto el 9 de Mayo de 1808; creado Cardenal el 27 de Setiembre de 1861. Conc. ec. D. Agustin Stella; id. l., Cayetano Sansoni.

4. Felipe María Guidi, Obispo de Frascati, nació en Bolonia el 18 de Julio de 1815;

creado Cardenal el 16 de Marzo de 1863. Conc. ec. D. Scipion Tecchi; id. l., Vicente Renzi.

5. Luis Bilio, Obispo de Sabina, Penitenciario Mayor, nació en Alejandría del Piamonte el 25 de Marzo de 1826; creado Cardenal el 22 de Junio de 1866. Conc. ec. Canónigo Don Antonio Vitali; id. l., Luis Babusci.

6. Cárlos Luis Morichini, Obispo de Albano, nació en Roma el 21 de Noviembre de 1805; creado Cardenal el 15 de Marzo de 1852. Conc. ec. D. Agustin Gasparini; id. l., Celestino Mascagni.

CARDENALES DEL ÓRDEN DE PRESBÍTEROS.

7. Federico Juan José Celestino, príncipe de Schwarzenberg, Arzobispo de Praga, nació en Viena (Austria) el 6 de Abril de 1809; creado Cardenal el 24 de Enero de 1842. Conc. ec. D. Francisco Batelli; id. l., José Christinek.

8. Fabio María Asquini, Secretario de los Breves apostólicos, nació en Fagagna el 14 de Agosto de 1802; creado Cardenal el 22 de Enero de 1844. Conc. ec. D. Valentin Riva; idem l., Santiago Cardarelli.

9. Domingo Carafa de Traetto, Arzobispo de Benevento, nació en Nápoles el 12 de Julio de 1805; creado Cardenal el 22 de Julio de 1844. Conc. ec. Canónigo D. Beniamino Feuli; idem l., Alejandro Catapano.

10. Francisco Augusto Fernando Donnet, Arzobispo de Burdeos, nació en Bourg-Argental el 16 de Noviembre de 1795; creado

Cardenal el 15 de Marzo de 1852. Conc. ec. D. Pedro María Gesvais, Vicario general de Burdeos; id. l., Hereque Juge.

11. Joaquin Pecci, Obispo de Perusa, Camarlengo de la Santa Iglesia Romana, nació en Carpineto el 2 de Marzo de 1810; creado Cardenal el 19 de Diciembre de 1853. Conc. ec. Canónigo D. Federico Foschi; id. l., Benito Festuchi.

12. Antonio Benito Antonucci, Obispo de Ancona, Obispo y Conde de Umana, nació en Subiaco el 17 de Setiembre de 1798; creado Cardenal el 15 de Marzo de 1858. Conc. ec. Canónigo D. Anastasio Paoletti; id. l., Angel Genovesi.

13. Antonio María Panebianco, nació en Terranova (Sicilia) el 13 de Agosto de 1808; creado Cardenal el 27 de Setiembre en 1861. Conc. ec. D. Hércules Mancini; id. l., Pablo Franchini.

14. Antonio de Luca, Prefecto de la Sagrada Congregacion del Indice, nació en Bronte (Sicilia) el 28 de Octubre de 1805; creado Cardenal el 16 de Marzo de 1863. Conc. ec., Canónigo D. Pedro Mori; id. l., Francisco Greil.

15. Juan Bautista Pitra, Bibliotecario de la Santa Iglesia Romana, nació en Champ-Forgueil (Autun) el 1.° de Agosto de 1812; creado Cardenal el 16 de Marzo de 1863. Conc. ec., Canónigo D. Alejandro Pieralisi; id. l., Juan Guerin.

16. Enrique María Gaston de Bonnechose, Arzobispo de Rouen, nació en París el 30 de Mayo de 1800; creado Cardenal el 21 de Di-

ciembre de 1861. Conc. ec., Canónigo D. Felipe Billard; id. l., Alejandro Gratien.

17. Pablo Cullen, Arzobispo de Dublin, nació en Dublin el 26 de Abril de 1803; creado Cardenal el 22 de Junio de 1866. No asistió al Cónclave.

18. Gustavo Adolfo d'Hohenlohe, Arzobispo de Edesa, nació en Rottemburgo (Baviera) el 26 de Febrero de 1823; creado Cardenal el 22 de Junio de 1866. Conc. ec., Canónigo don Cárlos Menghini; id. l., Javier Canaletti.

19. Luciano Bonaparte, nació el 15 de Noviembre de 1828; creado Cardenal el 13 de Marzo de 1868. Conc. ec., Canónigo D. Juan Bressanuti; id. l., Pedro Lorenzi.

20. Inocente Ferrieri, Prefecto de la Congregacion de Obispos regulares, nació en Fano el 14 de Setiembre de 1810; creado Cardenal el 13 de Marzo de 1868. Conc. ec., D. Luis Vinditti; id. l., Pedro Ascensi.

21. José Berardi, Arzobispo de Nicea, nació en Ceccano el 28 de Setiembre de 1810; creado Cardenal el 13 de Marzo de 1868. Conc. ec. D. José Ricci; id. l., Pedro Silvestri.

22. Juan Ignacio Moreno, Arzobispo de Toledo, nació en Guatemala el 24 de Noviembre de 1817; creado Cardenal el 13 de Marzo de 1868. Conc. ec., Canónigo D. Santiago Pastor; id. l., Castor Hernandez.

23. Rafael Monaco La Valleta, Vicario general de Su Santidad, Presidente de la Congregacion de la Visita Apostólica, nació en Aquila el 23 de Febrero de 1827; creado Cardenal el 13 de Marzo de 1868. Conc. ec.,

Canónigo D. Juan Storti; id. l., Ubaldo Camerata.

24. Ignacio do Nascimento Moraes Cardoso, Patriarca de Lisboa, nació en Murca (Portugal) el 20 de Diciembre de 1811; creado Cardenal el 22 de Diciembre de 1873. Conc. ec., Canónigo D. José del Rezeto; id. l., Luis Henriquez.

25. René Francisco Regnier, Arzobispo de Cambray, nació en San Quintin (Angers) el 18 de Junio de 1794; creado Cardenal el 22 de Diciembre de 1873. Conc. ec., D. Agustin Sudre, Vicario general de Cambray; id. l., Augusto Vandrome.

26. Flavio Chigi, Arcipreste de San Juan de Letran, nació en Roma el 31 de Mayo de 1810; creado Cardenal el 22 de Diciembre de 1873. Conc. ec., D. Leon Ricci: id. l., Eugenio Heinen.

27. Alejandro Franchi, Prefecto de la Propaganda, nació en Roma el 25 de Junio de 1819; creado Cardenal el 22 de Diciembre de 1873. Conc. ec., D. Serafin Cretoni; id. l., Nicolás Ventura.

28. José Hipólito Guibert, Arzobispo de París, nació en Aix el 13 de Diciembre de 1802; creado Cardenal el 22 de Diciembre de 1873. Conc. ec., D. Mauricio D'Hulst, Vicario general de París; id. l., José Hipólito.

29. Luis Oreglia de Santo Stefano, Prefecto de la Sagrada Congregacion de Indulgencias, nació en Bene Vagienna (Mondovi) el 9 de Julio de 1828; creado Cardenal el 22 de Diciembre de 1873. Conc. ec., D. Domingo Grassi; id. l., José M. Tomassini.

30. Juan Simor, Arzobispo de Strigonia, nació en Albarreal (Hungría) el 23 de Agosto de 1813; creado Cardenal el 23 de Diciembre de 1873. Conc. ec., D. Francisco Mazzlaghy; idem l., Ladislao Kiemisy.

31. Tomás María Martinelli, Prefecto de la Sagrada Congregacion de Ritos, nació en Lucca el 3 de Febrero de 1827; creado Cardenal el 22 de Diciembre de 1873. Conc. ec., D. Luis Schiiller; id. l., José Ciccarelli.

32. Roger Luis Emilio Antici-Mattei, nació en Recanati el 23 de Marzo de 1811. Conc. ec., D. Salvador Pallotini; id. l., José Zamperlini.

33. Pedro Gianelli, Presidente del Consejo de Estado, nació en Terni el 11 de Agosto de 1807; creado Cardenal el 15 de Marzo de 1875. Conc. ec., D. José Dotti; id. l., Ignacio Buonamano.

34. Miecislas Halma, comte Ledochowski, Arzobispo de Gnesna y Posnania, Primado de Polonia, nació en Gorki (Polonia) el 29 de Octubre de 1822; creado Cardenal en 15 de Marzo de 1875. Conc. ec., D. Ladislao Meszezyniski; id. l., Juan Oleiniezak.

35. Juan Mac-Closkey, Arzobispo de Nueva-York, nació en Brooklin (Estados-Unidos) el 20 de Marzo de 1810; creado Cardenal en 15 de Marzo de 1875. Llegó á Roma terminado el Cónclave.

36. Henri-Edouard Manning, Arzobispo de Westminster, nació en Totterigdqde el 15 de Julio de 1808; creado Cardenal el 15 de Marzo de 1875. Conc. ec., D. Roberto Bulter; idem l., Guillermo Newman.

37. Victor-Augusto-Isidoro Dechamps, Arzobispo de Malinas, nació en Mella (diócesis de Gand) el 6 de Diciembre de 1810; creado Cardenal el 15 de Marzo de 1875. Conc. ec., Canónigo D. Lamberto Goassens; id. l., José Daniels.

38. Juan Simeoni, Secretario de Estado de Su Santidad Pio IX, Prefecto de los palacios apostólicos y de la Congregacion de Loreto, nació en Paliano el 23 de Julio de 1816; creado Cardenal en 1875. Conc. ec., D. Adrian Zechini; id. l., César Diociajuti.

39. .Godofredo Brosais Saint-Marc, Arzobispo de Rennes, nació en Rennes el 4 de Febrero de 1803; creado Cardenal el 17 de Setiembre de 1875. No pudo asistir al Cónclave por la grave enfermedad que le aquejaba, de la que falleció en 27 de Febrero de 1878.

40. Domingo Bartolini, nació en Roma el 16 de Mayo de 1813; creado Cardenal el 15 de Mayo de 1875. Conc. ec., D. Generoso Calenzio; id. l., Pedro Antonelli.

41. Bartolomé D'Avanzo, Obispo de Calvi, nació en Avella el 3 de Julio de 1811; creado Cardenal el 3 de Abril de 1876. Conc. ec., D. Salvador Jovino; id. l., D. Rafael Expósito.

42. Juan Bautista Franzelin, de la Compañía de Jesús, nació en Altino (Tirol) el 15 de Abril de 1816; creado Cardenal el 3 de Abril de 1876. Conc. ec., D. José Saderra, de la Compañía de Jesús; id. l., Angel Torri.

43. Francisco de Paula Benavides y Navarrete, Patriarca de las Indias, nació en Baeza (diócesis de Jaen) el 14 de Mayo de 1810; creado Cardenal el 12 de Marzo de 1877. Conc.

ec., D. Gerardo Mullé; id. l., Luis Domenici.

44 Francisco Javier Apuzzo, Arzobispo de Cápua, nació en Nápoles el 9 de Abril de 1807; creado Cardenal el 12 de Marzo de 1877. Con. ec., D. Francisco Rotondo; id. l., Antonio Cappola.

45. Manuel García Gil, Arzobispo de Zaragoza, dominico, nació en San Salvador de Camba (diocesis de Lugo), el 14 de Marzo de 1802; creado Cardenal el 12 de Marzo de 1877. Con. ec., D. José Rocca; id. l., Sebastian Pilotti.

46. Eduardo Howard, nació en Hainton (Inglaterra) el 3 de Febrero de 1829; creado Cardenal el 12 de Marzo de 1877. Con. ec., D. Luis Nannerini, de la Compañía de Jesus; id. l., Cayetano delle Donna.

47. Miguel Paya y Rico, Arzobispo de Santiago, nació en Benejama (diócesis de Valencia) el 20 de Diciembre de 1811; creado Cardenal el 12 de Marzo de 1877. Con. ec., D. Manuel Gomez; id. l., José Mediana.

48. Luis María José Caverot, Arzobispo de Lyon, nació en Joinville el 26 de Mayo de 1806; creado Cardenal en 12 de Marzo de 1877. Con. ec. D. Luis Déchelette; id. l., Eugenio dell'Orme.

49. Luis de Canossa, Arzobispo de Verona, nació en Verona el 21 de Abril de 1809; creado Cardenal el 12 de Marzo de 1877. Con. ec., D. Vicente Rossetti; id. l., Alejandro Casarini.

50. Luis Serafini, Obispo de Viterbo, nació en Magliano el 7 de Junio de 1808; crea-

do Cardenal el 12 de Marzo de 1877. Con. ec., D. Cyro Laureati; id. l., Pedro Panelli.

51. José Mihalowitz, Arzobispo de Zagabria, nació en Tarda (Austria) el 16 de Enero de 1814; creado Cardenal el 22 de Junio de 1877. Con. ec., D. Nicolás Horvas; id. l., Cárlos Heiter.

52. Juan Bautista Kutschker, Arzobispo de Viena, nació en Wiese (Austria) el 11 de Abril de 1810; creado Cardenal el 22 de Junio de 1877. Con. ec., Canónigo D. Ignacio Ransauver; id. l., Leopoldo Kurschker.

53. Lucido María Parocchi, Arzobispo de Bolonia, nació en Mántua el 13 de Agosto de 1833; creado Cardenal el 22 de Junio de 1877. Con. ec., D. Ariodantes Onetto; id. l., Pablo Rebaschi.

54. Vicente Moretti, Arzobispo de Rávena, nació en Orvieto el 14 de Noviembre de 1815; creado Cardenal el 28 de Diciembre de 1877. Con. ec. Canónigo D. Luis Ferniani; id. l., Domingo Fabbri.

CARDENALES DEL ÓRDEN DE DIÁCONOS.

55. Próspero Caterini, Prefecto de la sagrada congregacion del Concilio, nació en Onano el 15 de Octubre de 1795; creado Cardenal en 7 de Marzo de 1853. Con. ec., D. José Marselli; id. l., Salvador Cerbara.

56. Teodolfo Mertel, Prefecto de la asignatura papal de Justicia, nació en Allumiere el 9 de Febrero de 1806; creado Cardenal el 15 de Marzo de 1868. Con. ec., D. Pedro Gaspari; id. l., Luis Piroli.

57. Domingo, Consolini, nació en Sinigaglia el 7 de Junio de 1806; creado Cardenal el 22 de Junio de 1866. Con. ec., D. Francisco Morelli; id. l., Antonio Cappezuli.

58. Eduardo Borromeo, Prefecto de la fábrica de San Pedro, nació en Milan el 3 de Agosto de 1822; creado Cardenal el 13 de Marzo de 1868. Con. ec., D. Septunio Faccenda; id. l., Luis Segapeli.

59. Lorenzo Hilarion Randi, nació en Bagnacaballo el 12 de Julio de 1818; creado Cardenal en 1875. Con. ec., D. Rafael Bectoni; id. l., Luis Bigi.

60. Bartolomé Pacca, nació en Venevento el 25 de Febrero de 1817; creado Cardenal en 1875. Con. ec., D. José Magelli; id. l., Enrique Rondi.

61. Lorenzo Nina, Prefecto de estudios, nació en Recanati el 12 de Mayo de 1812; creado Cardenal el 12 de Marzo de 1877. Con. ec., D. Emilio Michetti; id. l., Pedro Struin.

62. Eneas Sbaretti, nació en Spoletto el 27 de Enero de 1808; creado Cardenal el 12 de Marzo de 1877. Con. ec., D. Donato Sbanoti; id. l., Federico Samorini.

63. Federico de Falloux du Coudray, nació en Bourg d'Iré (Angers) el 15 de Agosto de 1815; creado Cardenal el 12 de Marzo de 1877. Conc. ec. D. Pablo Scapaticci; id. l., Antonio Lami.

64. Antonio Pellegrini, nació en Roma el 11 de Agosto de 1812; creado Cardenal el 28 de Diciembre en 1877. Conc. ec. D. José de Chiara; id. l., Angel Sabatini.

APÉNDICE NÚM. III.

Catálogo de las personas que á más de las referidas, desempeñaron algun cargo en el Cónclave.

Sacristan y Confesor.—Rdo. Sr. D. Fray Francisco Marinelli, Obispo de Porfiria.

Secretario del Sagrado Colegio.—Rdo. Padre Maestro D. Pedro Lasagni.

Maestros de ceremonias.—D. Pio Martinucci, Protonorario apostólico; D. Camilo Balestra, D. José Romagnoli, D. Antonio Cataldi, D. Alejandro Tortoli, D. Agustin Accoramboni.

Sacristan segundo.—Rdo. P. Fray Guillermo Pifferi.

Ayudantes.—Fray Félix Marinelli y Fray Valerio Battista.

Ayudantes de la Secretaría del Sagrado Colegio.—D. Nicolás Marini, Auditor; Canónigo D. Flavio Cordella.

Ayudantes para la Misa.—Fray Nicolás Chiappini, Fray Augusto Vignardini.

Médicos.—D. Camilo Antonini, D. José Petacci.

Cirujano.—D. Alejandro Ceccarelli.

Herbolario.—P. Offomaro Mayr.

Cuatro barberos, ocho carpinteros y herreros, doce cocineros y veinticinco sirvientes.

INDICE.

Se halla de venta en Madrid, al precio de 6 reales, en las principales librerías.

En provincias 7 reales.

Los pedidos se dirigirán á D. Benito Perdiguero, calle de San Martin, número 3, librería.